



PAGANDO
EL

PRECIO

RITMO CARDÍACO



LARISSA DE SILVA

PAGANDO EL PRECIO
(Mi bully de la secundaria es un gigoló)

LARISSA DE SILVA

©Larissa de Silva, 2020

Todos los derechos reservados

Este libro está destinado sólo a un público adulto.

Los eventos descritos en esta obra son ficticios. Todo y cualquier similitud con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

A menos que conozca a algún hombre como los que se muestran en estos libros. Si sabe de alguna similitud con alguna persona viva, le insto a que me envíe un correo electrónico. Si no es para mí, entonces para la ciencia. O la medicina.

Pagando el precio

Sinopsis

La Dra. Becca Baker no debía terminar así, en un sucio hotel de Las Vegas bebiendo martini tras martini tratando de olvidar el matrimonio que se suponía que era su final feliz.

Ella no quiere volver a su vida.

A su casa vacía, que una vez esperó llenar con niños.

Al hospital, donde todos los demás cirujanos saben exactamente lo que Scott le hizo, pero sólo su versión de los hechos.

Mientras bebe en una ciudad lejos de su casa, se encuentra con el chico que hizo de su vida un infierno en el instituto.

Kieran Bloom se ve igual que en el instituto. Alto, desgarbado, con ojos brillantes y una sonrisa para morir, el hombre parece que podría modelar en cualquier campaña de alta costura.

Pero después de graduarse en el instituto, su otrora prometedora carrera atlética se descarriló, y terminó atendiendo las necesidades de la gente solitaria y borracha en un bar olvidado de Las Vegas.

Su único logro es haber superado su pasado.

Hasta que la vea. La pequeña Rebecca Baker ya no es tan pequeña. Ya no es la chica de gafas con el pelo rizado y el molesto hábito de respirar por la boca que siempre hablaba demasiado.

Ahora es hermosa, y divertida, e interesante.

Y parece que ella quiere sus servicios.

No está en posición de rechazarla.

Pero Becca pudo haber tenido una idea equivocada sobre quién es exactamente Kieran Bloom... y ahora tendrá que pagar el precio.

Si te gusta esta historia, adelante y únete a mi [lista de correo](#) para una HISTORIA SEXUAL ¡GRATUITA! Está llena de historias sexys llenas de romance como esta, gratuitas y con avances. No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y sexys que compartir.

No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de clics.

POR FAVOR, DESCARGUE LA ÚLTIMA VERSIÓN DE ESTE LIBRO PARA LA MEJOR EXPERIENCIA DE LECTURA

©Larissa de Silva, 2020

Todos los derechos reservados

Este libro está destinado sólo a un público adulto.

Los eventos descritos en esta obra son ficticios. Todo y cualquier similitud con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

A menos que conozca a algún hombre como los que se muestran en estos libros. Si sabe de alguna similitud con alguna persona viva, le insto a que me envíe un correo electrónico. Si no es para mí, entonces para la ciencia. O la medicina.

CAPÍTULO UNO

BECCA

Me sentía... tranquila.

Pensé.

¿Es eso lo que era estar agradablemente borracha? Siempre había sido tan abstemia. Casi nunca bebía, tal vez en caso de emergencia, me decía a mí misma, pero realmente, no me gustaba la idea de vomitar, y siempre había sido poco bebedora.

Golpeé la barra y el barman se me acercó de nuevo. Era un joven de veintitantos años con un moño en su cabeza hecho completamente de rastas. Podría haber seguido mirándolo durante años, especialmente porque ahora parecía haber dos de él.

—Un destornillador —dije—. Que sea doble, por favor.

—Por supuesto, cariño —dijo, guiñándome el ojo.

Mi corazón se agitó. No creí que estuviera coqueteando conmigo, exactamente, pero al menos estaba siendo amable conmigo. Sentí como si hubiera pasado tanto tiempo desde que un hombre había sido amable conmigo. Desde que alguien había sido amable conmigo, de verdad. Estella se había ido a casar o algo así en lo que se suponía que era la celebración de mi divorcio. Scott y yo nos habíamos separado oficialmente y todo estaba en marcha para que yo recuperara mi vida.

Sí, claro.

Eso me decía a mí misma que al inclinar el vaso hacia atrás y sentir el hielo cubriéndome la lengua. Estaba borracha. Nunca hubiera hecho algo así si hubiera estado sobria, me dije a mí misma.

Al menos no estaba haciendo el ridículo delante de nadie conocido. En el hospital me mantuve firme, incluso cuando sentí que quería saltar sobre Scott y arrancarle los ojos. No podía creer que, después de lo que me había hecho, todo el mundo fingiera que las cosas eran normales.

Comprendí que había cosas más importantes. Nuestros pacientes eran más importantes que nuestro drama personal. Pero no podíamos operar juntos, y el hecho de no poder trabajar juntos había obstaculizado al hospital.

Por supuesto, Scott me había echado toda la culpa a mí.

No quería contarle a nadie lo que Scott había hecho. No quería contarles las noches en que llegaba a casa apestando a alcohol y con marcas de lápiz labial en el cuello. No quería contarles sobre los mensajes de texto que encontré en su teléfono, de mujeres que fueron salvadas bajo nombres de contacto como Dr. Panamá y Dr. Corea del Sur. Estaba claro que no eran médicos, que eran trabajadoras sexuales que había conocido en una de sus muchas escapadas nocturnas, y como no podía recordar sus nombres, las guardaba en su teléfono como su nacionalidad.

Era insultante. Probablemente un poco racista.

Si le hubiera dicho a alguien lo que Scott estaba haciendo, entonces podrían perderle el respeto en el hospital. No quería que eso sucediera. A pesar de todos sus defectos personales, sus defectos como marido y su incapacidad para ser fiel, era un cirujano maravilloso y dedicado, con

una tasa de éxito mejor que la mayoría de los cirujanos de nuestro estado.

Diablos, en nuestro hospital.

No quería que nuestro personal lo respetara menos, y sabía que el personal de la oficina se aferraría inmediatamente a cualquier chisme sobre el Dr. Noble y la Dra. Baker. Los Ken y Barbie de nuestro hospital, la gente pensaba en nosotros como si fuéramos un rey y una reina en su regreso a casa.

Fue terrible.

Lo odié.

Era un ideal que ninguno de los dos podía cumplir y yo ni siquiera quería intentarlo. Pero había caído en él, de forma bastante inesperada, porque Scott era popular y yo era su esposa, y no podía escapar de su influencia.

Parecía el tipo de hombre que debería interpretar a un cirujano en la televisión, más que a un cirujano de verdad. Demonios, probablemente lo habría hecho, si no hubiera sido por la influencia dominante de su madre.

Y siempre me había gustado mirarlo.

Al menos, eventualmente.

Pero también me había gustado lo respetado que era, y el respeto y su capacidad para ser un buen médico, estaban, por lo que pude ver, unidos el uno al otro. Así que mantuve la boca cerrada incluso cuando él lo anunció -sin decírmelo de antemano- que nos estábamos separando.

Cuando la gente le preguntaba por qué, me pintaba como irracional y celosa, y aunque apretaba los dientes, sentía ganas de estrangularle cada vez.

Me dije que los pacientes eran lo primero, incluso cuando vi el brillo de sus ojos. Tal vez se veía a sí mismo como una víctima, pensé, sintiéndome un poco mal del estómago.

Me volví a mi lado, tratando de mantenerme erguida en la barra, y vi a un hombre guapo sentado a mi izquierda. Tropecé con el taburete cuando intenté mantener el equilibrio y él extendió su brazo y me agarró antes de que pudiera caer de cara al suelo.

Se rio, un sonido profundo que removi6 mariposas en mi est6mago.

Tal vez fue la bebida.

—Oye —dijo—. ¿Estás bien?

Asentí, me lamé los labios y traté de sentar mi trasero en el taburete de nuevo. —Sí —dije—. Sólo estoy teniendo... woo. Problemas de equilibrio.

—¿No eres gimnasta, entonces?

Me reí. —Nada tan glamoroso.

Me miró de arriba a abajo. Sus ojos eran oscuros, o tal vez fue sólo la falta de luz en el bar, pero maldición, era intenso. No dejaba de mirarme.

—¿Puedo adivinar?

—Por favor, no —dije—. Si adivinas algo sobre mi vida, y tienes razón, me odiaré para siempre.

Se rio de nuevo. Sonaba tan sincero. Podría haber seguido escuchándolo para siempre. Había algo familiar en él, también, como si lo hubiera escuchado antes, como si acabara de llegar a casa y estuviera allí, sentado en el sofá de mi sala, tomando una taza de té con mi madre.

Mierda. Estaba tan borracha.

—Sólo iba a adivinar algo bueno.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —dijo—. ¿Estás en la moda?

Me reí de nuevo. —Eres un comediante —dije—. ¿Verdad?

—En el entretenimiento —dijo—. Pero no como comediante.

—Lo suficientemente cerca —dije, tomando un sorbo de mi destornillador. Era tan fuerte.

—¿Puedo invitarte a otro trago?

—Absolutamente no —dije—. ¿Intentas matarme?

—Kieran —dijo, extendiendo su mano mientras se reía.

—Becca —respondí.

Me apretó la mano, que estaba sorprendentemente sudada. No muy atractivo, pensé. Pero de nuevo, probablemente me veía como un desastre, en general.

Intenté sentarme más derecha -ridícula, cuando ni siquiera podía ver bien- y me pasé los dedos por el pelo.

—¿Qué estás haciendo en este bar? —Kieran preguntó. —Nunca te he visto aquí antes.

—Yo... —dije—. Se supone que tengo una fiesta de divorcio.

—No es una gran fiesta.

Me reí. —Mi amiga se fue y se fugó —dije, tomando otro sorbo de mi bebida. —Amiga. Sólo quería venir a Las Vegas para poder casarse con este tipo, supongo. ¿Qué mejor excusa que mi divorcio?

—Tu ex es un idiota —dijo.

—Salud —le respondí, sosteniendo mi bebida en el aire. Fue suficiente para llamar la atención del camarero, lo que me hizo reír. —Creo que podrían echarme.

—Se enfrentan a cosas peores cada día —dijo—. Confía en mí.

—Lo hago —dije.

—Eso no fue muy amable de tu amiga —dijo—. ¿Cómo terminaste aquí?

—Quería un bar barato que no estuviera al lado de un casino —dije—. Y sabes, este parecía el lugar perfecto para que una solitaria divorciada no fuera conquistada.

—¿No te van a conquistar? —preguntó. Incluso en la oscuridad, pude ver que sus ojos estaban parpadeando.

Hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre, y las últimas veces que me acosté con Scott, apenas parecía interesado en mí. Estaba haciendo los trámites antes de que nuestro matrimonio muriera. Me di cuenta de que ya no estaba interesado en mí.

Este extraño, este hombre alto y guapo con ojos traviosos, iba a estar interesado en mí.

Y yo estaba lo suficientemente borracha como para arriesgarme.

—¿Qué estás diciendo? —Pregunté después de tomar otro sorbo de mi bebida fuerte.

—Estoy diciendo... ¿tienes una habitación de hotel por aquí?

CAPÍTULO DOS

KIERAN

Se alojaba en un hotel a pocos pasos del bar. Lo sabía. Era uno de esos bares a los que sólo iban las mujeres que podían permitirse bebidas demasiado caras, y aunque tenía la apariencia de ser sucio, fue una cuidadosa decisión de marketing tomada por genios del marketing de Las Vegas.

Era el lugar perfecto para trabajar, por lo menos. Las últimas semanas habían sido sorprendentemente malas, probablemente debido al clima. Sólo había habido un par de clientes y eran personas que pagaban tarifas de cliente frecuente. Nada como lo que yo cobraría a uno nuevo.

Tal vez sería divertido, me dije a mí mismo.

Esta clienta... era hermosa. Pequeña, con pelo marrón que le llegaba a los hombros en suaves olas, y enormes ojos marrones que hacían que su cara se iluminara cada vez que me miraba. Había algo familiar en ella, pero no podía poner mi dedo en la llaga.

No importaba.

Iba a llevarla al hotel, íbamos a pasar un buen rato, y tendría suficiente para pagar mis cuentas del mes. Pude ver que tenía dinero por las joyas que llevaba puestas, la ropa que usaba. Incluso en jeans y una blusa, podía ver las suelas rojas de sus zapatos. El collar y los brazaletes que llevaba eran de oro blanco o plata, con preciosos diamantes de imitación incrustados en ellos.

Me tomó la mano cuando se bajó del taburete y la sostuve, cuando se tambaleó, para que no se cayera al suelo. Estaba borracha, pero esperaba que no demasiado. Siempre fue una línea extraña para moverme y me aseguré de obtener una confirmación verbal, pero, aun así. Sólo estaba alicorada, porque hacer mi trabajo era si estaba sobria.

Salimos del bar a la abrumadora calle iluminada. Había charcos en el suelo que traté de evitar, pero Becca no lo estaba pasando tan bien. Ella tropezó hacia adelante y la atrapé, poniendo mi brazo alrededor de su cintura, y acercándola a mí.

Se rió. Olía a alcohol, pero también a champú, a coco y agave, y había algo en su perfume. Era sutil, floral, y podría haberla sostenido para siempre, sólo con su agradable aroma.

Se alejó de mí y la seguí hacia su hotel, un lugar imponente con una plaza enorme y una fuente en el exterior. Sabía que era un lugar que costaba al menos 300 dólares por noche, lo que no era nada despreciable cuando estaba claro que no estaba cerca de la franja y que no venían tantos turistas.

—Así que —dijo, sus palabras se entendieron un poco mal. —Mi amiga está con su nuevo marido, Dios sabe dónde. Este era el hotel más cercano que encontré que no parecía estar lleno de cucarachas.

Asentí con la cabeza, mirando el edificio de treinta pisos. —Se ve muy bonito —dije.

Se burló. —Es muy bonito —dijo—. Precioso. Planeaba pagarlo con nuestra tarjeta compartida, pero desde el divorcio, no se supone que nuestras finanzas sean compartidas.

—Lo siento —dije.

Ella se rió. —No lo sientas —dijo—. En general, ha sido mucho mejor para mí. Excepto por,

ya sabes, mis pequeñas fantasías de venganza.

Me reí. Para alguien que parecía tan borracha como ella, era elocuente. —Bueno, ya no tienes que preocuparte por él —dije mientras llegábamos a las puertas dobles automáticas, que se abrieron para nosotros. La recepcionista nos saludó y yo le sonreí, saludándola. Ella me conocía, y si quería, podía hacerme la vida difícil.

Esa noche no le importó lo suficiente y volvió a trabajar en algo en su computadora, lo que me permitió dar un suspiro de alivio mientras Becca me llevaba a su habitación.

Llegamos al pasillo con todos los ascensores, cuatro a cada lado, y ella se apoyó en mí. No sabía si era porque estaba borracha o porque trataba de mantener el equilibrio, pero cualesquiera que fueran sus razones, era una buena señal.

Las puertas del ascensor sonaron y ella se inclinó hacia adelante, casi cayendo de cara. El nivel de intoxicación en el que estaba me hacía sentir un poco incómodo. Incluso cuando se rió y me metió en el ascensor, rebotó en la pared trasera, que era básicamente una ventana al exterior. La fuerza con la que la golpeó me puso un poco nervioso, especialmente por la forma en que se rió cuando rebotó en la pared.

Coloqué un brazo alrededor de su cintura y la mantuve cerca mientras inclinaba la cabeza hacia arriba, mirándome directamente a los ojos. —Oye —dijo, sus ojos se estrecharon. —Siento como si te hubiera conocido antes.

—Muchas mujeres se sienten así —dije.

Ella se rió. —Sabes exactamente cómo hacer que una chica se sienta especial.

Me reí con ella.

Cuando apretó sus labios contra los míos, no me sorprendió. A pesar de lo borracha que estaba, besaba muy bien, y podía sentir que me dejaba llevar cuando mis labios encontraban los suyos una y otra vez. El ascensor sonó y pronto estábamos en su piso.

Me agarró la mano y se rió mientras me tiraba al suelo.

—¿Cuál es tu habitación?

Se volvió para mirarme mientras sus ojos se abrían. —Mierda —dijo—. Buena pregunta. Creo que está en el pequeño sobre que me dieron con la, uh, tarjeta de la llave.

—Bien. ¿Llevas eso encima?

Se dio una palmadita antes de encontrarla en el bolsillo trasero de sus jeans. —¡Voilà! —dijo—. Aquí está.

Me entregó el papel doblado. Lo abrí. 1104. No estábamos lejos. La guíé hasta la habitación. Se quedó junto a la puerta mientras la abría sin dificultad, y cuando la llevé, se dirigió a la cama.

Se estaba quitando la camisa cuando encendí la lámpara de la mesilla de noche.

—Oye, escucha, Becca —le dije—. No quiero que haya ningún malentendido, así que antes de que pase algo, quiero discutir mis honorarios.

—¿Tus honorarios? —preguntó. Estaba en la cama ahora, de frente, su cabeza en la almohada.

—Es razonable —dije—. Y puedo hacer que te olvides de cualquier cosa y de cualquier persona. Déjame ir a refrescarme, ¿de acuerdo? Podemos aclarar los detalles en un momento.

—Claro —dijo, su discurso era aún más confuso que antes. —Ve a refrescarte.

Hice lo que me dijo, caminando hacia el lujoso baño que estaba justo en la entrada del dormitorio. Las luces que se encendieron eran muy brillantes, lo suficiente para desorientar un poco.

Me eché el pelo hacia atrás y me revisé los dientes. Hice un rápido repaso, asegurándome de que olía bien y tenía buen aspecto, y luego me cepillé mientras volvía al dormitorio.

Becca todavía estaba en la cama, pero respiraba profundamente y sus brazos estaban extendidos. Estaba de espaldas, con las manos en la almohada en puños. Suspiré y me acerqué a ella.

Parecía que esa noche también iba a ser un fracaso.

La hice rodar hacia su lado. Gimió algo en voz baja, pero no estaba seguro de lo que era. Lo que sea que quisiera decir, podríamos hablarlo en otro momento, si me llamara de nuevo, lo cual probablemente no haría.

Y no podía culparla, supongo, porque no era como si me conociera.

No me conocía.

Agarré el bolígrafo y el pequeño bloc de notas de la mesita de noche y escribí mi número de teléfono en él, con mi nombre y una pequeña nota que le decía que conocerla había sido divertido, pero cuando salí del baño, estaba dormida y no quería molestarla.

Le serví un vaso de agua de la cocinita, encontré un par de aspirinas junto a la cafetera y las dejé en la mesita de noche.

Fue un poco molesto.

Otra noche vacía y nada que mostrar. A ese ritmo, no sabía cómo iba a pagar mi hipoteca.

Al menos había sido amable, pensé, mientras salía de la habitación.

Probablemente no volvería a llamar, pero no podía culparla. Sólo tenía que mantener la cabeza gacha y seguir trabajando sin preocuparme por una extraña que sólo había conocido una vez en un bar.

CAPÍTULO TRES

BECCA

Me desperté sintiéndome desorientada.

Cuando mis ojos se abrieron por primera vez, no tenía ni idea de dónde estaba. Había una cama debajo de mí, suave y lujosa, y una colcha, aunque estaba a mis pies. Había dormido sin las mantas y mis jeans se habían incrustado en mi cuerpo, dejando marcas en mi cintura. También dormí con mi sostén, pero sin camisa, lo cual no tenía sentido. Siempre me quitaba el sostén antes de quitarme la blusa cuando me preparaba para ir a la cama.

No recordaba haberme preparado para ir a la cama.

No recordaba haberme ido a dormir, o cómo había vuelto al hotel.

Había un gran escritorio frente a mí, con mi equipaje a un lado. Vagamente recordaba haberme registrado en el hotel, pero ya estaba borracha. Me sorprendió que me lo hubieran permitido.

La habitación era hermosa y grande. A pesar de que las persianas estaban medio cerradas, podía ver que la vista era hermosa también. El único problema era lo brillante que era. La luz del sol entraba a través de las persianas abiertas y mi cabeza latía con fuerza.

Gemí mientras ponía mi mano en la cabeza y giré para alejarme de la ventana. Mi cabeza latía con fuerza y no estaba segura de cómo había acabado en la cama.

Sólo había recuerdos vagos y parches de la noche anterior. Recordé haber estado en el casino con Stella, bebiendo cócteles gratis y jugando al blackjack. Las dos éramos muy malas en eso. Recordé al hombre que se cernía sobre nosotras, un tipo alto y guapo de pelo rubio rizado, que llevaba lo que parecía un traje muy caro. Y también recordaba vagamente a Stella yéndose con él, dejándome sola, diciéndome que estaba claro que el matrimonio no era tan serio, y que podría seguir adelante con un extraño.

No podía discutir con ella.

Pensé que no conocía al hombre, así que podría ser peligroso, pero ese era el mayor problema que tenía. El matrimonio no era al fin de cuentas todo lo que pensé que era cuando era una niña. Así que se fue a casar, y no la detuve.

Estaba un poco molesta. Esta era mi fiesta de divorcio, si alguien debía tomar decisiones irresponsables, era yo. Se suponía que yo era la persona que se dejaba llevar, a quien no le importaba lo que pasaba.

Pero no podía soportarlo. No podía ir a la capilla con ella, no podía ver cómo se casaba con un imitador de Elvis. Quería que mi vida fuera libre de matrimonio, libre de boda, libre de cualquier recuerdo de mi propio matrimonio y de mi exmarido. Era lo último que necesitaba, así que cuando ella no miraba, me escabullí. Le envié un mensaje de texto diciéndole que me alegraba por ella, y que estaba bien, y que no me quedaría en el mismo hotel en el que nos habíamos quedado.

Si ella respondió, no la vi.

El resto de la noche fue más borrosa. Recordé estar sentada en el bar, bebiendo destornillador

tras destornillador, esperando algo. No estaba segura de lo que estaba esperando, pero en ese momento, parecía importante. Y luego había un vago recuerdo de un hombre.

Era como si sólo pudiera ver mi memoria a través de una pantalla. Era guapo, pero no podía concentrarme en sus rasgos, o en su aspecto, o incluso tener un recuerdo claro de su olor. Era amable conmigo. Lo recordé.

Me miré y me pregunté si habíamos dormido juntos. Había estado muy intoxicada, pero esperaba que lo mismo fuera cierto para él. Recordé, pensando vagamente, que había pasado tanto tiempo desde que me había acostado con alguien. Se había presentado la oportunidad perfecta, y no iba a dejarla pasar.

Sólo deseaba poder recordar.

Me quejé, sentándome, tratando de ignorar mi dolor de cabeza. Iba a caminar a la pequeña cocina para tomar un vaso de agua, pero noté que uno había sido colocado en mi mesita de noche. Escaneé lo que había en la mesa de noche con mi mirada. Había dos aspirinas y una pequeña nota arrugada. La agarré, la alisé y la leí.

¡Hey Becca! Fue un placer conocerte esta noche. Fui al baño y cuando salí estabas dormida. No quería molestarte, porque parece que tuviste una larga noche. No quería que pensaras que me fui a escondidas ni nada de eso. Kieran.

Su letra era clara y grande. Practicada. Bajo su nombre, estaba su número de teléfono. Diez dígitos, y podía ponerme en contacto. Podía llamarlo y preguntarle qué había pasado, o llamarlo e invitarlo a salir en otra cita, si lo que había pasado la noche anterior podía ser considerado una cita.

Probablemente no podría.

Sabía que lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas. Al menos eso es lo que la gente decía. Ni siquiera podía recordar lo que pasó, pero por su nota, este Kieran era un perfecto caballero.

Lo que hizo que se preguntara qué hacía en un bar sucio en medio de ninguna parte de Las Vegas, recogiendo mujeres al azar. Me reí un poco de mi propia lógica, y el sonido de mi voz se sintió como un martillo neumático en mi cerebro. También estaba en un bar sucio en el medio de la nada en Las Vegas, y era, o de todos modos, había sido una vez una persona educada y respetada.

Se suponía que estas vacaciones me harían sentir mejor, no peor.

No había hecho tal cosa. Iba a regresar y no me sentía renovada, no me sentía lista para enfrentar a Scott, no sentía que podía dejar atrás lo que había sucedido.

Me sonreí un poco al pensar en el desastre legal que le esperaba a Stella, aunque quería saber dónde estaba. Parecía tan insistente en que nos tomáramos un tiempo para estas vacaciones de divorcio, como ella lo había llamado. Sabía que era sólo una excusa para unas vacaciones, pero no podía culparla por eso.

Todos necesitábamos unas vacaciones, pensé. Yo particularmente necesitaba unas vacaciones.

Necesitaba llamarla y asegurarme de que seguía viva y que su nuevo marido no era un loco asesino. Stella era una chica grande y podía cuidarse sola, pero aún así, Las Vegas era un lugar peligroso.

Busqué mi teléfono, pero no lo vi en ninguna parte. Lentamente me dirigí a mi bolso, que había dejado en la habitación, y saqué el teléfono, al que sólo le quedaba un uno por ciento de batería.

Vi que tenía un montón de llamadas y mensajes perdidos, pero cuando traté de mirarlos, mi teléfono murió. Estaba demasiado cansada para sentirme frustrada, pero sentí que me costó toda mi fuerza de voluntad encontrar el cable de carga para mi teléfono.

No estaba muy lejos de mí, lo cual era ideal. Extendí mis extremidades en el sofá donde había estado mi bolso y encendí mi teléfono.

Ni siquiera tuve que esperar a que mi teléfono se cargara para saber que habían sido los mensajes de texto de Stella y las llamadas que había perdido.

La llamé sin mirar ninguno de sus mensajes. Ella respondió antes de que sonara el teléfono. —¿Becca? ¡Gracias a Dios!

—¿Tienes que gritar? —Dije que mi voz era un susurro ronco.

Se rió en voz baja. —¿Estás bien? ¿A dónde fuiste?

—No lo sé —respondí—. Algún bar sucio. ¿Qué hay de ti?

—Una capilla, creo, pero me acobardé cuando me di cuenta de que ni siquiera sabía su apellido —dijo—. No sé en qué diablos estaba pensando.

—¿Al menos tuviste sexo? —Pregunté, tomando el último sorbo de mi agua.

Ella se rió. —Sí —dijo, y luego volvió a bajar su voz a un susurro. —Excepto que no puedo recordar si fue bueno o no, lo que parece...

—¿Importante? —Yo pregunté.

Se rió de nuevo. —Supongo. Parece una información que debería haber retenido.

—¿Sigue ahí?

—No —dijo—. Se escabulló en medio de la noche. Menos mal que no me casé con él, o de lo contrario podría estar en el anzuelo de la pensión alimenticia.

Me reí. —Bueno, al menos una de nosotras tuvo suerte anoche —dije—. Conocí a un tipo, y era lindo, o al menos creo que era lindo, pero yo estaba bastante borracha. Me siento como si todavía estuviera borracha. Dios, solíamos hacer esto mucho. ¿Cómo?

—Éramos jóvenes —dijo—. Y estúpidas.

—Por lo menos todavía tenemos el *estúpido* a nuestro favor.

—Tienes razón, hermana —dijo—. ¿Qué pasó contigo y el chico guapo?

—Nada —respondí—. Lo traje a mi habitación y me dormí rápidamente cuando fue al baño. Estoy segura de que me veía súper sexy con la baba en la cara, así que creo que fue entonces cuando decidió escapar. ¿Y quién puede culparlo, verdad?

—Estás muy buena —dijo—. Suena como si fuera, ya sabes, respetuoso.

—Sí —respondí—. Entonces, ¿dónde estás ahora?

—De vuelta en el hotel —dijo—. No tenías que ir a un hotel completamente diferente, ya sabes. Podrías haber conseguido otra habitación. O habrías ido a su casa.

—Entonces, ¿cómo habría escapado? No, todo está bien —dije.

—¿Lo está? Porque me di cuenta de la mierda que estaba siendo en algún momento de anoche, y luego no pude encontrarte.

—Bien —dije—. ¿Eso fue antes o después de que te consiguieras un poco de polla?

—Eso... sí, me lo merecía —dijo—. ¿Quieres ir a almorzar?

Me quejé. —No —dije—. Pero probablemente debería. Déjame darme una ducha y luego podemos vernos en algún lugar. Encuentra un buen lugar.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo.

—Lo menos que puedes hacer es comprar el almuerzo.

—Bien —dijo—. Tienes razón. Es lo menos que puedo hacer.

—Me alegro de que estemos en la misma página —dije.

No podía verla, pero era como si pudiera oírla poner los ojos en blanco.

—Te enviaré la dirección en un momento —dijo—. Nos vemos pronto.

Asentí con la cabeza, y luego miré el trozo de papel arrugado que tenía en la mano. Realmente no quería llamar a este tipo. Al menos no lo creía.

Apenas podía recordar cómo era. No iba a pensar en él otra vez. Estaba preparada para seguir adelante con mi vida y no preocuparme por él en absoluto.

Me metí en la ducha, lista para tener un buen día.

Iba a celebrar mi divorcio, pasara lo que pasara.

CAPÍTULO CUATRO

KIERAN

Estaba exhausto cuando me desperté.

No había bebido mucho, pero había bebido lo suficiente como para que mi cabeza me golpeará. Ya no tenía veinte años y no podía vivir como antes, pero había algo muy raro en tratar de ligar con mujeres y hacer mi trabajo cuando estaba completamente sobrio. Algo en ello se sentía mal, casi depredador.

Pero no podía preocuparme por eso entonces.

No había tiempo para ponerse filosófico cuando no podía recordar dónde había puesto mi billetera. Me di una palmadita a mí mismo de nuevo, lo que fue absolutamente inútil. Sabía que no la tenía encima, pero tenía que seguir revisando, porque necesitaba encontrarla.

Toda mi vida estaba en mi cartera y necesitaba encontrarla. Necesitaba recuperarla para poder volver al trabajo, para no tener que cancelar mis tarjetas y tratar de obtener una licencia de conducir nuevamente. Ni siquiera quería pensar en eso. Iba a ser una pesadilla.

No, me dije a mí mismo. No dejaría que mi mente vagara. Iba a encontrar mi cartera y luego iba a volver a enfocarme, volver al trabajo, y tratar de tener un buen mes. Al menos no tenía que pagar impuestos, pensé para mí mismo, y me reí secamente, sorprendido por el tono áspero de mi propia voz.

Salí de mi apartamento y bajé las escaleras hasta mi coche. Era un día sorprendentemente frío, lo cual era confuso porque era el apogeo del verano en el desierto. No estaba vestido para el frío, pero al menos tenía un abrigo en mi auto. Ya había llamado al bar en el que había pasado la mayor parte de la noche, y me dijeron que no tenían mi cartera. La persona que respondió podría no haber mirado, así que me dije que iría al bar, y luego al hotel. Definitivamente no estaba en mi coche, porque no había vuelto a casa. Había tomado un taxi, y me había quejado al ver el taxímetro al salir.

No estaba muy lejos de la zona turística, así que no tardé en llegar al bar. Aparte del camarero y un hombre que se dedicaba a repartir cocaína y Jack Daniels, no había nadie más.

Llamé la atención del barman. No lo conocía, lo que significaba que debía ser nuevo. Le sonreí cuando se acercó al lado de la barra. —Hola —le dije—. Estuve aquí anoche, acabo de llamarte. ¿Por casualidad tienes mi billetera?

—No vi ninguna billetera.

—¿Puedes comprobarlo otra vez? Sé que hay una caja de objetos perdidos bastante desorganizada.

Levantó las cejas.

Me encogí de hombros. —He estado aquí mucho tiempo.

Sonrió a eso. —Traeré la caja. Puedes mirar, si quieres. Pero te digo, hombre, no vi una cartera.

—No te preocupes. Te lo agradezco.

Asintió con la cabeza. Desapareció en la parte de atrás por un segundo, miré alrededor del bar, que se veía mucho más triste durante el día. Su tontería fabricada se sentía real y válida, como si fuera toda la identidad de este lugar, lo cual era... extraño.

No tuve mucho tiempo para pensar en la marca, porque pronto mi mirada había caído en el taburete donde conocí a Becca. La había visto sentada allí, desde atrás, con su pelo tocando sus hombros. Lo primero que noté de ella fue su postura. La mayoría de la gente no se sentaba derecha, pero ella sí, aunque no había espalda en el taburete. Cuando se giró un poco, vi el perfil de su nariz, la forma en que se mecían sus pendientes cuando se reía.

Había objetivos más fáciles.

Había otras mujeres, otras personas que serían más fáciles de conseguir. Que pagarían un buen dinero por mis servicios.

Pero tan pronto como la vi, sentada allí, tan regia y detenida, supe que tenía que tenerla. Lo sabía.

Puede que no fuera una decisión de negocios muy inteligente, de hecho, ahora sabía que no lo era. Pero en ese momento, parecía la correcta. Así que fui y me senté a su lado, y me pregunté de dónde la conocía, si es que la conocía.

Debí haberla conocido. Algo acerca de sentarme a su lado se sentía tan bien, y reconfortante. Ella podría haber sido una cliente con la que trabajé antes, pero recordaba a casi todos mis clientes, y sabía que la recordaría.

Había algo fascinante en ella, como si hubiera podido seguir mirándola fijamente para siempre...

No pensé que fuera particularmente hermosa. Había conocido a muchas mujeres hermosas antes, mujeres que podían permitirse los mejores cirujanos aún querían mis servicios, sorprendentemente con frecuencia, pero había algo en ella.

Sobre sus ojos, inteligentes y alerta.

Sobre la forma en que sonreía, la forma en que se iluminaba su rostro.

Sobre lo *mundana* que parecía. Como si pudiera hablar conmigo durante horas sobre lo que quisiera, y yo me hubiera sentado allí y escuchado, tratando de sentirme, por un momento, tan inteligente como ella.

Pestañeé, un poco sorprendido de adónde me habían llevado mis pensamientos, y me interrumpió el sonido de una caja colocada ruidosamente en la barra delante de mí.

—Aquí tienes —dijo el barman.

Dejó la caja delante de mí, y la revolví durante unos segundos. Había muchas cosas ahí, sobre todo gafas de sol, llaves, e incluso un par de camisetas desmenuzadas.

Pero el camarero tenía razón. No había ninguna cartera.

Suspiré y la empujé hacia él.

Se torció los labios. —Lo siento, hombre —dijo—. Puedo seguir buscando, pero si la dejaste aquí...

No tenía que decir el resto. Si lo dejé allí, probablemente alguien lo había tomado, y no tendría suerte.

—Gracias de todos modos —dije—. ¿Te importa si dejo mi coche aparcado aquí un rato? No quiero lidiar con el estacionamiento del hotel mientras voy a buscarla.

Se encogió de hombros. —Lo que sea, hombre —dijo—. Sólo asegúrate de salir de aquí antes de las seis.

Eso no sería un problema. Aún era antes de las once, y este recado no me llevaría mucho

tiempo. Y eso era, por supuesto, si tenía suerte, porque por lo que sé, Becca ya se había ido del hotel o no me recordaba, o no había encontrado mi billetera.

Caminé hacia el hotel con decisión, metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerlas del sorprendente frío de la mañana. Podía sentir la presión en el aire, también, y me resultaba algo difícil respirar.

El aire en la ciudad siempre estaba seco, así que esto se sentía sofocante. Traté de no prestarle demasiada atención. Pronto, estaría dentro, y estaría protegido de los elementos por la temperatura interior controlada. Con suerte, también encontraría mi billetera y podría dejar de preocuparme por ella.

Entré en la recepción, pasé el vestíbulo y entré en el ascensor. 1104. Recordé el número de su suite. Sólo podía esperar que no se hubiera ido todavía, que tal vez mi billetera estuviera en su habitación, y que esto no fuera demasiado incómodo.

En realidad no esperaba volver a saber de ella. Darle mi número de teléfono fue un último esfuerzo y no uno que esperaba que diera frutos. No importaba. Me dije a mí mismo que todo estaría bien, pero en realidad, estaba muy estresado por todo esto.

Fui a su habitación, llamé y esperé.

Y esperé.

Y esperé.

Pensé en dar la vuelta, alejarme, pero la puerta se abrió, sólo un poco. —¿Sí?

—Hola, Becca, siento molestarte. Me preguntaba si dejé mi billetera aquí anoche.

—No la he visto. —Dijo que después de un tiempo, después de pensarlo.

—Creo que me lo he dejado en tu baño. Podría echarle un vistazo, o si quieres, podrías...

Lo pensó por un segundo. Abrió la puerta, un poco más, y su cara se vio con la luz de la mañana. Y entonces supe exactamente de dónde la conocía.

Y ella también.

CAPÍTULO CINCO

BECCA

Le cerré la puerta en la cara. No quise hacerlo, sólo sucedió, como si algo se apoderara de mí y tuviera que hacerlo instintivamente antes de poder gritarle.

La noche seguía viniendo a mí en parches y recuerdos desconectados, pero no tuve que pensar en la noche para saber exactamente quién era este hombre.

No era sólo una conexión. No era sólo alguien que había conocido en Las Vegas y que había hecho una noche triste y memorable.

No, era Jonathan Bloom, el chico que hizo que ser yo en el instituto fuera una experiencia absolutamente terrible.

Me acordé de él. Por supuesto que lo recordaba. Él era la razón por la que temía ir a clase en el instituto, la razón por la que siempre me resultaba difícil mantener la cabeza baja y estudiar. Siempre se burlaba de mí, desde que llegué a la ciudad.

Vivíamos a sólo unas puertas de distancia, y él podría haber elegido caminar a casa conmigo todos los días. Al menos antes de que consiguiera un coche. En cambio, eligió ignorarme cuidadosamente. Al principio, lo saludaba. Era mi vecino, y mis padres saludaban a los suyos, así que era lógico que nos saludáramos o al menos fuéramos un poco amigables. No esperaba que uno de los chicos más guapos de mi escuela secundaria se convirtiera en mi mejor amigo ni nada de eso, porque incluso cuando era una adolescente, nunca fui tan ingenua.

Pero esperaba que fuera amable.

Como mínimo, esperaba que fuera cordial.

Pero no lo fue. Y yo habría estado bien si me hubiera ignorado, si hubiera fingido que yo no existía. Pero no fue sólo eso.

Pronto, pude darme cuenta de que estaba extendiendo rumores sobre mí.

Dijo que mis padres eran pobres, que estaban cometiendo un fraude para que yo pudiera ir a la zona escolar más prestigiosa de la ciudad. Cuando eso no parecía tener mucha fuerza, empezó a difundir rumores de que yo era una acosadora y que no lo dejaría en paz.

De los pocos amigos que tenía, oí que él no quería tener nada que ver conmigo, y que le había declarado mi amor de una manera espeluznante y molesta. La peor parte, la parte que él no sabía, era que yo estaba un poco enamorada de él.

Esa llama se apagó inmediatamente cuando oí lo que le decía a la gente sobre mí. Después de eso, todos se aferraron a ella. Era una chica loca y espeluznante que tenía que acechar a los chicos porque nadie se interesaba por ella, y él siempre iba por alguien que estaba muy por encima de mi nivel.

Sabía que estaba por encima de mi nivel, pero era una mentira. Le había saludado con entusiasmo unas cuantas veces, o le había alcanzado antes de ir a la escuela y no había captado el mensaje cuando dijo que prefería caminar solo.

Pero lo entendí después de eso.

Fuerte y claro.

Cuando me gradué, perdí el contacto con él. Perdí el contacto con la mayoría de mis conocidos del instituto, ya fueran amigos o enemigos. No usaba las redes sociales, no tenía tiempo para ello, y estaba demasiado ocupada con mi drama personal actual para preocuparme por el pasado.

Pero ahora mi drama personal del instituto estaba delante de mí.

Pidiendo que le devolvieran su maldita cartera.

Y no era como si pudiera rechazarlo, porque yo había sido, y seguía siendo, mejor que él.

Si quería su billetera, entonces le iba a dar su billetera. Aclaré mi garganta, tratando de recuperarme, y abrí la puerta de nuevo. —No la he visto —dije. Intentaba mantener mi voz lo más neutral posible, pero sonaba más temblorosa de lo que me gustaba que sonara. Especialmente delante de él. —Pero siéntase libre de entrar y mirar a su alrededor. Hágalo rápido, he quedado con alguien para almorzar.

Asintió con la cabeza cuando entró en la habitación. Me miró de arriba a abajo. Pensé que iba a decir algo, pero no dijo nada. Sólo continuó mirándome, y yo lo miré, con los brazos cruzados sobre el pecho y el pie golpeando rápidamente en el suelo.

—Mire —dije—. Pero como dije, no se tome mucho tiempo.

Asintió con la cabeza. Tal vez fue mi imaginación, pero pensé que sus mejillas se habían enrojecido. Me alejé de él y seguí poniendo mis cosas en mi bolso mientras lo escuchaba jugar en el baño. Me mordí el interior de la mejilla y esperé unos segundos, sin moverme de donde estaba.

Todavía estaba tan sorprendida, tan sorprendida de saber que Kieran-huh, que nombre de mierda, resultó ser mi bully de la escuela secundaria. Era tan raro. Quería hablar de eso con él, pero tampoco lo hice. Habíamos logrado escapar el uno del otro, y habíamos tenido suerte de escapar el uno del otro, y él no me debía una explicación.

Ambos éramos adultos, y necesitábamos actuar como adultos.

Bueno, estaba actuando como un adulto.

Probablemente estaba siendo mezquina, pensando demasiado en el pasado, y no siendo madura en absoluto. Era una especie de problema, me dije a mí misma.

Salió del baño, sosteniendo su billetera. —Gracias —dijo—. Me has salvado de un mundo de problemas.

Asentí con la cabeza. —Claro —dije—. No hay problema.

Dudó al acercarse a la puerta. Se mordió el labio inferior antes de hablar. Pude ver la vacilación en su cara mientras abría la boca, sin decir nada.

Mis ojos se abrieron de par en par entre su cuerpo y la puerta.

Esperaba que se fuera. Que se fuera. Que no volviera.

Pero no lo hizo. Esperó, parado frente a mí, y respiró profundamente antes de hablar. —¿Podemos hablar?

—Ya estás hablando —dije.

—Quise decir; ¿no podemos tener una conversación?

Me lamí los dientes y esperé. No sabía qué contestarle, qué decirle. Lo quería fuera de mi vista, pero me gustaba la idea de que se arrastrara. Me hacía sentir mejor, pero también me hacía sentir tonta y mezquina.

—Puedo darte dos minutos —le dije—. Realmente voy a llegar tarde.

—Yo sólo... —Pude ver el enrojecimiento de sus mejillas y pude ver que intentaba decir lo correcto. Tenía curiosidad. Estaba molesta, sí, pero sobre todo curiosa. Seguí esperando, sin decir

nada. Aunque sentía un poco de lástima por él, estaba completamente decidida a no ayudarlo en absoluto.

Aunque me sentí un poco mal por él.

Seguí esperando, sin decir nada.

—No lo sabía. Anoche no te reconocí.

—Bien.

—No quise hacer las cosas raras.

—¿Cómo creías que iban a ser?

Él miró hacia otro lado. —Estaba haciendo mi trabajo. No es personal.

Sacudí la cabeza. Lo miré fijamente cuando hablé. —¿Qué quieres decir con que estabas haciendo tu trabajo? Seducir a las chicas con las que solías meterte en el instituto no es un trabajo.

—No sabía quién eras, o de lo contrario nunca te habría molestado —respondió—. Sé que puede ser difícil para ti creerme, pero te lo juro.

Me burlé. —Tienes razón —dije—. Eso es difícil de creer para mí.

—Por si sirve de algo, no pasó nada anoche.

—Siempre el caballero —dije—. Debe ser difícil andar por ahí con estándares personales tan estrictos, y el mundo cayéndose a pedazos.

Hizo un gesto de dolor. —Supongo que me lo merezco.

Era sólo una pequeña muestra de lo que se merecía, pensé, pero mantuve la boca cerrada. No quería que las cosas fueran más raras entre nosotros, cuanto más tiempo estaba allí, más quería que se fuera.

—Está bien. Lo que sea. Encontraste tu billetera, ahora a menos que haya algo más de lo que necesites hablar, realmente se me hace tarde.

—No lo sabía.

—Lo sé. Tú lo has dicho.

Sacudió la cabeza. —Mira, no quiero empeorar una situación incómoda, pero ¿podemos ver el lado positivo? No pasó nada. No te cobré...

Lo miré. La forma en que lo miraba fue suficiente para interrumpirlo. —¿Qué quieres decir? ¿No me cobraste?

—Bueno, quiero decir, no pasó nada. Así que no había nada por lo que cobrarte.

—Espera. Espera, espera, espera. ¿Pensabas cobrarme por tener sexo conmigo?

Abrió la boca y se encogió de hombros. —Hablamos de ello anoche. No quería que hubiera ningún malentendido.

—¿Y por eso fue que empezaste con un nombre falso? Kieran?

—No es un nombre falso.

—¿En serio? Porque fui a la escuela contigo. Recuerdo a tus profesores, tus padres, tus amigos, llamándote Jonathan.

—Sí. Pero ese es mi segundo nombre. Kieran es mi primer nombre. Comencé a usarlo cuando me gradué de la escuela secundaria, cuando me fui de casa.

—Así que todas las personas que has conocido en el trabajo piensan que tu nombre es Kieran?

Se lamió los labios. —No creen que mi nombre sea Kieran. Mi nombre es Kieran. Todos los que conozco saben que mi nombre es Kieran.

—Bueno, es bueno que no nos conociéramos entonces.

Suspiró. —Ojalá pudiera explicarlo.

—Desearía que pudieras explicarte también. Pero honestamente, no quiero oírlo. Ya lo superé.

Tal vez tú también deberías hacerlo.

Sonó como una mentira. Lo era. Porque no me di cuenta de lo abiertas que estaban mis heridas del instituto hasta que lo vi delante de mí. Era alto y hermoso, pero recordé cómo había actuado conmigo. La frialdad. La crueldad.

Para colmo, ¿ahora quería cobrarme por sexo? Puede que todavía esté en contacto con algunas personas del instituto. Probablemente volvería corriendo a ellos, para contarles sobre la humillada divorciada que le había rogado por sexo que tenía que pagar. Todos se burlarían de mí. Se reunirían en una pequeña habitación, y se reirían de lo perdedora que era todavía.

Se dio la vuelta para irse, como si pudiera leer mi mente, su cabeza se agitó sobre su cuello antes de hablar. —Sé que probablemente nunca me creas, pero anoche, realmente no me di cuenta de que eras tú. Nunca me habría acercado a ti si lo hubiera sabido.

—¿Y cuando te diste cuenta de que era yo? —Yo pregunté.

Estaba de pie junto a la puerta, con la mano en el pomo, y estaba a punto de irse. Esta era probablemente la última vez que lo vería, y estaba feliz por ello.

Puede que no tenga una buena vida a la que volver, pero al menos no era tan mala como lo había sido mi pasado. Había trabajado duro para convertirme en quien era. Que se joda Scott. Yo podría hacerlo mejor que él.

Y ciertamente podía hacerlo mejor que Jonathan-Kieran, como se llame, era el maldito Bloom. Al menos eso era lo que pensaba. Lo que quería pensar.

—La cosa es que no me di cuenta de que eras tú.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o no.

—No lo sé. No tengo ni idea de cómo deberías tomarlo. Sólo sé que te vi, y pensé que eras hermosa, y que no eras el objetivo más fácil en ese bar pero eras la que yo quería, así que me acerqué a ti. No... no lo sé. Simplemente no lo sabía.

—Entiendo —dije. Me dieron ganas de llorar, aunque no estaba segura de por qué. —Vale, bueno, fue genial verte de nuevo, Kieran. Me alegro de que te estés haciendo una buena vida en Las Vegas o lo que sea. Estoy a punto de irme, así que creo que es hora de que tú también te vayas.

Asintió con la cabeza. —Sí —dijo—. Absolutamente.

Salió al pasillo primero. Esperé un par de minutos para recobrar la compostura, y luego salí con la cabeza bien alta.

CAPÍTULO SEIS

KIERAN

Me sentí terrible.

Probablemente debería haberme disculpado. No sabía por dónde empezar. No merecía escuchar ninguna de mis justificaciones por lo terrible que había sido en la secundaria. No había razón para que le contara a esta exitosa, hermosa e inocente mujer sobre mi propio equipaje. Me sentí mal por haberme acercado a ella y haberla considerado como una cliente potencial, cuando estaba claro que era mucho más.

Y se sentía como si añadiera un insulto a la herida.

Comprendí por qué estaba enojada. Si yo hubiera estado en su lugar, también me habría enojado. Probablemente pensó que la había atacado a propósito, y no lo hice. Al menos no de la forma en que ella pensaba.

Realmente la había enviado allí sentada y quería acercarme a ella.

Tal vez debería haber sido más cuidadoso. No había pensado que mi pasado me seguiría a Las Vegas, me había mudado al otro lado del país por una razón, emocionado por no volver a enfrentar mi pasado. Había perdido contacto con todos mis amigos del instituto, si es que se les puede llamar amigos. Mi identidad era diferente. Nunca volví a casa, en parte porque no podía enfrentarme a volver, pero también porque no podía enfrentarme a la gente de la que una vez había sido amigo.

Intenté decirme a mí mismo que no me avergonzaba de mi profesión, pero había un cierto estigma que lo acompañaba. Reconocer eso era sólo ser realista. El trabajo sexual era todavía tabú en muchos lugares conservadores, uno de ellos incluía mi ciudad natal. Algunas personas podrían haber sido más comprensivas que otras, pero yo no quería arriesgarme. Un pequeño pueblo era el lugar perfecto para que el rumor comenzara, y luego se extendiera, y no había forma de detenerlo. No me importaba lo que la gente dijera de mí en casa, porque no era como si me hubiera alcanzado. Me protegía el estar desconectado de todo.

Esa fue una elección deliberada.

Estar lejos de todo, fue absolutamente una elección deliberada.

Usé mi nombre de pila para que la gente no supiera quién era, para que no conectaran los puntos, aunque no hubiera puntos que conectar.

Y también me había encontrado con compañeros de clase antes, aunque había sido raro. Los había visto en los casinos y les había dado suficiente espacio, prefiriendo trabajar en otros lugares, si era necesario.

No sabía qué me había atraído de Becca, pero había sido una estupidez. Tenía que ser más cuidadoso. No me había llamado ninguno de mis clientes habituales por unas semanas, y podía ver mi cuenta bancaria agotarse un poco más cada día.

A medida que se acercaba el fin de mes, sabía que tenía que dejar de ser tan quisquilloso, pero a veces dejaba que mi intuición me guiara.

La mayoría de las veces, era correcto.

Esta vez, no lo había sido.

Me dije a mí mismo que iba a mantener la cabeza baja, encontrar unos cuantos clientes diferentes, y simplemente intentar trabajar. No había nada más que pudiera hacer, no lo creía.

Suspiré al subir a mi auto, sabiendo que este recuerdo quedaría impreso en mi cerebro hasta el día en que muriera, como un mortificante pedacito de mi vida.

No quería pensar en ello.

Quería ir a casa, meterme en la cama, dormir y olvidar que había pasado. Pero sabía que no podía ser tan simple, porque nada lo era.

Al menos recuperé mi cartera, pensé secamente, pero eso no me pareció alentador cuando el precio había sido tan alto. Esperé unos segundos mientras intentaba respirar profundamente, luego mi auto se encendió y mi teléfono se conectó automáticamente al Bluetooth.

Tenía una llamada perdida, que le ordené al teléfono que me devolviera con un comando de voz.

El teléfono solo sonó una vez antes de que una voz familiar respondiera. —Kieran —dijo—. Me preocupaba que no me devolvieras la llamada.

—Por supuesto que te llamo —respondí—. Eres mi chica favorita.

Ella se rio con placer y yo sentí una punzada de culpa. Sabía que era un juego, al menos esperaba que supiera que era un juego, y no quería que se lo tomara en serio. No debería. Tenía sesenta años, era hermosa e inteligente. También venía a Las Vegas algunas veces al año, tratando de alejarse de su vida, que era encantadora según los estándares de todos los demás.

Pero no bajo los suyos.

Necesitaba un escape. Yo estaba feliz de proporcionarle eso, especialmente porque sería fácil quitarme de la cabeza las cosas si lo hacía. —¿Cuándo vas a venir? —Yo pregunté.

—Ya estoy aquí. Lo creas o no, estoy aquí por negocios. Pero no podría irme a casa sin verte.

Me reí. —Ciertamente espero que no.

—¿Estás disponible esta noche?

Sabía que lo estaba, pero aun así esperé unos minutos y fingí estar mirando mi calendario. Siempre fue mejor para ellas pensar que estaba lleno. —Puedo mover algunas cosas.

Se rio. —Me malcrías.

—Para eso estoy aquí —dije—. ¿Dónde te estás quedando? Puedo ir hasta allá.

—El Regal.

Mi corazón cayó en el estómago. —¿Al otro lado de la calle de Mother Hen's? ¿El bar?

—¡Sí! —exclamó—. ¿Lo conoces?

—Sí. Estoy familiarizado con el lugar.

—Grandioso. ¿Cómo suena a las seis? Puedo invitarte a cenar, y luego puedes llevarme a mi hotel.

—Claro —dije, sintiendo alivio de que parecía que nos íbamos a encontrar en otro lugar. — ¿Has elegido un restaurante?

—No. Recógeme en el vestíbulo, entonces podremos encontrar un lugar para ir. Puedes servir como mi guía turístico. Sabes que todavía no estoy súper familiarizado con Las Vegas.

—Por supuesto. Lo que necesites, Shelley.

Se rio. —Siempre es un placer verte. No puedo esperar.

—Sí —dije—. Yo tampoco puedo.

CAPÍTULO SIETE

BECCA

No quería seguir almorzando.

Mientras Stella charlaba delante de mí, yo seguía repitiendo la noche en mi cabeza. Sólo podía recordar partes de ella, pero no había nada que la hiciera cohesiva en mi cabeza.

Excepto lo humillante que era todo.

Aún no se lo había dicho a Stella, porque estaba ocupada narrando su salvaje escapada de la noche anterior, y no quería interrumpirla, aunque, en realidad, no le prestaba atención. Podía ver su boca moverse, así que me reí cuando ella se reía y mostré preocupación cuando estaba claro que estaba preocupada, pero no había nada comprometido en la forma en que le estaba hablando.

Nuestra interacción era puramente performativa y mi amiga no era estúpida, por lo que le resultaba fácil darse cuenta de que algo raro estaba pasando.

Chasqueó sus dedos frente a mi cara. —Tierra a Becca —dijo—. ¿Qué pasa contigo?

Me encogí de hombros. —No lo sé. Fue una noche un poco extraña.

—¿Quieres hablar de ello?

La miré y lo consideré por un segundo. Al final decidí que no quería hablar de ello, porque por supuesto ella no lo entendería. Era tan bonita, exitosa y hermosa, y sus mayores problemas se reducían a que un extraño en Las Vegas le propusiera matrimonio.

Ni siquiera se lo había propuesto.

Propuesto.

Ciertamente no se me había propuesto. No, había sido mucho peor que eso, mucho más raro. Ni siquiera se me había insinuado. Yo era el compromiso de negocios de alguien, y la peor parte de todo, era, bueno, que él era mi bully de la escuela secundaria.

Como si fuera necesario que hubiera capas adicionales para la humillación.

—Becca —dijo Stella.

Suspiré y mastiqué el último trozo de mi panqueque. No iba a dejar que ese idiota arruinara mi apetito. Sacudí la cabeza. —No —dije—. No quiero hablar de ello. Sólo estoy, no sé, aun procesándolo.

Suspiró y se acercó. —Escucha —dijo—. Sé que la cagué anoche. Nunca debí dejarte sola sólo por un extraño guapo. Sé que esta escapada de divorcio debería ser sobre ti.

—Está bien —dije, sonriéndole. —Parece que siempre estás lista para más aventuras que yo.

Puso los ojos en blanco. —Eso no es cierto —dijo—. Eres increíble y deberías considerarte increíble.

—Increíble, tal vez —dije—. Sólo que no estoy tan lista para la aventura como tú.

—Tal vez deberías estarlo —dijo—. Quiero decir, no hay nada que te detenga ahora, ¿verdad? Ningún hombre te detiene. Y eso es bueno, porque no mereces que te detengan. Mereces experimentar tu vida, ya sabes, completamente.

—¿Qué te hace pensar que no estoy viviendo mi vida plenamente?

Abrió la boca y luego sacudió la cabeza. —No, Becca, no quise decir eso —dijo—. Sólo digo que, si quieres aventura, puedes tenerla.

Asentí con la cabeza. —Bueno, todavía estoy averiguando lo que quiero. Pero tú también —dije, y luego me llevé la taza de café caliente a los labios.

Ella se rio. —Está bien —dijo—. Quiero decir, supongo que me lo merezco.

Volví a asentir con la cabeza. —Sí —dije—. Definitivamente te lo merecías.

—Hablemos de otra cosa. ¿Tienes ganas de volver al trabajo?

Me encogí de hombros. —No lo sé. Es complicado.

—Amas tu trabajo.

No estaba preguntando. Sabía que lo hacía.

—Lo sé. —Pero desde el divorcio, la gente ha estado actuando de forma extraña a mi alrededor. Quiero ayudar a mis pacientes, y no quiero cambiar de consultorio, pero en este momento, no sé si tengo opción.

—¿Qué quieres decir?

Suspiré. —No te lo he dicho todavía. Porque Scott también es tu amigo.

Me miró, con los ojos bien abiertos.

—Ha estado, no sé, difundiendo rumores, o simplemente vendiendo su versión de lo que pasó. No quiero que la gente sepa lo que me hizo.

—¿Por qué no? Podrías hacerlo si quisieras —dijo—. La cirujana malvada que se levantó sobre las cenizas de su infiel y emocionalmente desconectado marido.

—Sí, pero también es cirujano en el hospital. Sabes que hay política involucrada.

—Si lo eligen a él en vez de a ti, se equivocan.

Me reí. —No funciona así. No puedo decirles que escojan. Esto no es un patio de recreo, ni un juego.

Ella asintió. —Por supuesto. Es tu carrera. Es mucho más importante que un juego —dijo, y luego agitó la mano frente a su cara. —Mira, no pretendo entender tu vida de médica, y nunca lo he hecho. Sé que es complicado. Pero como abogada, te digo que tienes que luchar por ti misma. Y en todo caso, deberías llevar un registro escrito.

—¿Un registro escrito?

—En caso de que tengas que llevarlos a la corte —dijo—. Sé que conoces la importancia de un registro escrito.

Pestañeé. —No —dije—. Yo sí. —Es sólo que... nunca se me ocurrió hacer eso.

—Se te debería haber ocurrido hacer eso —dijo, y luego se inclinó ligeramente hacia adelante. —Mira, eres increíble, pero nunca has luchado por ti misma. Eres feroz y protectora y harías cualquier cosa por tus pacientes y por tus seres queridos. Pero tienes que empezar a ponerte en esa categoría también. No puedes ayudar a la gente a menos que te ayudes a ti misma, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, todavía un poco desconcertada. —¿Y cuánto te debo por la charla? ¿Me estás facturando por el consejo legal y no por la charla?

—Tarifas de compañeras —dijo—. Sólo un cóctel y estaremos en paz. Aunque estoy legalmente obligada a decirte que eso no fue un consejo.

—¿Qué fue, entonces?

—Una patada en el culo —respondió, y luego levantó su taza de café. —Salud. Por una nueva y estupenda tú.

—Salud —dije—. Por una nueva y estupenda yo.

Aprecié su charla de motivación. Me sentí un poco más animada, y ella tenía razón. Incluso

después de lo que pasó entre Scott y yo, seguía haciendo todo lo posible para protegerlo. No necesitaba hacer eso. Ya no era mi marido y necesitaba protegerme a mí misma.

Después de eso, discutimos nuestro horario. El día estaba reservado para masajes, seguido de una elegante cena en uno de esos restaurantes gastronómicos de lujo que se encuentran en el piso 75 de un rascacielos muy alto. Al final de la noche, terminaríamos con un trago en el bar, quizás el del restaurante, si no era demasiado caro.

Discutimos un poco sobre la logística, y le dije que había extendido mi estancia en el hotel por una noche más. Tenía sentido, mis cosas ya estaban allí, no quería tener que ir a ver, y estábamos a sólo unos pasos de distancia la una de la otra. Además, sería más fácil dormir bien si ella no estaba cerca. Me encantaba pasar tiempo con Stella, pero era una mala compañera de cuarto, y tenía claro que podría tener otra conexión que querría llevar a nuestra habitación. No me iba a interponer en el camino de mi amiga para tener sexo.

Era un gran problema, y uno que me dejaría básicamente sin una habitación para la noche.

Se disculpó una vez más y le dije que tenía que hacer algunas cosas para el trabajo antes de que empezara nuestro horario y que la vería en un par de horas.

En el camino de regreso a mi hotel, a corta distancia del lugar del almuerzo, noté las nubes oscuras que ahora cubrían el cielo. Había pequeños parches de cielo azul detrás de ellas.

Podía sentir la presión atmosférica que afectaba a mi humor e incluso a mi cabeza. Me sentí un poco mejor después de tomar un desayuno con miles de calorías, porque me había ayudado a forrar un poco mi estómago y me había dado un poco de claridad, pero todavía sufría de resaca.

Iba a llamar a mi jefe, para preguntarle sobre la programación. Quizás sea posible que Scott y yo tengamos turnos diferentes, al menos por un tiempo. No sabía si ayudaría, pero parecía que sí.

Aún no estaba segura de lo que iba a decir, pero sabía que mi jefe me respaldaría. Sabía que yo era una buena cirujana y una buena médica, y siempre me dijo que me cuidara. Cuando Scott anunció nuestra separación, el Dr. Bruckheimer me llevó a un lado y me preguntó si necesitaba algo, pero no quería parecer débil pidiendo nada.

Lo cual, por supuesto, no tenía sentido.

Porque mi debilidad se había manifestado en no cuidarme a mí misma. Stella podría haber sido un poco irresponsable, pero, sobre todo, pensé que tenía razón.

Necesitaba defenderme y dejar de pensar que los demás eran más importantes que yo. Subí a mi habitación, tratando de pensar en mi carrera y no en los hombres, y traté de pensar en cómo enfocar exactamente esta conversación.

Tan pronto como entré, noté que no había señal en mi habitación. Las paredes eran probablemente demasiado gruesas, pensé vagamente, e incluso acercarme a la ventana no la mejoró. Ni siquiera abrirla un poco ayudó en absoluto.

Suspiré y decidí ir al vestíbulo. Antes de poder cerrar la ventana por completo, oí el sonido de un trueno rodante que explotaba desde algún lugar cercano y fruncí el ceño.

Estaba un poco confundida, porque no había visto ningún rayo, pero no quería preocuparme por eso. El tiempo apenas me afectó. La mayoría de mis planes para el día estaban, afortunadamente, dentro.

Escuché otro trueno y cerré la ventana. Salí de mi habitación, yendo al vestíbulo para poder hacer mi llamada. Me dirigí a uno de los grandes sofás que daba al vestíbulo, miré mi teléfono y recorrí la lista de contactos para encontrar la tarjeta de contacto del Dr. Phil Bruckheimer.

Suspiré y presioné su número de teléfono cuando escuché un ruido sordo frente a mí. Levanté la vista, un poco distraído, y vi que una persona había caído frente al vestíbulo. Pensé que tal vez

acababa de tropezar, pero no hubo ningún movimiento de su parte cuando le ofrecieron una mano.

Antes de que pudiera pensar en ello, corrí hacia ella cuando la gente empezó a rodearla en un semicírculo. Miré a un transeúnte al azar y les dije que llamaran una ambulancia mientras empezaba a hacerle compresiones en el pecho a la paciente.

No respondía, pero no importaba. Iba a hacer resucitación cardiopulmonar y compresiones torácicas hasta que llegara la ambulancia.

No sabía cuánto tiempo iba a pasar, pero no importaba. Las compresiones torácicas podían llevar mucho tiempo, pero siempre valían la pena. Seguí presionando su pecho con todas mis fuerzas. Sentí sus costillas crujiendo debajo de mí, lo cual simplemente ignoré, como lo había hecho muchas veces antes.

Finalmente, después de lo que parecía una eternidad, llegaron los paramédicos.

—¿Qué sabe del paciente, señorita...

—Dra. Baker —dije—. Nada. —No sé qué pasó. Simplemente se desplomó.

—Bien. Gracias.

Asentí con la cabeza. Ciertamente había una parte de mí que quería preguntar qué le iba a pasar, a qué hospital la iban a llevar, pero no pude. Porque sería violar su privacidad. Ella podía ponerse en contacto conmigo, pero sólo si quería.

—Debería dejar su información a la recepcionista del vestíbulo —dijo uno de los paramédicos mientras la ataba a la camilla. —Tal vez ella quiera ponerse en contacto con usted después.

—Sí. Es una buena idea.

Me sonrió, y pronto, todos se fueron.

Podía oír los aplausos, pero sonaban a lo lejos, apagados. Me puse de pie, y de repente, la adrenalina me golpeó. Siempre fue así. Al principio, estaba distante, controlada. Sólo pensaba en el paciente, en lo que podía hacer por él y en cómo hacerlo mejor.

Esta vez, sólo pensaba en ayudar a esta mujer a seguir con vida.

Cuando la gente aplaudía, me sentía un poco incómoda.

Sonreí, mientras me daban palmaditas en el hombro, mientras me daban las gracias. Pensé que no iba a poder llamar a mi jefe entonces, necesitaba algo de tiempo para calmarme. Pensé en dar un paseo, pero ahora podía ver la lluvia golpeando las ventanas, bastante fuerte.

Ni siquiera sabía que iba a haber una tormenta.

—Ey —escuché a alguien decir desde atrás de mí. —Te he estado buscando.

Miré hacia arriba, sorprendida de ver a Kieran parado frente a mí. Me rodeó el bíceps con su mano, y lentamente me apartó del público que aún estaba adulando. Estábamos en la parte de atrás del hotel, en uno de los restaurantes, que parecía estar todavía cerrado.

—Gracias —le dije, y luego sacudí mi brazo para que no me agarrara.

—De nada. Eso fue bastante genial.

—Sí, no lo sé. Sólo espero que sobreviva.

Asintió con la cabeza. —Yo también.

—¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos? —Yo pregunté. —¿Perdiste algo más?

Se rio, un poco seco. —No. Estaba aquí para encontrarme con alguien.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. La llevaron al hospital.

Tuve que resistir el impulso de hacer un gesto de dolor. —¿Te encontrabas con la mujer que se derrumbó?

—Sí. Es una antigua cliente mía —dijo.

Me mordí el labio inferior. —Bien —dije—. Eso tiene sentido. ¿Sabes lo que pasó?

—Ni idea. Ni siquiera la había saludado y la vi desmayarse —respondió—. Cuando me acerqué a ti, tú la estabas ayudando.

—Bien. Claro. Realmente necesito...

—¿Qué necesitas hacer?

—No lo sé. Aléjate de todo esto, todavía puedo sentir mi corazón bombeando. Necesito relajarme.

—¿Puedo invitarte a un trago?

Lo miré de arriba a abajo, me burlé de su audacia. Pero Stella tenía razón. Necesitaba cuidarme, y aceptar bebidas gratis era una forma fácil de hacerlo. —Claro —dije—. Un trago. Entonces saldrás de mi vida para siempre. ¿Trato hecho?

—Absolutamente —dijo—. Trato hecho.

CAPÍTULO OCHO

KIERAN

No creí que fuera a decir que sí.

Me sorprendió, pero agradablemente. Sólo lo pedí de improviso, sin pensar que iba a aceptar mi invitación. Pero lo había hecho, y la estaba llevando al bar de atrás, lejos del vestíbulo, donde se quedaría sola.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, cerca de una ventana, donde la lluvia golpeaba contra el vidrio.

—Buen tiempo —dijo ella.

Yo me reí. —Normalmente es mejor que esto.

—¿Lo es?

—Sí. Normalmente es agradable, soleado y seco.

Ella asintió. —Bien. Bueno, ¿tienen este tipo de tormentas a menudo?

Sacudí la cabeza. Iba a decir más, pero el camarero vino a nosotros. —Usted es la doctora, ¿verdad?

Ella lo miró, luego a mí, y luego asintió con la cabeza.

El camarero sonrió. —No se preocupe. No se lo diré a nadie aquí.

Ella le sonrió. —Gracias.

—Claro, no te preocupes. Bebidas a cuenta de la casa, por supuesto.

Se alejó de nosotros después de tomar nuestra orden. Pidió una margarita sin licor, y como yo también quería estar sobrio como una piedra, pedí un refresco de dieta. El camarero también señaló los menús y dijo que la cocina abriría pronto, pero Becca se rio. —Estoy llena —dijo—. Acabo de ir a almorzar con una amiga.

—Bueno, tal vez me dejes llevarte a cenar en otro momento —respondí.

—No lo haré en absoluto —dijo ella. —Confía en mí, son sólo circunstancias especiales.

—Siento que eso debería herirme.

Ella ladeó la cabeza. —¿Debería dolerte eso?

Agité mi mano frente a mi cara. —Vale. Me lo merezco.

—No sólo te mereces eso.

—Lo sé. Tienes razón.

Ella me miró. No quiso decir nada, todo lo que hizo fue observarme, esperando que yo dijera algo más. La situación entre nosotros seguía siendo tensa, siempre lo fue, y probablemente siempre lo sería.

—Te mereces una disculpa.

Ella esperó. —¿Fue una disculpa?

—No. No lo fue.

Ella me miró, y yo pasé saliva, tratando de ignorar el nudo que se formaba en la boca del estómago.

—Sé que no es una buena explicación, pero era un niño de mierda con una mala vida familiar. Pensé que, si te involucrabas conmigo, sabrías la verdad. Si te enterabas de lo terrible que era mi vida en casa, pensé que se lo dirías a la gente en la escuela —dije, todo de una vez. —Pensé que me haría perder el pequeño respiro que tenía allá. Todo el mundo pensaba que tenía mis cosas en orden, que era alguien a quien admirar, pero definitivamente no lo era.

Abrió la boca para decir algo, pero yo agité mi mano frente a su cara y continué hablando.

—En cualquier caso, no estaba bien ponerte eso —dije—. No porque estuviera asustado o por algo. Fuiste una víctima involuntaria de lo idiota que era y no te merecías eso en absoluto. Así que lo siento. Lo siento mucho, mucho. No importa cuáles fueron mis razones. No merecías ser intimidada sólo porque yo era un idiota ignorante.

Parpadeó. Tomó un sorbo de su bebida, que había aparecido delante de ella en algún momento de mi discurso, y luego me miró a los ojos. —No me esperaba eso.

—No tienes que aceptar mis disculpas —dije—. No espero que lo hagas.

Parpadeó de nuevo, y luego ladeó la cabeza. —¿Por eso te cambiaste el nombre? ¿Por tu vida hogareña cuando estabas creciendo?

Me reí. —No me cambié el nombre —le dije—. Sólo empecé a usar mi nombre de pila cuando me di cuenta de que mi padre y mi madrastra no querían que lo usara porque mi madre me lo había dado.

—Espera. ¿La Sra. Bloom era tu madrastra?

Me reí de nuevo. Por supuesto que no lo sabía. Probablemente no sabía nada de mi vida, y no podía culparla. La había mantenido a distancia por una razón. —Sí —dije—. Lo era. Mi madre y mi padre nunca se casaron, y mi madre era una adicta que murió de una sobredosis cuando yo tenía seis años. Fue entonces cuando me fui a vivir con mi padre y su esposa.

—Uh. Pensé que llamabas a tus padres por su nombre de pila para ser guay.

—Quiero decir, duh —dije—. Definitivamente lo hice para ser genial. ¿Pensaste que era genial?

Ella se rió. —Dios mío, pensé que eras tan genial —dijo—. Pensé que eras la persona más genial que conocía.

—Y estoy seguro de que sigues pensando lo mismo —dije con una sonrisa. —Especialmente porque eres como, una médica cabrona, y yo estoy en... servicio al cliente.

—¿Así es como lo llamas? —preguntó, riéndose.

—Depende de con quién esté —dije—. Pero sí. La mayoría de las veces no digo que hago trabajo sexual con viejas conocidas.

—¿Por qué no? —preguntó.

Ladeé la cabeza, un poco sorprendido por su pregunta. —No estoy seguro —dije—. Supongo que no quiero hacer que otras personas se sientan incómodas.

—Eso es considerado.

—Sí —dije—. Aprendí por las malas, créeme.

Se rió. —Así que Las Vegas, ¿eh? ¿Cómo terminaste aquí?

—Estaba muy lejos.

Parpadeó. —¿Es eso?

—Sí —dije—. Estaba lejos y eso era lo que más me importaba.

—¿Ayudó?

—Oh, sí, definitivamente —respondí—. Pero quiero decir, no empecé en Las Vegas. Empecé en la universidad; ya sabes. Yo también tuve un futuro una vez.

—Todavía tienes un futuro —dijo—. ¿Qué edad tienes de todos modos?

—No tan viejo —dije, riendo.

—Bueno, ahí lo tienes entonces. ¿Qué pasó, por qué no terminaste la escuela?

Pasé saliva. Por lo general, no hablaba de mi pasado, y hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba sobre mi educación. La mayoría de las veces, cuando salía con alguien, yo era el que preguntaba, y mis clientes eran las que hablaban. Como no tenía citas reales, era raro que hablara de mí mismo.

Suspiraba antes de hablar. —Es una historia muy trágica. Vas a sentir mucha lástima por mí.

—Ya siento mucha lástima por ti.

Me reí. —Era una de esas becas deportivas. Me rompí el ligamento cruzado anterior, perdí mi beca y mis padres no estaban dispuestos a pagar el resto de mi educación. Modelé un poco, tratando de llegar a fin de mes, y tratando de pagar el resto de mi matrícula y todos mis gastos.

—Espera, ¿en serio?

—En serio. No creían que mi título en filosofía valiera nada.

—Las carreras de humanidades son importantes.

—Creo que los médicos son un poco más importantes.

Ella sonrió. —No sabía que esto era una competencia.

—Todo es una competencia —le respondí. —De todos modos, el modelaje era bueno, pero era irregular. No pude conseguir un préstamo, porque no tenía suficiente historia o lo que sea, y no era lo suficientemente inteligente para ir por otras becas. Así que cuando llegó el momento de volver a inscribirme, no pude hacerlo.

—Eso realmente apesta —dijo.

—Sí —dije—. Y fue entonces cuando vine a Las Vegas, pensando que podría entrar en la industria de servicios, ganar un poco de dinero, ¿sabes? El plan era ahorrar todo el dinero que pudiera y luego volver a la escuela. Pero un tipo que conocía me dio su tarjeta, me dijo que me metiera en el negocio y me dijo que el dinero era bueno.

—¿Y luego qué pasó?

—Pasó casi una década, y luego me encontré contigo.

—¿Nada en medio?

Sacudí la cabeza. —No. Compré una casa, aunque no sé si quiero quedarme aquí para siempre. Me pareció una mejor inversión que el alquiler. No hay relaciones en este trabajo, porque la mayoría de las mujeres no son súper comprensivas con él. Lo cual está bien, porque no quisiera que nadie tuviera que lidiar con algo así en mi nombre.

CAPÍTULO NUEVO

BECCA

Quería preguntarle cuáles eran sus honorarios, pero me pareció que eso era demasiado, sobre todo porque no me interesaba.

Al menos eso fue lo que me dije a mí misma, incluso mientras se reía y había arrugas alrededor de sus ojos y podía ver un poco de sus encías cada vez que sonreía.

Me gustaba mirarlo, lo cual era un problema, pero me iba a ir a casa y no me iba a preocupar por volver a encontrarme con él. Estaba claro para mí que estaba tratando de dejar atrás su pasado y no iba a tratar de detenerlo, porque nuestras vidas no estaban entrelazadas de ninguna manera.

No le había contado a nadie sobre él y no planeaba contarle a nadie sobre él en absoluto. Pero me gustaba mirarlo, y me gustaba la forma en que sonreía, y la forma en que se reía. Su voz era cálida y profunda, y había algo en él, su conciencia de sí mismo, la forma en que hablaba, la forma en que sus ojos brillaban.

Mierda.

Realmente no quería pedirle que subiera. No quería preguntarle cuánto costaban sus servicios y humillarme aún más, porque se suponía que yo era el tipo de persona que no necesitaba los servicios de un trabajador del sexo.

Si era mi bully o no, si lo conocía o no, no había diferencia. Sabía que Scott se estaba acostando con alguien, así que ¿por qué no habría sido capaz de hacerlo? Era una mujer guapa, o al menos, bueno, no de aspecto horrible.

Había bolsas bajo mis ojos por trabajar demasiado y no comía ni dormía tan bien como debería. Tampoco hacía tanto ejercicio como se suponía, pero eso era todo. No era una mujer particularmente hermosa, pero no era desagradable. Al menos no creía que lo fuera.

—Oye —dijo.

Lo miré.

—¿Qué?

—Te has vuelto loca —dijo—. ¿En qué estabas pensando?

Suspiré. Podría contarle algo, pero no mucho. No quería que supiera lo mucho que me gustaba pasar tiempo con él, aunque no creía que fuera a pasar tanto tiempo más con él. —Sólo que no pensé que alguien de tu profesión se acercaría a mí.

—No lo tomes como un insulto —dijo—. Sólo me acerco a la gente con la que quiero trabajar. Y la gente con la que trabajo suele ser hermosa y exitosa.

—¿Gracias?

—Sí, fue un cumplido —dijo.

Me reí. —Está bien —dije—. Gracias.

—De nada —respondió.

Tomé otro sorbo de mi bebida y suspiré mientras miraba por la ventana. —Debería irme —dije—. Voy a encontrarme con mi amiga para masajes y un día de mimos.

—Suenas bien, pero creo que no vas a ir a ninguna parte.

Pestañeé. —Espera, ¿qué quieres decir?

—Cuando llueve así, la ciudad prácticamente se detiene —dijo—. Si estabas planeando coger un taxi, no veo cómo vas a poder hacerlo.

—Maldición —respondí—. Eso apesta. Espero que eso no signifique que mi vuelo se retrase.

—¿Cuándo vuelas a casa?

—Mañana por la mañana —dijo—. Muy temprano en la mañana.

—Suenas súper emocionada.

Me reí. —No —dijo—. No," dije. "Es sólo que... mi trabajo ha cambiado mucho desde que me separé de mi exmarido y me preocupa no poder rendir tan bien como normalmente lo hago.

—No lo sé —respondió—. Me pareció que estabas actuando bastante bien.

—Tienes que decir eso —dijo.

—¿Por qué? Nunca me has pagado —respondió, guiñándome un ojo. —Por nada.

Me reí, a pesar de mí misma. No quería encontrarlo tan encantador como lo hacía. Era un poco molesto lo dulce y entrañable que había resultado ser.

Recibí un mensaje de Stella, preguntándome cuándo iba a estar allí. Le envié un mensaje para decirle que me iba a llevar un tiempo encontrar un transporte, pero tan pronto como levanté la vista, vi que Kieran me miraba con una intensa expresión.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lleve? —dijo—. Al hotel de tu amiga.

—Yo... ¿tú harías eso?

—No tengo ningún sitio al que ir —respondió—. Ya que, ya sabes, la persona con la que se suponía que me encontraría se ha caído y está enferma. Espero que esté bien.

—Espera —dijo—. Me dijiste que ella es una cliente tuya, ¿verdad? ¿Así que esa es la razón por la que estás aquí?

—Sí.

—Pero no vas a ver a ninguna otra cliente.

—No —dijo—. No por un tiempo. Normalmente, cuando Sherry me llama, paso todo el fin de semana con ella. Al menos el fin de semana.

Me incliné hacia adelante. Tenía curiosidad por su estilo de vida, aunque no quería hacerlo demasiado obvio. Por alguna extraña razón, no quería hacerlo sentir incómodo. No tenía sentido, por supuesto, porque él no había tenido ningún problema en hacerme sentir incómoda cuando estaba en la escuela.

Por otra parte, se había disculpado, y no podía seguir reprochárselo. Al menos no lo creía así. —¿Puedo preguntarte algo al respecto?

—Claro —dijo, inclinándose hacia atrás. Tomó un sorbo de su bebida. —Puedes preguntarme lo que quieras.

—Pareces muy abierto al respecto.

—No me avergüenzo de ello ni de nada —respondió, con una sonrisa en la cara mientras terminaba su bebida. —Pero la mayoría de la gente, bueno, no quieren saber nada de mi profesión. Sólo quieren que les haga sentir especiales o importantes o lo que sea.

—¿Qué hay de tus amigos?

Lo meditó durante unos segundos. —Me encantaría decir que tengo muchos, pero eso no es cierto —respondió—. Hay un par, pero la mayoría de la gente que tenía cerca se ha alejado de mí. En parte porque siempre estoy ocupado cuando la mayoría de la gente quiere socializar y en parte

porque soy una mierda en cuanto a mantener el contacto.

—Eso me sorprende —dije—. No pareces el tipo de persona a la que le costaría mucho mantenerse en contacto.

—Bueno, déjame contarte un pequeño secreto —respondió, inclinándose hacia adelante. —Soy un introvertido.

—¡No!" Dije. —No creo eso ni por un segundo.

—Oh, sí —respondió—. Soy muy bueno fingiendo que me gusta la gente.

—¿Estás fingiendo que te gusto? —Me oí preguntar, y luego sentí la sangre correr hacia mis mejillas.

Se rió. —No —respondió—. En realidad me gustas. Si no, no me habría ofrecido a llevarte.

—¿Aún puedo aceptarlo?

—Sí —dijo, mordiéndose el labio inferior. —Sí. Suena bien.

CAPÍTULO DIEZ

KEIRAN

No creí que fuera a volver a verla, y tal vez sería lo mejor.

Ella era un recordatorio de mi pasado. Uno que no necesariamente quería. Pero había algo en ella. Disfrutaba tenerla cerca, tal vez demasiado, y había algo en su sonrisa que me hacía tener mariposas en el estómago.

Pero no quería pensar en eso.

Pensar en eso -pensar en esta mujer, que nunca iba a ser parte de mi vida- no tenía sentido.

Traté de mantenerla fuera de mi mente, pero fue difícil. De vez en cuando, mientras caminaba, o hacía el desayuno, o me servía una taza de café, me encontraba pensando en su sonrisa.

Le envié un mensaje de texto. Intenté no hacerlo, pero no pude evitarlo. Quería enviarle un mensaje, para saber cómo había sido su viaje, para ver si estaba bien. Había pasado una semana desde que nos habíamos encontrado de nuevo, y no esperaba que me respondiera.

Pero me contestó en los primeros segundos.

Esto es una mierda. ¿Cómo está Las Vegas?

Me reí entre dientes.

Viviendo el sueño.

Esta vez hubo más tiempo entre mi mensaje y el suyo, pero ella respondió.

¿Estás tratando de ponerme celoso?

Me reí de nuevo, preguntándome dónde estaba.

¿Estás ocupada? ¿Puedo llamarte?

La respuesta fue casi inmediata.

Me estoy subiendo a mi coche para ir al trabajo. Te llamaré.

Ella me llamó.

—¿Hola?

—Oye —dije—. No esperaba saber de ti.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Pensé que habías vuelto a la vida y te habías olvidado de mí.

Se rió. Podía oír el sonido del tráfico a su alrededor. —No creo que sea posible que alguien te olvide.

—No sé si debo tomar eso como un cumplido.

Se rió otra vez. —Sí. Yo tampoco.

—Es tarde para conducir al trabajo.

—Sí. No estaba programada para hoy, pero necesitan manos extras.

—¿Paciente difícil?

—No lo sé. Alguien se movió. Una obstrucción intestinal de algún tipo.

Pestañeé. —Espera, ¿qué vas a hacer por ellos?

—No lo sé. Lo que puedo.

Fruncí el ceño. —Nunca me dijiste qué clase de médico eres.

—Nunca preguntaste —respondió ella. —Soy un cirujano general. La mayor parte de mi trabajo se hace en Urgencias.

—Eso suena muy duro.

—No sé si es duro —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz. —Pero alguien tiene que hacerlo.

—¿Y ese alguien tienes que ser tú?

Ella pensó por un segundo. —No. Sólo me gusta.

—¿Es todo lo que querías que fuera, cuando fuiste a la escuela de medicina?

Se rió. —No lo sé. Podría haber sido un cirujano cardiotorácico, esa gente es increíble.

—Entendí algunas de esas palabras.

—Operan el corazón y los pulmones. Entre otras cosas.

—¿No operas el corazón?

—Dios no, definitivamente no.

—Apuesto a que serías increíble en eso.

—Sí, tal vez, con muchos más años de estudio. ¿Qué hay de ti, qué estás haciendo ahora mismo?

Miré mi televisor, sintiéndome un poco avergonzado. —Tratando de decidir qué programa debo ver en. Hay algunas cosas que estoy seguro que serían buenas, pero puede que no hayan envejecido bien.

—¿Cuáles son tus opciones?

—Buffy la Cazavampiros, Seis Pies Bajo Tierra, y Betty la Fea —dije—. O 30 Rock, la que suelo buscar, pero la he visto muchas veces.

—Pero siempre mejora.

—¿Lo has visto?

—Oh, sí —respondió—. Solía tenerlo de ruido fondo todo el tiempo cuando estudiaba, y todavía lo tengo a veces si necesito algo que me anime. Es tan bueno.

—Realmente lo es —dije—. ¿Has visto el resto?

—Sólo seis pies bajo tierra —respondió—. Es una obra maestra. Definitivamente la recomiendo, si estás de humor para algo un poco oscuro.

—Siempre estoy de humor para algo un poco oscuro —respondí, recostado en mi sofá y mirando al techo. —¿A qué distancia vives del trabajo?

—No tan lejos —dijo—. Pero había un accidente en la autopista y un viaje que normalmente duraría unos quince minutos, probablemente durará al menos cuarenta y cinco. Déjame llamar al

hospital y avisarles, y luego volveré contigo, ¿de acuerdo?

—Claro —respondí—. Oye, oh, antes de que te vayas, he tenido noticias de Sherry.

—¿De verdad?

—Sí —dije—. Ella está bien. Sólo necesita tranquilizarse, porque fue un ataque al corazón inducido por el estrés.

—Vaya —dijo, y luego su tono se suavizó—. Me alegra mucho saber que está bien. Estaba preocupada por ella.

Suspiré, mi corazón estalló al pensar en lo mucho que le importaba esta mujer al azar que no había conocido antes. —Ella dijo que iba a llamarte, pero yo quería hacértelo saber.

—Eso es genial —dijo—. En serio. Realmente lo es.

Sonreí.

—Tengo que llamar al hospital —dijo una vez más—. Déjame llamarte de nuevo una vez que cuelgue el teléfono, ¿de acuerdo?

Mi sonrisa se amplió mientras pensaba en volver a saber de ella. —Sí —dije—. Claro. Suena bien.

CAPÍTULO ONCE

BECCA

No quería saber de Kieran todos los días.

Pero cada vez que mi teléfono vibraba y veía su nombre en la parte superior de mi pantalla, me sentía un poco más feliz. Éramos sólo amigos, y estar un poco enamorada de él no significaba nada. Estaba al otro lado del país, probablemente nunca nos volveríamos a ver, pero no había nada malo en ello. No había nada de malo en tener una relación coqueta con un hombre guapo a través de un mensaje de texto.

No iba a ir a ninguna parte. Ambos lo sabíamos, yo lo sabía con certeza. Pero fue agradable, fue agradable escuchar de él, fue agradable pensar que estaba pensando en mí. También marcó un cambio en la forma de pensar en mi exmarido. Cuanto más pensaba en Kieran, menos pensaba en Scott. No lo había extrañado mucho, pero había hecho de mi vida un infierno, y nuestra vida laboral estaba entrelazada.

Lo había solucionado, y había sido sorprendentemente fácil, sorprendentemente rápido e indoloro. Cuando veía a Scott en los pasillos, o cuando la gente me hablaba de él, me sentía mayormente indiferente. Todavía no estaba haciendo ninguna cirugía con él porque la medicina era un deporte de colaboración muy importante, y no creía que pudiera colaborar con él.

En general, él era un punto débil en mi pasado, y se alejaba cada vez más en mi espejo retrovisor. No sabía cuánto tenía que ver Kieran con eso, pero sentía que Kieran era el que ocupaba la mayor parte de mis pensamientos cuando estaba ociosa. Me encontré pensando en él mientras caminaba hacia la máquina expendedora o cuando me despertaba temprano en la mañana.

Sabía que era un pequeño enamoramiento, uno imposible, y me gustaba así. No quería que hubiera delirios de una relación o de tratar de superar a mi exmarido usando a un hombre que

resultó ser sorprendentemente agradable e íntegro.

Más importante que todo eso, era mi amigo.

Me resultaba fácil hablar con él. Escuchaba, con atención, siempre haciendo preguntas si necesitaba aclaraciones. Nunca trató de explicarme nada, a menos que yo se lo pidiera específicamente. Después de una vida rodeada de hombres que pensaban que siempre sabían más que yo, incluso cuando estábamos al mismo nivel de educación, fue un refrescante cambio de ritmo.

Más que eso, me hablaba.

Hablaba de sus citas, su trabajo, su vida cotidiana. Hablaba de cosas que le gustaban y no le gustaban, de sus problemas con su compañero de casa, incluso, a veces, de su familia. Aunque nunca le pregunté. No quería presionarlo, y no quería que pensara que lo hacía porque era entrometida. Me gustaba escucharlo, incluso cuando lo que escuchaba no eran historias particularmente dulces. Ahora tenía una mejor idea de su educación, y aunque sólo había arañado la superficie, la palabra trágico ni siquiera empezaba a describirlo.

Incluso con eso, se tomaba todo con calma, con buen humor, y siempre era fácil hablar con él, incluso cuando estaba enfadado, disgustado o de mal humor.

Estaba pensando en eso cuando el teléfono sonó en la mesa de mi cocina. Vi su tarjeta de contacto y sonreí mientras atendía su llamada. —Hola —dije—. Pensé que estabas ocupado hoy.

—Estaba ocupado hoy, pero mi cita terminó cancelándose.

—Ah —dije—. Lo siento.

Llevé mi plato a la sala y me senté.

—Está bien —dijo—. Sucede cada vez más a medida que se acercan las fiestas. La gente empieza a sentirse culpable y mi calendario se pone un poco menos lleno. Hay algunos valores atípicos de vez en cuando, gente a la que le gusta ponerse salvaje en Acción de Gracias y en Navidad. Luego se arrepienten cada par de años.

—Eso suena intenso.

—No para mí —dijo—. No es realmente asunto mío.

—Supongo que puedo entenderlo —dije—. ¿Qué haces normalmente en las vacaciones, cuando no hay trabajo?

—Nada —dijo—. Me quedo en casa y descanso, y trato de dormir lo más posible.

—¿En serio?

—Sí —dijo—. Las vacaciones suelen ser mi tiempo libre. ¿Y qué hay de ti?

—Solía ir con la familia de mi marido para las vacaciones, pero ya no lo hago.

—¿Qué hay de tu familia?

—Mis padres viven ahora en España, y mi hermana probablemente no podrá volver de Boston —le respondí—. Ella está muy ocupada durante las vacaciones.

—¿Qué hace ella?

—Es la directora de una organización que ayuda a los jóvenes vulnerables que no tienen vivienda —respondí—. Me ha dicho el nombre como cinco millones de veces, pero nunca lo recuerdo y no quiero preguntar.

—¿Por qué?

Me reí. —Porque no quiero que piense que no estoy prestando atención.

Estuvo callado por un minuto. —Tengo una idea —dijo—. Pero me preocupa que pienses que es una locura.

—¿Qué? —Pregunté, con la boca llena.

—¿Y si voy allí, para las vacaciones?

—¿Qué?

—No digo que necesites alojarme para Navidad o algo así. Sólo digo que, si ya estoy allí, y los dos no estamos haciendo nada, tal vez podríamos pasar el rato.

Me lamí los labios. —Pensé que no te gustaba volver a casa.

—No me gusta. Puede ser divertido. No tengo nada que hacer aquí, y tú no tienes nada que hacer, además, mis padres me han estado rogando que pase la Navidad con ellos durante mucho tiempo. Esto los haría felices.

Dejé mi tenedor. —No sabía que todavía hablas con ellos.

—Bueno, es algo esporádico. Lllaman de vez en cuando, exigiendo saber por qué no me mantengo en contacto.

—¿Y esto te los quitaría de encima por un tiempo?

—Sí —respondió—. Algo así.

Lo pensé por un segundo. No vi ningún inconveniente. Me hubiera gustado verlo, y si iba a ayudarlo, y venía voluntariamente, bueno, entonces no había nada malo en ello.

Al menos quería pensar que no había nada malo en ello.

—Lo siento —dijo—. Ahora me doy cuenta de que eso fue un poco fuerte, y yo...

—No, está bien —dije—. En realidad, creo que es una buena idea.

—¿Lo crees?

—Sí. De verdad que sí —dije mientras sentía una sonrisa asomándose en mi cara.

CAPÍTULO DOCE

KIERAN

Hacía mucho tiempo que no volvía a mi ciudad natal.

No lo esperaba con ansias. Por lo menos, no la parte en la que iba a la casa de mi infancia. Nunca me sentí bienvenido allí. Mis padres podrían haberme rogado que volviera para las vacaciones, pero yo siempre los había ignorado al respecto, eligiendo simplemente decirles que estaba demasiado ocupado.

Ellos no sabían que era lo mejor.

¿Cómo podrían haberlo sabido? No hablaba con ninguno de los dos, ni con mis hermanos menores, cuya experiencia de crecimiento había sido marcadamente diferente a la mía.

No podía culparlos por eso. No era realmente su culpa que nuestros padres fueran terribles, pero aun así no era un buen ambiente para fomentar una relación con mis hermanos. No era porque quisiera, porque todos habíamos crecido, no nos manteníamos en contacto con los demás, y no era necesario.

Todos vivíamos vidas perfectamente plenas sin los demás. No le había dicho a nadie que me iba a casa por Navidad. Sabía que sería bienvenido, no podían sacarme rápidamente, eso hubiera sido absolutamente terrible, pero tampoco quería lidiar con nada de lo que había pasado antes.

No quería que pensarán que era un gran reencuentro, que había venido porque quería que

nuestra vida familiar fuera de color de rosa y perfecta.

Realmente no me importaba nada de eso.

La única razón por la que había regresado, la única razón por la que había tomado un avión y volado seis horas a través del país, era por ella.

Fue por Becca Baker.

Mi vuelo había llegado un poco antes de lo que esperaba, así que la llamé después de recoger mi equipaje. —¿Hola? —Ella respondió, casi inmediatamente.

—Hola, soy yo.

Se rio. —Sí, lo sé.

—Estoy aquí —dije—. En la ciudad.

—¿Qué, de verdad?

—Sí —dije—. De verdad.

—Pensaba que tu vuelo llegaba más tarde —dijo.

—Se suponía, pero llegamos un poco antes —le respondí. —Pensé que iba a ir directamente al hotel a dormir un poco, pero en realidad, podría tener tiempo suficiente para pensar en la cena. Si estás de humor para eso. No estás trabajando, ¿verdad?

—No, no esta semana. Vuelvo el día de Año Nuevo.

—¿El día de Año Nuevo? —Pregunté. —¿El 31 de diciembre? ¿O el 1 de enero?

Se rio. —Ambos.

—Suenas duro.

—Sí, es una noche terrible —dijo—. Si no hay catástrofes, entonces nos consideramos afortunados.

—Uy. ¿Eso significa que estás en casa, descansando?

—Sí —dijo—. Pero también tengo que comer. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Espera, ¿estás diciendo que sí?

—Sí —dijo—. Pero no esperes que me vea bien.

—No lo haré, y me sorprenderás.

Se rio. —Deja de intentar usar tu encanto conmigo —dijo—. No va a funcionar.

—¿No? —Pregunté. —Parece que está funcionando.

Se rio otra vez. —Tienes que detenerte —respondió—. ¿Me mandas un mensaje de texto sobre dónde quieres comer? Te veré allí.

—Está bien. Suenas bien —dije—. Nos vemos pronto.

—Impresionante —respondió, y pude oír la sonrisa en su voz. —Suenas bien. Nos vemos pronto.

Conduje hasta un restaurante a un lado de la carretera. No sabía nada de él, sólo que lo elegí porque tenía un alto índice de estrellas en línea y no estaba muy lejos del aeropuerto.

Esperé afuera en el frío por un rato, preguntándome en qué tipo de auto llegaría. Se detuvo en un Audi plateado y se estacionó a mi lado.

Abrió la puerta del conductor. Llevaba un par de jeans azules oscuros muy ajustados y un largo

top blanco que casi le llegaba al culo. Mi mirada fue atraída por el escote en V que mostraba sus clavículas. Llevaba un collar de plata que se balanceaba con el viento, y uno de esos largos cárdigans que se abrían por delante pero que parecían extremadamente calientes.

—Hola —dije, mirándola por detrás. —Te ves maravillosa. ¿Tienes frío?

—No. Pensé que podría hacer un poco.

—Bueno, este es un gran look.

—Es porque me escondo detrás de este gran abrigo —respondió—. Así que no puedes verme entera.

—No seas ridícula —respondí—. Te verías increíble usando un saco de patatas.

Puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo. Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. La abracé brevemente y olí el aroma de su champú, que era vagamente de coco y agave.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

—Yo también me alegro de estar aquí —respondí—. ¿Tienes hambre? Porque me muero de hambre.

—Sí, podría comer algo —dijo, sonriéndome, con los ojos entornados. Cada vez que sonreía, sentía vagamente que me iba a desmayar. Me encantaba mirar su sonrisa, la forma en que su rostro se iluminaba y la forma en que me miraba... había algo en ello. Había algo en *ella*.

La seguí adentro del restaurante, con el corazón dando vueltas en mi pecho mientras estábamos sentados juntos en una mesa alta en la parte de atrás.

CAPÍTULO TRECE

BECCA

Se veía mejor que la última vez que lo vi.

Ni siquiera me había dado cuenta de que eso era posible, pero tenía mejor aspecto. Era de alguna manera más alto de lo que recordaba, su postura erguida, sus ojos parpadeaban cada vez que hablaba.

Había una dulzura en él que no creía que hubiera estado ahí antes, y cuando me abrió la puerta y luego movió mi silla para permitirme sentarme, sentí como si no fuera actuación.

Se sentía como si viniera del fondo de su corazón, lo cual era un poco extraño, pero me gustaba. Me gustaba. No creí que fuera a volver a verlo, así que el hecho de que se ofreciera a salir fue sorprendente, pero agradablemente sorprendente. Estaba emocionada, más emocionada de lo que había previsto. Cuando llegó, supe que me tomaría el día libre para verlo, por suerte, no había necesidad de hacerlo.

—¿Cómo estuvo tu vuelo? —Pregunté, una vez que nos sentamos.

El camarero puso nuestras bebidas delante nuestro, y bebió su agua rápidamente. —Bastante turbulento en realidad —dijo—. Durante años, me dije a mí mismo que decir que no me gustaba volar era sólo una excusa. Pero honestamente, creo que puede ser verdad.

CAPÍTULO OCHO

KIERAN

No creí que fuera a decir que sí.

Me sorprendió, pero agradablemente. Sólo lo pedí de improviso, sin pensar que iba a aceptar mi invitación. Pero lo había hecho, y la estaba llevando al bar de atrás, lejos del vestíbulo, donde se quedaría sola.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, cerca de una ventana, donde la lluvia golpeaba contra el vidrio.

—Buen tiempo —dijo ella.

Yo me reí. —Normalmente es mejor que esto.

—¿Lo es?

—Sí. Normalmente es agradable, soleado y seco.

Ella asintió. —Bien. Bueno, ¿tienen este tipo de tormentas a menudo?

Sacudí la cabeza. Iba a decir más, pero el camarero vino a nosotros. —Usted es la doctora, ¿verdad?

Ella lo miró, luego a mí, y luego asintió con la cabeza.

El camarero sonrió. —No se preocupe. No se lo diré a nadie aquí.

Ella le sonrió. —Gracias.

—Claro, no te preocupes. Bebidas a cuenta de la casa, por supuesto.

Se alejó de nosotros después de tomar nuestra orden. Pidió una margarita sin licor, y como yo también quería estar sobrio como una piedra, pedí un refresco de dieta. El camarero también señaló los menús y dijo que la cocina abriría pronto, pero Becca se rio. —Estoy llena —dijo—. Acabo de ir a almorzar con una amiga.

—Bueno, tal vez me dejes llevarte a cenar en otro momento —respondí.

—No lo haré en absoluto —dijo ella. —Confía en mí, son sólo circunstancias especiales.

—Siento que eso debería herirme.

Ella ladeó la cabeza. —¿Debería dolerte eso?

Agité mi mano frente a mi cara. —Vale. Me lo merezco.

—No sólo te mereces eso.

—Lo sé. Tienes razón.

Ella me miró. No quiso decir nada, todo lo que hizo fue observarme, esperando que yo dijera algo más. La situación entre nosotros seguía siendo tensa, siempre lo fue, y probablemente siempre lo sería.

—Te mereces una disculpa.

Ella esperó. —¿Fue una disculpa?

—No. No lo fue.

Ella me miró, y yo pasé saliva, tratando de ignorar el nudo que se formaba en la boca del estómago.

—Sé que no es una buena explicación, pero era un niño de mierda con una mala vida familiar. Pensé que, si te involucrabas conmigo, sabrías la verdad. Si te enterabas de lo terrible que era mi vida en casa, pensé que se lo dirías a la gente en la escuela —dije, todo de una vez. —Pensé que me haría perder el pequeño respiro que tenía allá. Todo el mundo pensaba que tenía mis cosas en orden, que era alguien a quien admirar, pero definitivamente no lo era.

Abrió la boca para decir algo, pero yo agité mi mano frente a su cara y continué hablando.

—En cualquier caso, no estaba bien ponerte eso —dije—. No porque estuviera asustado o por algo. Fuiste una víctima involuntaria de lo idiota que era y no te merecías eso en absoluto. Así que lo siento. Lo siento mucho, mucho. No importa cuáles fueron mis razones. No merecías ser intimidada sólo porque yo era un idiota ignorante.

Parpadeó. Tomó un sorbo de su bebida, que había aparecido delante de ella en algún momento de mi discurso, y luego me miró a los ojos. —No me esperaba eso.

—No tienes que aceptar mis disculpas —dije—. No espero que lo hagas.

Parpadeó de nuevo, y luego ladeó la cabeza. —¿Por eso te cambiaste el nombre? ¿Por tu vida hogareña cuando estabas creciendo?

Me reí. —No me cambié el nombre —le dije—. Sólo empecé a usar mi nombre de pila cuando me di cuenta de que mi padre y mi madrastra no querían que lo usara porque mi madre me lo había dado.

—Espera. ¿La Sra. Bloom era tu madrastra?

Me reí de nuevo. Por supuesto que no lo sabía. Probablemente no sabía nada de mi vida, y no podía culparla. La había mantenido a distancia por una razón. —Sí —dije—. Lo era. Mi madre y mi padre nunca se casaron, y mi madre era una adicta que murió de una sobredosis cuando yo tenía seis años. Fue entonces cuando me fui a vivir con mi padre y su esposa.

—Uh. Pensé que llamabas a tus padres por su nombre de pila para ser guay.

—Quiero decir, duh —dije—. Definitivamente lo hice para ser genial. ¿Pensaste que era genial?

Ella se rió. —Dios mío, pensé que eras tan genial —dijo—. Pensé que eras la persona más genial que conocía.

—Y estoy seguro de que sigues pensando lo mismo —dije con una sonrisa. —Especialmente porque eres como, una médica cabrona, y yo estoy en... servicio al cliente.

—¿Así es como lo llamas? —preguntó, riéndose.

—Depende de con quién esté —dije—. Pero sí. La mayoría de las veces no digo que hago trabajo sexual con viejas conocidas.

—¿Por qué no? —preguntó.

Ladeé la cabeza, un poco sorprendido por su pregunta. —No estoy seguro —dije—. Supongo que no quiero hacer que otras personas se sientan incómodas.

—Eso es considerado.

—Sí —dije—. Aprendí por las malas, créeme.

Se rió. —Así que Las Vegas, ¿eh? ¿Cómo terminaste aquí?

—Estaba muy lejos.

Parpadeó. —¿Es eso?

—Sí —dije—. Estaba lejos y eso era lo que más me importaba.

—¿Ayudó?

—Oh, sí, definitivamente —respondí—. Pero quiero decir, no empecé en Las Vegas. Empecé en la universidad; ya sabes. Yo también tuve un futuro una vez.

—Todavía tienes un futuro —dijo—. ¿Qué edad tienes de todos modos?

—No tan viejo —dije, riendo.

—Bueno, ahí lo tienes entonces. ¿Qué pasó, por qué no terminaste la escuela?

Pasé saliva. Por lo general, no hablaba de mi pasado, y hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba sobre mi educación. La mayoría de las veces, cuando salía con alguien, yo era el que preguntaba, y mis clientes eran las que hablaban. Como no tenía citas reales, era raro que hablara de mí mismo.

Suspiraba antes de hablar. —Es una historia muy trágica. Vas a sentir mucha lástima por mí.

—Ya siento mucha lástima por ti.

Me reí. —Era una de esas becas deportivas. Me rompí el ligamento cruzado anterior, perdí mi beca y mis padres no estaban dispuestos a pagar el resto de mi educación. Modelé un poco, tratando de llegar a fin de mes, y tratando de pagar el resto de mi matrícula y todos mis gastos.

—Espera, ¿en serio?

—En serio. No creían que mi título en filosofía valiera nada.

—Las carreras de humanidades son importantes.

—Creo que los médicos son un poco más importantes.

Ella sonrió. —No sabía que esto era una competencia.

—Todo es una competencia —le respondí. —De todos modos, el modelaje era bueno, pero era irregular. No pude conseguir un préstamo, porque no tenía suficiente historia o lo que sea, y no era lo suficientemente inteligente para ir por otras becas. Así que cuando llegó el momento de volver a inscribirme, no pude hacerlo.

—Eso realmente apesta —dijo.

—Sí —dije—. Y fue entonces cuando vine a Las Vegas, pensando que podría entrar en la industria de servicios, ganar un poco de dinero, ¿sabes? El plan era ahorrar todo el dinero que pudiera y luego volver a la escuela. Pero un tipo que conocía me dio su tarjeta, me dijo que me metiera en el negocio y me dijo que el dinero era bueno.

—¿Y luego qué pasó?

—Pasó casi una década, y luego me encontré contigo.

—¿Nada en medio?

Sacudí la cabeza. —No. Compré una casa, aunque no sé si quiero quedarme aquí para siempre. Me pareció una mejor inversión que el alquiler. No hay relaciones en este trabajo, porque la mayoría de las mujeres no son súper comprensivas con él. Lo cual está bien, porque no quisiera que nadie tuviera que lidiar con algo así en mi nombre.

CAPÍTULO NUEVE

BECCA

Quería preguntarle cuáles eran sus honorarios, pero me pareció que eso era demasiado, sobre todo porque no me interesaba.

Al menos eso fue lo que me dije a mí misma, incluso mientras se reía y había arrugas alrededor de sus ojos y podía ver un poco de sus encías cada vez que sonreía.

Me gustaba mirarlo, lo cual era un problema, pero me iba a ir a casa y no me iba a preocupar por volver a encontrarme con él. Estaba claro para mí que estaba tratando de dejar atrás su pasado y no iba a tratar de detenerlo, porque nuestras vidas no estaban entrelazadas de ninguna manera.

No le había contado a nadie sobre él y no planeaba contarle a nadie sobre él en absoluto. Pero me gustaba mirarlo, y me gustaba la forma en que sonreía, y la forma en que se reía. Su voz era cálida y profunda, y había algo en él, su conciencia de sí mismo, la forma en que hablaba, la forma en que sus ojos brillaban.

Mierda.

Realmente no quería pedirle que subiera. No quería preguntarle cuánto costaban sus servicios y humillarme aún más, porque se suponía que yo era el tipo de persona que no necesitaba los servicios de un trabajador del sexo.

Si era mi bully o no, si lo conocía o no, no había diferencia. Sabía que Scott se estaba acostando con alguien, así que ¿por qué no habría sido capaz de hacerlo? Era una mujer guapa, o al menos, bueno, no de aspecto horrible.

Había bolsas bajo mis ojos por trabajar demasiado y no comía ni dormía tan bien como debería. Tampoco hacía tanto ejercicio como se suponía, pero eso era todo. No era una mujer particularmente hermosa, pero no era desagradable. Al menos no creía que lo fuera.

—Oye —dijo.

Lo miré.

—¿Qué?

—Te has vuelto loca —dijo—. ¿En qué estabas pensando?

Suspiré. Podría contarle algo, pero no mucho. No quería que supiera lo mucho que me gustaba pasar tiempo con él, aunque no creía que fuera a pasar tanto tiempo más con él. —Sólo que no pensé que alguien de tu profesión se acercaría a mí.

—No lo tomes como un insulto —dijo—. Sólo me acerco a la gente con la que quiero trabajar. Y la gente con la que trabajo suele ser hermosa y exitosa.

—¿Gracias?

—Sí, fue un cumplido —dijo.

Me reí. —Está bien —dije—. Gracias.

—De nada —respondió.

Tomé otro sorbo de mi bebida y suspiré mientras miraba por la ventana. —Debería irme —dije—. Voy a encontrarme con mi amiga para masajes y un día de mimos.

—Suenas bien, pero creo que no vas a ir a ninguna parte.

Pestañeé. —Espera, ¿qué quieres decir?

—Cuando llueve así, la ciudad prácticamente se detiene —dijo—. Si estabas planeando coger un taxi, no veo cómo vas a poder hacerlo.

—Maldición —respondí—. Eso apesta. Espero que eso no signifique que mi vuelo se retrase.

—¿Cuándo vuelas a casa?

—Mañana por la mañana —dijo—. Muy temprano en la mañana.

—Suenas súper emocionada.

Me reí. —No —dijo—. No," dije. "Es sólo que... mi trabajo ha cambiado mucho desde que me separé de mi exmarido y me preocupa no poder rendir tan bien como normalmente lo hago.

—No lo sé —respondió—. Me pareció que estabas actuando bastante bien.

—Tienes que decir eso —dijo.

—¿Por qué? Nunca me has pagado —respondió, guiñándome un ojo. —Por nada.

Me reí, a pesar de mí misma. No quería encontrarlo tan encantador como lo hacía. Era un poco molesto lo dulce y entrañable que había resultado ser.

Recibí un mensaje de Stella, preguntándome cuándo iba a estar allí. Le envié un mensaje para decirle que me iba a llevar un tiempo encontrar un transporte, pero tan pronto como levanté la vista, vi que Kieran me miraba con una intensa expresión.

—¿Qué?

—¿Quieres que te lleve? —dijo—. Al hotel de tu amiga.

—Yo... ¿tú harías eso?

—No tengo ningún sitio al que ir —respondió—. Ya que, ya sabes, la persona con la que se suponía que me encontraría se ha caído y está enferma. Espero que esté bien.

—Espera —dijo—. Me dijiste que ella es una cliente tuya, ¿verdad? ¿Así que esa es la razón por la que estás aquí?

—Sí.

—Pero no vas a ver a ninguna otra cliente.

—No —dijo—. No por un tiempo. Normalmente, cuando Sherry me llama, paso todo el fin de semana con ella. Al menos el fin de semana.

Me incliné hacia adelante. Tenía curiosidad por su estilo de vida, aunque no quería hacerlo demasiado obvio. Por alguna extraña razón, no quería hacerlo sentir incómodo. No tenía sentido, por supuesto, porque él no había tenido ningún problema en hacerme sentir incómoda cuando estaba en la escuela.

Por otra parte, se había disculpado, y no podía seguir reprochárselo. Al menos no lo creía así. —¿Puedo preguntarte algo al respecto?

—Claro —dijo, inclinándose hacia atrás. Tomó un sorbo de su bebida. —Puedes preguntarme lo que quieras.

—Pareces muy abierto al respecto.

—No me avergüenzo de ello ni de nada —respondió, con una sonrisa en la cara mientras terminaba su bebida. —Pero la mayoría de la gente, bueno, no quieren saber nada de mi profesión. Sólo quieren que les haga sentir especiales o importantes o lo que sea.

—¿Qué hay de tus amigos?

Lo meditó durante unos segundos. —Me encantaría decir que tengo muchos, pero eso no es cierto —respondió—. Hay un par, pero la mayoría de la gente que tenía cerca se ha alejado de mí. En parte porque siempre estoy ocupado cuando la mayoría de la gente quiere socializar y en parte

porque soy una mierda en cuanto a mantener el contacto.

—Eso me sorprende —dije—. No pareces el tipo de persona a la que le costaría mucho mantenerse en contacto.

—Bueno, déjame contarte un pequeño secreto —respondió, inclinándose hacia adelante. —Soy un introvertido.

—¡No!" Dije. —No creo eso ni por un segundo.

—Oh, sí —respondió—. Soy muy bueno fingiendo que me gusta la gente.

—¿Estás fingiendo que te gusto? —Me oí preguntar, y luego sentí la sangre correr hacia mis mejillas.

Se rió. —No —respondió—. En realidad me gustas. Si no, no me habría ofrecido a llevarte.

—¿Aún puedo aceptarlo?

—Sí —dijo, mordiéndose el labio inferior. —Sí. Suena bien.

CAPÍTULO DIEZ

KEIRAN

No creí que fuera a volver a verla, y tal vez sería lo mejor.

Ella era un recordatorio de mi pasado. Uno que no necesariamente quería. Pero había algo en ella. Disfrutaba tenerla cerca, tal vez demasiado, y había algo en su sonrisa que me hacía tener mariposas en el estómago.

Pero no quería pensar en eso.

Pensar en eso -pensar en esta mujer, que nunca iba a ser parte de mi vida- no tenía sentido.

Traté de mantenerla fuera de mi mente, pero fue difícil. De vez en cuando, mientras caminaba, o hacía el desayuno, o me servía una taza de café, me encontraba pensando en su sonrisa.

Le envié un mensaje de texto. Intenté no hacerlo, pero no pude evitarlo. Quería enviarle un mensaje, para saber cómo había sido su viaje, para ver si estaba bien. Había pasado una semana desde que nos habíamos encontrado de nuevo, y no esperaba que me respondiera.

Pero me contestó en los primeros segundos.

Esto es una mierda. ¿Cómo está Las Vegas?

Me reí entre dientes.

Viviendo el sueño.

Esta vez hubo más tiempo entre mi mensaje y el suyo, pero ella respondió.

¿Estás tratando de ponerme celoso?

Me reí de nuevo, preguntándome dónde estaba.

¿Estás ocupada? ¿Puedo llamarte?

La respuesta fue casi inmediata.

Me estoy subiendo a mi coche para ir al trabajo. Te llamaré.

Ella me llamó.

—¿Hola?

—Oye —dije—. No esperaba saber de ti.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Pensé que habías vuelto a la vida y te habías olvidado de mí.

Se rió. Podía oír el sonido del tráfico a su alrededor. —No creo que sea posible que alguien te olvide.

—No sé si debo tomar eso como un cumplido.

Se rió otra vez. —Sí. Yo tampoco.

—Es tarde para conducir al trabajo.

—Sí. No estaba programada para hoy, pero necesitan manos extras.

—¿Paciente difícil?

—No lo sé. Alguien se movió. Una obstrucción intestinal de algún tipo.

Pestañeé. —Espera, ¿qué vas a hacer por ellos?

—No lo sé. Lo que puedo.

Fruncí el ceño. —Nunca me dijiste qué clase de médico eres.

—Nunca preguntaste —respondió ella. —Soy un cirujano general. La mayor parte de mi trabajo se hace en Urgencias.

—Eso suena muy duro.

—No sé si es duro —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz. —Pero alguien tiene que hacerlo.

—¿Y ese alguien tienes que ser tú?

Ella pensó por un segundo. —No. Sólo me gusta.

—¿Es todo lo que querías que fuera, cuando fuiste a la escuela de medicina?

Se rió. —No lo sé. Podría haber sido un cirujano cardiotorácico, esa gente es increíble.

—Entendí algunas de esas palabras.

—Operan el corazón y los pulmones. Entre otras cosas.

—¿No operas el corazón?

—Dios no, definitivamente no.

—Apuesto a que serías increíble en eso.

—Sí, tal vez, con muchos más años de estudio. ¿Qué hay de ti, qué estás haciendo ahora mismo?

Miré mi televisor, sintiéndome un poco avergonzado. —Tratando de decidir qué programa debo ver en. Hay algunas cosas que estoy seguro que serían buenas, pero puede que no hayan envejecido bien.

—¿Cuáles son tus opciones?

—Buffy la Cazavampiros, Seis Pies Bajo Tierra, y Betty la Fea —dije—. O 30 Rock, la que suelo buscar, pero la he visto muchas veces.

—Pero siempre mejora.

—¿Lo has visto?

—Oh, sí —respondió—. Solía tenerlo de ruido fondo todo el tiempo cuando estudiaba, y todavía lo tengo a veces si necesito algo que me anime. Es tan bueno.

—Realmente lo es —dije—. ¿Has visto el resto?

—Sólo seis pies bajo tierra —respondió—. Es una obra maestra. Definitivamente la recomiendo, si estás de humor para algo un poco oscuro.

—Siempre estoy de humor para algo un poco oscuro —respondí, recostado en mi sofá y mirando al techo. —¿A qué distancia vives del trabajo?

—No tan lejos —dijo—. Pero había un accidente en la autopista y un viaje que normalmente duraría unos quince minutos, probablemente durará al menos cuarenta y cinco. Déjame llamar al hospital y avisarles, y luego volveré contigo, ¿de acuerdo?

—Claro —respondí—. Oye, oh, antes de que te vayas, he tenido noticias de Sherry.

—¿De verdad?

—Sí —dijo—. Ella está bien. Sólo necesita tranquilizarse, porque fue un ataque al corazón inducido por el estrés.

—Vaya —dijo, y luego su tono se suavizó. —Me alegra mucho saber que está bien. Estaba preocupada por ella.

Suspiré, mi corazón estalló al pensar en lo mucho que le importaba esta mujer al azar que no había conocido antes. —Ella dijo que iba a llamarte, pero yo quería hacértelo saber.

—Eso es genial —dijo—. En serio. Realmente lo es.

Sonreí.

—Tengo que llamar al hospital —dijo una vez más. —Déjame llamarte de nuevo una vez que

cuelgue el teléfono, ¿de acuerdo?

 Mi sonrisa se amplió mientras pensaba en volver a saber de ella. —Sí —dije—. Claro. Suena bien.

CAPÍTULO ONCE

BECCA

No quería saber de Kieran todos los días.

Pero cada vez que mi teléfono vibraba y veía su nombre en la parte superior de mi pantalla, me sentía un poco más feliz. Éramos sólo amigos, y estar un poco enamorada de él no significaba nada. Estaba al otro lado del país, probablemente nunca nos volveríamos a ver, pero no había nada malo en ello. No había nada de malo en tener una relación coqueta con un hombre guapo a través de un mensaje de texto.

No iba a ir a ninguna parte. Ambos lo sabíamos, yo lo sabía con certeza. Pero fue agradable, fue agradable escuchar de él, fue agradable pensar que estaba pensando en mí. También marcó un cambio en la forma de pensar en mi exmarido. Cuanto más pensaba en Kieran, menos pensaba en Scott. No lo había extrañado mucho, pero había hecho de mi vida un infierno, y nuestra vida laboral estaba entrelazada.

Lo había solucionado, y había sido sorprendentemente fácil, sorprendentemente rápido e indoloro. Cuando veía a Scott en los pasillos, o cuando la gente me hablaba de él, me sentía mayormente indiferente. Todavía no estaba haciendo ninguna cirugía con él porque la medicina era un deporte de colaboración muy importante, y no creía que pudiera colaborar con él.

En general, él era un punto débil en mi pasado, y se alejaba cada vez más en mi espejo retrovisor. No sabía cuánto tenía que ver Kieran con eso, pero sentía que Kieran era el que ocupaba la mayor parte de mis pensamientos cuando estaba ociosa. Me encontré pensando en él mientras caminaba hacia la máquina expendedora o cuando me despertaba temprano en la mañana.

Sabía que era un pequeño enamoramiento, uno imposible, y me gustaba así. No quería que hubiera delirios de una relación o de tratar de superar a mi exmarido usando a un hombre que resultó ser sorprendentemente agradable e íntegro.

Más importante que todo eso, era mi amigo.

Me resultaba fácil hablar con él. Escuchaba, con atención, siempre haciendo preguntas si necesitaba aclaraciones. Nunca trató de explicarme nada, a menos que yo se lo pidiera específicamente. Después de una vida rodeada de hombres que pensaban que siempre sabían más que yo, incluso cuando estábamos al mismo nivel de educación, fue un refrescante cambio de ritmo.

Más que eso, me hablaba.

Hablaba de sus citas, su trabajo, su vida cotidiana. Hablaba de cosas que le gustaban y no le gustaban, de sus problemas con su compañero de casa, incluso, a veces, de su familia. Aunque nunca le pregunté. No quería presionarlo, y no quería que pensara que lo hacía porque era entrometida. Me gustaba escucharlo, incluso cuando lo que escuchaba no eran historias particularmente dulces. Ahora tenía una mejor idea de su educación, y aunque sólo había arañado la superficie, la palabra trágico ni siquiera empezaba a describirlo.

Incluso con eso, se tomaba todo con calma, con buen humor, y siempre era fácil hablar con él,

incluso cuando estaba enfadado, disgustado o de mal humor.

Estaba pensando en eso cuando el teléfono sonó en la mesa de mi cocina. Vi su tarjeta de contacto y sonreí mientras atendía su llamada. —Hola —dije—. Pensé que estabas ocupado hoy.

—Estaba ocupado hoy, pero mi cita terminó cancelándose.

—Ah —dije—. Lo siento.

Llevé mi plato a la sala y me senté.

—Está bien —dijo—. Sucede cada vez más a medida que se acercan las fiestas. La gente empieza a sentirse culpable y mi calendario se pone un poco menos lleno. Hay algunos valores atípicos de vez en cuando, gente a la que le gusta ponerse salvaje en Acción de Gracias y en Navidad. Luego se arrepienten cada par de años.

—Eso suena intenso.

—No para mí —dijo—. No es realmente asunto mío.

—Supongo que puedo entenderlo —dije—. ¿Qué haces normalmente en las vacaciones, cuando no hay trabajo?

—Nada —dijo—. Me quedo en casa y descanso, y trato de dormir lo más posible.

—¿En serio?

—Sí —dijo—. Las vacaciones suelen ser mi tiempo libre. ¿Y qué hay de ti?

—Solía ir con la familia de mi marido para las vacaciones, pero ya no lo hago.

—¿Qué hay de tu familia?

—Mis padres viven ahora en España, y mi hermana probablemente no podrá volver de Boston —le respondí—. Ella está muy ocupada durante las vacaciones.

—¿Qué hace ella?

—Es la directora de una organización que ayuda a los jóvenes vulnerables que no tienen vivienda —respondí—. Me ha dicho el nombre como cinco millones de veces, pero nunca lo recuerdo y no quiero preguntar.

—¿Por qué?

Me reí. —Porque no quiero que piense que no estoy prestando atención.

Estuvo callado por un minuto. —Tengo una idea —dijo—. Pero me preocupa que pienses que es una locura.

—¿Qué? —Pregunté, con la boca llena.

—¿Y si voy allí, para las vacaciones?

—¿Qué?

—No digo que necesites alojarme para Navidad o algo así. Sólo digo que, si ya estoy allí, y los dos no estamos haciendo nada, tal vez podríamos pasar el rato.

Me lamí los labios. —Pensé que no te gustaba volver a casa.

—No me gusta. Puede ser divertido. No tengo nada que hacer aquí, y tú no tienes nada que hacer, además, mis padres me han estado rogando que pase la Navidad con ellos durante mucho tiempo. Esto los haría felices.

Dejé mi tenedor. —No sabía que todavía hablas con ellos.

—Bueno, es algo esporádico. Lllaman de vez en cuando, exigiendo saber por qué no me mantengo en contacto.

—¿Y esto te los quitaría de encima por un tiempo?

—Sí —respondió—. Algo así.

Lo pensé por un segundo. No vi ningún inconveniente. Me hubiera gustado verlo, y si iba a ayudarlo, y venía voluntariamente, bueno, entonces no había nada malo en ello.

Al menos quería pensar que no había nada malo en ello.

—Lo siento —dijo—. Ahora me doy cuenta de que eso fue un poco fuerte, y yo...

—No, está bien —dije—. En realidad, creo que es una buena idea.

—¿Lo crees?

—Sí. De verdad que sí —dije mientras sentía una sonrisa asomándose en mi cara.

CAPÍTULO DOCE

KIERAN

Hacía mucho tiempo que no volvía a mi ciudad natal.

No lo esperaba con ansias. Por lo menos, no la parte en la que iba a la casa de mi infancia. Nunca me sentí bienvenido allí. Mis padres podrían haberme rogado que volviera para las vacaciones, pero yo siempre los había ignorado al respecto, eligiendo simplemente decirles que estaba demasiado ocupado.

Ellos no sabían que era lo mejor.

¿Cómo podrían haberlo sabido? No hablaba con ninguno de los dos, ni con mis hermanos menores, cuya experiencia de crecimiento había sido marcadamente diferente a la mía.

No podía culparlos por eso. No era realmente su culpa que nuestros padres fueran terribles, pero aun así no era un buen ambiente para fomentar una relación con mis hermanos. No era porque quisiera, porque todos habíamos crecido, no nos manteníamos en contacto con los demás, y no era necesario.

Todos vivíamos vidas perfectamente plenas sin los demás. No le había dicho a nadie que me iba a casa por Navidad. Sabía que sería bienvenido, no podían sacarme rápidamente, eso hubiera sido absolutamente terrible, pero tampoco quería lidiar con nada de lo que había pasado antes.

No quería que pensarán que era un gran reencuentro, que había venido porque quería que nuestra vida familiar fuera de color de rosa y perfecta.

Realmente no me importaba nada de eso.

La única razón por la que había regresado, la única razón por la que había tomado un avión y volado seis horas a través del país, era por ella.

Fue por Becca Baker.

Mi vuelo había llegado un poco antes de lo que esperaba, así que la llamé después de recoger mi equipaje. —¿Hola? —Ella respondió, casi inmediatamente.

—Hola, soy yo.

Se rio. —Sí, lo sé.

—Estoy aquí —dije—. En la ciudad.

—¿Qué, de verdad?

—Sí —dije—. De verdad.

—Pensaba que tu vuelo llegaba más tarde —dijo.

—Se suponía, pero llegamos un poco antes —le respondí. —Pensé que iba a ir directamente al hotel a dormir un poco, pero en realidad, podría tener tiempo suficiente para pensar en la cena. Si estás de humor para eso. No estás trabajando, ¿verdad?

—No, no esta semana. Vuelvo el día de Año Nuevo.

—¿El día de Año Nuevo? —Pregunté. —¿El 31 de diciembre? ¿O el 1 de enero?

Se rio. —Ambos.

—Suena duro.

—Sí, es una noche terrible —dijo—. Si no hay catástrofes, entonces nos consideramos afortunados.

—Uy. ¿Eso significa que estás en casa, descansando?

—Sí —dijo—. Pero también tengo que comer. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—Espera, ¿estás diciendo que sí?

—Sí —dijo—. Pero no esperes que me vea bien.

—No lo haré, y me sorprenderás.

Se rio. —Deja de intentar usar tu encanto conmigo —dijo—. No va a funcionar.

—¿No? —Pregunté. —Parece que está funcionando.

Se rio otra vez. —Tienes que detenerte —respondió—. ¿Me mandas un mensaje de texto sobre dónde quieres comer? Te veré allí.

—Está bien. Suena bien —dije—. Nos vemos pronto.

—Impresionante —respondió, y pude oír la sonrisa en su voz. —Suena bien. Nos vemos pronto.

Conduje hasta un restaurante a un lado de la carretera. No sabía nada de él, sólo que lo elegí porque tenía un alto índice de estrellas en línea y no estaba muy lejos del aeropuerto.

Esperé afuera en el frío por un rato, preguntándome en qué tipo de auto llegaría. Se detuvo en un Audi plateado y se estacionó a mi lado.

Abrió la puerta del conductor. Llevaba un par de jeans azules oscuros muy ajustados y un largo top blanco que casi le llegaba al culo. Mi mirada fue atraída por el escote en V que mostraba sus clavículas. Llevaba un collar de plata que se balanceaba con el viento, y uno de esos largos cárdigans que se abrían por delante pero que parecían extremadamente calientes.

—Hola —dije, mirándola por detrás. —Te ves maravillosa. ¿Tienes frío?

—No. Pensé que podría hacer un poco.

—Bueno, este es un gran look.

—Es porque me escondo detrás de este gran abrigo —respondió—. Así que no puedes verme entera.

—No seas ridícula —respondí—. Te verías increíble usando un saco de patatas.

Puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo. Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. La abracé brevemente y olí el aroma de su champú, que era vagamente de coco y agave.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

—Yo también me alegro de estar aquí —respondí—. ¿Tienes hambre? Porque me muero de hambre.

—Sí, podría comer algo —dijo, sonriéndome, con los ojos entornados. Cada vez que sonreía, sentía vagamente que me iba a desmayar. Me encantaba mirar su sonrisa, la forma en que su rostro se iluminaba y la forma en que me miraba... había algo en ello. Había algo en *ella*.

La seguí adentro del restaurante, con el corazón dando vueltas en mi pecho mientras estábamos sentados juntos en una mesa alta en la parte de atrás.

CAPÍTULO TRECE

BECCA

Se veía mejor que la última vez que lo vi.

Ni siquiera me había dado cuenta de que eso era posible, pero tenía mejor aspecto. Era de alguna manera más alto de lo que recordaba, su postura erguida, sus ojos parpadeaban cada vez que hablaba.

Había una dulzura en él que no creía que hubiera estado ahí antes, y cuando me abrió la puerta y luego movió mi silla para permitirme sentarme, sentí como si no fuera actuación.

Se sentía como si viniera del fondo de su corazón, lo cual era un poco extraño, pero me gustaba. Me gustaba. No creí que fuera a volver a verlo, así que el hecho de que se ofreciera a salir fue sorprendente, pero agradablemente sorprendente. Estaba emocionada, más emocionada de lo que había previsto. Cuando llegó, supe que me tomaría el día libre para verlo, por suerte, no había necesidad de hacerlo.

—¿Cómo estuvo tu vuelo? —Pregunté, una vez que nos sentamos.

El camarero puso nuestras bebidas delante nuestro, y bebió su agua rápidamente. —Bastante turbulento en realidad —dijo—. Durante años, me dije a mí mismo que decir que no me gustaba volar era sólo una excusa. Pero honestamente, creo que puede ser verdad.

—¿No vuelas mucho?

Sacudió la cabeza. —En realidad no. Lo evito si puedo.

—¿Y qué haces en su lugar?

—Conduzco —respondió. Agitó la mano frente a su cara antes de volver a hablar. —Lo sé, lo sé...

—¿Conduces?

—Sí, lo sé, sé que estadísticamente es más probable que me mate, pero al menos tengo la sensación de control —dijo—. Cuando estoy en un avión, es el piloto quien tiene el control. No tengo ni idea de lo que está haciendo o si es bueno.

—Pero cuando conduces, no sabes si los otros conductores son buenos.

Se rio. Terminó su agua de un solo sorbo, y luego me miró. —Esa es la cosa, sé de hecho que todos los demás conductores son terribles. Por eso me siento más seguro, porque al menos tengo el conocimiento. Si algo sale mal, puedo evitarlo.

Asentí con la cabeza. —Al menos eso es lo que todos esperamos.

—No es racional. Supongo que soy un poco fanático del control.

Me encogí de hombros. —Todos tenemos nuestras cosas. Preferiría volar, pero lo entiendo. Lo que no me gusta de los aviones es que están tan llenos todo el tiempo. Siempre siento que voy a coger un resfriado o algo así de la gente que se sienta a mi lado.

—¿No te sientes así con la gente que va a Urgencias?

Me reí. —Sí, lo hago, y con frecuencia me resfrío con ellos. O ellos se resfrían por mí, lo cual es una mierda cuando no están bien del todo. Pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Extrañamente, ser un médico de urgencias es una de esas cosas que te enseñan muy rápidamente que no estás a cargo de todo, y no hay forma de que lo estés.

Me miró fijamente. —Eso es profundo.

Me reí. —Bueno, está bien, porque es todo lo que tengo —dije—. Normalmente estoy demasiado cansada para pensar en otras cosas sabias que decir.

—Es una lástima. Pensé que eras como un calendario con dichos sabios.

—No —dije, con una risita. —Si yo fuera el calendario, sería como un calendario de Adviento. Ya sabes, lleno de chocolate.

Se rio. El camarero trajo nuestros menús, y pronto, hablamos un poco sobre la comida, el clima y su vuelo. Fue agradable, relajante, incluso interesante. Los temas podrían haber sido mundanos, pero la compañía era todo lo contrario.

Una vez que decidí qué ordenar, lo miré, notando por primera vez las bolsas bajo sus ojos. —¿Cómo va el trabajo?

Frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Nada, sólo... te ves un poco cansado.

Parpadeó. —¿Debería tomarlo como un insulto?

Agité mi mano frente a mi cara. —Realmente no quise decir eso como un insulto. Sólo estoy preocupada por ti. Parece que tu trabajo es muy estresante, y has hablado de ello unas cuantas veces como si realmente te afectara.

Se rio, echando la cabeza hacia atrás. —Mi trabajo no es estresante y, ya sabes, súper importante. Mi trabajo es pan comido comparado con el tuyo.

Me mordí el labio inferior. —No es una competencia.

—Se siente como si lo fuera.

Me reí. —Vale. Así que estás perdiendo —dije. Puse las manos sobre la mesa delante mío. —

¿Y cómo te sientes por el hecho de que estás perdiendo?

—Dios, apestas —dijo, su sonrisa se amplió—. No lo sé. Últimamente, he estado pensando mucho en mis opciones.

—Bien. ¿Acerca de tus opciones para ganar de nuevo?

Fruunció el ceño. —Quiero decir, estoy ganando, de verdad —dijo—. Menos responsabilidad, casi igual salario.

—Eso dolió —dije.

Se rio. —Bien —dijo—. Estaba destinado a ello.

Sonreí. —No quise descarrilarte —dije—. ¿Qué decías de tu trabajo? ¿Realmente estás pensando en hacer otra cosa?

Se desplomó en su asiento. —No lo sé. Es difícil —dijo—. Como, ¿en qué más soy bueno?

—Pero no tienes que empezar por ser bueno en algo —dije—. Sólo... tienes que, ya sabes, empezar por ser malo. Luego mejorarás en ello.

—Bien. El problema es que todo en lo que soy malo no aportará tantos ingresos como lo que estoy haciendo ahora mismo.

Asentí con la cabeza. Nos interrumpieron brevemente cuando el camarero trajo la comida, que olía increíble. Comimos, hablamos de la comida, compartimos bocados -aunque nunca nos alimentamos- y nos reímos de cosas de las que no deberíamos habernos reído, como la guarnición o la forma en que la comida había sido emplatada.

—Quiero decir —dije, después de una breve pausa mientras saboreaba un bocado de pollo salado—. No tienes que dejar de hacerlo, si no quieres. Si se te da bien, y no te cansas de ello, no veo por qué deberías. Y sé que eres bueno en ello.

—¿Todos los alardes me delataron?

Me reí. —El enfoque suave lo hizo —dije—. Y el hecho de que siempre estás ganando buen dinero. No creí que fuera tan fácil para un hombre hacer lo que tú haces...

Se rio y noté un hoyuelo en su mejilla derecha. —¿Crees que esto es fácil?

—No —dije, agitando mi mano frente a mi cara—. Creo que es probablemente lo contrario de fácil. No quiero que pienses que te estoy juzgando ni nada de eso. Sólo quiero que salgas de esto si realmente quieres.

Pensó por unos segundos. —Creo que sería difícil, pero no imposible. Para ser totalmente honesto, no he tenido citas por mucho tiempo porque la mayoría de las mujeres no se sienten cómodas con mi elección de carrera —dijo—. Lo que no quiere decir que no me haya interesado. Simplemente nunca, o no sé, hasta hace poco, me he interesado lo suficiente en alguien como para que si me dijera que dejara de hacer lo que estoy haciendo, que encontrara otra cosa, que realmente lo considerara.

Estaba a punto de preguntarle qué había cambiado, pero el camarero llegó para preguntarnos si todo estaba bien, y nos echó la comida a borbotones. Todavía le daba vueltas en mi cabeza, preguntándome qué quería decir con eso. ¿Había conocido a alguien de quien no estaba hablando? O, extrañamente, ¿había alguna posibilidad de que estuviera hablando de mí?

Tal vez sí, pero no quería engañarme pensando que ese era el caso. No quise ahondar demasiado en ello, porque hasta donde yo sabía, en lo que a mí respecta, en cualquier caso, éramos amigos, sólo amigos, y absolutamente nada más que amigos. No tenía sentido ni siquiera pretender ser otra cosa, porque él iba a volver a Las Vegas, yo iba a quedarme aquí, e iba a ser como si nunca nos hubiéramos cruzado.

Una vez más.

Lo cual era, supongo, la forma en que debería ser.

No debí ni siquiera pensarlo dos veces, me dije a mí misma.

Cuando llegó la cuenta, la recogió. Mientras caminábamos hacia nuestros coches, dudó antes de subirse al suyo.

CAPÍTULO CATORCE

KIERAN

No fue intencional.

No era mi intención que me invitara a su casa, pero lo hizo y no pude rechazarla. No quería rechazarla. La oferta de ir a su casa era mucho más atractiva que la de mis padres.

No había hablado con ellos. Mi plan era sorprenderlos, pero cuanto más me acercaba, más lo temía. No creía que me afectaría tanto, pero lo hacía, tenía que ser honesto.

No podía enfrentar el verlos y sólo estaba allí, en realidad, para ver a Becca. Mi familia, visitar mi ciudad natal, era todo una excusa. Me preguntaba si ella pensaba que era una excusa. Me preguntaba cuánto sabía.

No pensé que lo haría, porque no lo sabía.

No sabía qué estaba haciendo allí.

Era una tontería, era ridículo.

Ella era cirujana, y era increíble, y estaba fuera de mi alcance. No me hacía ilusiones de que tuviera un interés romántico en mí. Probablemente no lo tenía. Éramos amigos, amigos íntimos, pero nada más. Nunca seríamos otra cosa, porque no me engañaba con nuestros estilos de vida diametralmente opuestos.

Dicho esto, disfrutaba mucho de su compañía, e iba a seguir apreciándola todo el tiempo que pudiera. Incluso si sólo íbamos a ser amigos. Comprendí que el hecho de que me hubiera perdonado por ser una mierda en el instituto era más de lo que merecía.

Me sacudió el pensamiento cuando me di cuenta de que probablemente habíamos llegado a su casa. Estaba en un callejón sin salida, una hermosa casa suburbana con una gran puerta de garaje, un porche y un camino asfaltado que llevaba a grandes puertas francesas. Se estacionó en la entrada, y yo me estacioné a su lado.

Cuando salí del coche, no estaba seguro de por qué, pero parecía que hacía mucho más frío. Me abracé a mí mismo mientras ella me saludaba, haciéndome señas para que me acercara. Caminó rápidamente y pronto, estábamos dentro de su cálida sala de estar. Noté que había luces parpadeantes en las ventanas, lo que me sorprendió.

Tenía la impresión de que Becca no tenía tiempo para decorar.

—¿Qué estás mirando?

—Las luces parpadeantes. Me gustan mucho.

Ella sonrió. —Pensé que te podrían gustar. Me alegro de que te gusten.

—¿Los pusiste porque yo iba a venir?

—Bueno —dijo—. Te crees muy importante, ¿eh?

Prácticamente me estremecí. Sentí que la sangre corría por mis mejillas cuando empecé a disculparme profusamente, pero ella se rio, agitando su mano frente a su cara. —No —dijo—. Quiero decir, no lo hice sólo por ti, pero fuiste la excusa perfecta. Si no fuera por ti, probablemente nunca habría decorado.

Pasé saliva. —No tienes que esforzarte por mí —dije—. No tienes que hacerlo. Sé que sólo me estoy estrellando...

—Te quiero aquí —dijo ella, de hecho. —Me alegro de que hayas vuelto para las vacaciones.

—¿De verdad?

—Oh, sí —dijo—. Absolutamente. —Ahora, ¿qué tal un poco de café?

Sonreí. —El café suena genial.

Pasamos el día juntos. Pasamos el rato en su sofá, viendo películas de vacaciones. Al principio, se sentó en el lado más alejado del sofá, y nunca nos tocamos. Pero cuando hizo más frío, y ella consiguió una manta, y luego me consiguió una manta, nos acercamos cada vez más el uno al otro.

Por la noche, después de comer, sacó una botella de vino para que pudiéramos celebrar las fiestas juntos. Me dijo que era mala bebedora, y yo lo sabía. Casi nunca bebía, me dijo. Me reí; le dije que bebería la mayor parte de la botella yo solo si lo necesitaba, y cogí dos copas de vino de su armario.

—Tu casa es hermosa —le dije—. Y esta cocina es muy bonita.

—Gracias —respondió—. Lo único bueno que Scott hizo por mí fue dejar que me quedara con la casa. La compré durante el divorcio.

—Bien —dije—. Esta casa se siente como si te perteneciera. Me encantan todos los pequeños toques, se siente como tu espacio.

—Es por todo el polvo, ¿no?

—El polvo —dije con una risita. —Y la forma en que está decorado, es todo como dulce y caprichoso.

Ella sonrió, sus ojos parpadeando. —Gracias —dijo—. Scott odiaba poner cosas en las paredes, así que cuando nos separamos, básicamente puse todo lo que estaba en cajas en la pared. No sé si fue una reacción súper saludable, pero...

—Creo que es muy saludable —dije—. Podrías haber destrozado las paredes, en vez de eso, pusiste cuadros en ellas. Apenas parece extremo.

—Las imágenes son un poco extremas.

—Son mayormente mapas —dije—. Y arco iris. Si tuvieras una especie de pintura anatómica hiperrealista, te pondría a prueba con eso.

—Hm —dijo, frunciendo la ceja. —Sí, estoy segura de que tengo eso en alguna parte.

Me reí y puse los vasos de vino vacíos delante del sofá, en la mesa de café. Era una tapa giratoria, lo cual era genial, porque no estaba seguro de si Becca tenía un sacacorchos.

Nos serví a los dos medio vaso. Ella levantó sus pies y metió sus piernas bajo su cuerpo, tomando un sorbo del vino. —Oh, Prosecco —dijo—. La bebida de los campesinos.

—Perfecto para mí, entonces —dije, guiñándole el ojo.

Ella se rió.

Tomé un sorbo del mío y ella levantó su vaso. —Espera —dijo—. Salud.

—Salud —dije—. ¿Por qué?

—Por ti —respondió—. Por estar aquí.

—Y por tí. Por tenerme a mí.

Tocamos nuestros vasos juntos y ella me sonrió. La miré fijamente, sus ojos parpadeando bajo la tenue luz eléctrica de la bombilla de arriba. Era como si mirarla fuera electrizante, y no podía evitarlo.

Me dije a mí mismo que no lo hiciera, pero era como si mi cuerpo navegara por sí mismo, y presionaba mis labios contra ella antes de que pudiera pensarlo.

Me alejé de ella, un poco sorprendido por la forma en que me había devuelto el beso.

Estaba tan hambriento, como ella lo había deseado siempre. Pasé saliva mientras ponía un dedo enroscado bajo su barbilla. —Escucha —dije—. No quiero hacerte sentir incómoda.

—No me haces sentir incómoda —respondió—. Me gusta cuando me besas.

No tenía que decírmelo dos veces.

La besé de nuevo, poniendo mi mano en la parte de atrás de su cabeza mientras continuaba besándola, presionando mis labios contra los suyos. Me dejó recostar su espalda en el sofá, y mientras continuábamos besándonos, bajó lentamente sus manos por mi pecho, desabrochando los botones de mi camisa.

Podía sentir el calor de su piel a través de la tela de mi ropa. Cuando empezó a quitarme la ropa lentamente, y las puntas de sus dedos tocaron mis brazos cuando lo hizo, sentí un escalofrío que recorrió mi columna vertebral.

No sabía si era excitación o anticipación, o una vaga combinación de ambas, pero cuando me bajó las mangas por los brazos, sentí un escalofrío. Siempre tenía el control durante el sexo, pero esto era más que eso. Ella era tímida, y yo también, porque no quería desanimarla o hacer algo que no le gustara.

No me dejaba pensar mucho. Presionó sus labios contra los míos y me perdí en su olor otra vez, en la forma en que sus labios se sentían en los míos, en sus piernas, que estaban debajo de las mías. Me alejé de ella y suspiré, besando desde sus labios hasta la parte superior de su camisa. Bajé mis manos por su estómago y la miré. Ella asintió ligeramente y pude ver que se estaba mordiendo el labio inferior con fuerza.

Los músculos de su estómago se tensaron cuando le agarré la parte inferior de la camisa. —¿Puedo...?

—Sí —dijo—. Sí que puedes.

Ella levantó sus brazos y yo lentamente moví mis manos hacia su estómago mientras desnudaba la parte superior de su cuerpo. Dejé caer la ropa en el suelo junto a nosotros, suavemente y luego besé su torso mientras me movía hacia su cara, mis manos acariciando su suave piel mientras las deslizaba lentamente hacia sus jeans.

Enganché mi mano en los botones, los desabroché rápidamente, y eso la hizo reír. Mientras su cuerpo temblaba bajo el mío, sentí una punzada de excitación en mi polla endurecida. Se inclinó hacia adelante y agarró los lados de sus vaqueros para bajárselos por las piernas.

Se rio mientras se los quitaba. Se aferraban a su cuerpo, a sus piernas, como si fueran una segunda piel, y no pude evitar bajar hacia sus piernas y lentamente empecé a besarlas, a besar sus muslos, cerca del espacio entre sus piernas. rocé con la punta de los dedos sus panties rosa oscuro, que estaban empapadas, y la escuché respirar profundamente mientras su espalda se arqueaba ligeramente. Vi que todos sus músculos se tensaban y ella se clavó las puntas de los dedos en su propia piel, esperándome.

Necesitándome.

No hacía falta que ella dijera nada, yo sabía que me deseaba.

Cuando me agarró la cabeza, me quedó claro.

La necesitaba tanto como ella a mí, así que tomé un dedo enroscado y lo presioné contra su ropa interior mojada. Gimió y se quejó, y supe que yo era el que la necesitaba entonces.

No iba a poder esperar mucho más.

Siempre me enorgullecí de mi autocontrol, pero no había autocontrol cuando se trataba de la maldita Becca Baker. Moví sus panties a un lado, comprobé lo mojada que estaba y luego quité los dedos lo suficientemente rápido como para que apenas protestara.

—Oye —dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—Preparándome para follarte —respondí—. ¿Quieres que lo haga?

—Sí —respondió—. Realmente quiero que lo hagas.

Moví mi cuerpo para estar encima de ella y ella abrió sus piernas para mí, bajando para ayudarme a guiarme hacia ella. La miré mientras me guiaba hacia ella.

Me dejé acostumbrar a ella, y su sexo era tan caliente y apretado y asombroso y perfecto. Me incliné y la besé en los labios y sentí sus uñas en mi espalda mientras empezaba a follarla lentamente, tratando de controlarme mientras saboreaba cada segundo de mi tiempo encima suyo.

Dios, era tan hermosa y estrecha y cálida y yo apenas podía contenerme mientras me apretaba contra ella, mientras las puntas de sus dedos se clavaban contra mi espalda.

Me encontré con su mirada. Su boca estaba ligeramente abierta e inclinaba la cabeza hacia atrás, con el cuello extendido. La besé mientras levantaba las manos y pasaba sus dedos por mi pelo. Nuestras miradas se encontraron una vez más, y vi las estrellas en sus ojos, y no pensé que iba a ser capaz de aguantar por más tiempo.

—Termina dentro de mí —dijo, con la voz baja. —Por favor.

Me movía más rápido encima de ella, sintiendo sus piernas que me agarraban por detrás, sintiendo la dulce liberación que venía de mi núcleo, el placer que se extendía desde mi abdomen al resto de mi cuerpo, a las puntas de los dedos de los pies y de las manos y a la parte superior de mi cabeza.

Me quedé allí por un segundo, y luego rodé a su lado. Apenas había suficiente espacio para mi cuerpo en el sofá, pero ella me sostuvo cerca, y supe que no me iba a caer.

Al menos, no me sentía como si fuera a hacerlo.

CAPÍTULO QUINCE

BECCA

Necesitábamos hablar de lo que había ocurrido, pero no sabía cómo íbamos a poder hablar. No había manera de que pudiera empezar esa conversación y no sabía cómo había comenzado nuestro encuentro, o si lo había hecho. Ni siquiera sabía cómo iniciar esa conversación.

No tenía la intención de que pasara nada, pero había ocurrido de todas maneras y no estaba molesta por ello. En todo caso, había sido sexo increíble, apasionado y romántico, y me había sentido muy excitada todo el tiempo.

Pero mientras me duchaba, pensé en lo que le iba a decir. Ya no le oía andar por la cocina, pero le había dejado limpiando. El agua estaba caliente y dejé que me recorriera sin bañarme realmente. Necesitaba tiempo para pensar, así que dejé que me mojara el pelo y que se calentara demasiado hasta que fuera el momento de salir de la ducha.

Agarré una toalla, sentí el vapor en mi cara y me miré en el espejo empañado, viendo mi reflejo distorsionado en él, pequeños rastros de agua corriendo sobre mi cara. Necesitaba ir a hablar con Kieran pero no sabía cómo iba a poder enfrentarlo. No quería que las cosas cambiaran entre nosotros, me gustaba como eran.

Me gustaba que fuéramos amigos. Se sentía como el único amigo que no era parte del drama y de la confusión que mi vida había resultado ser, aunque supuse que tal vez no lo era, y básicamente lo había metido en esto, me gustara o no.

Me puse la pijama y salí del baño. Podía oír a Kieran silbar en la cocina.

—Hola —dijo—. ¿Cómo estuvo tu ducha?

—Estuvo bien —respondí—. ¿Cómo estuvo tu... espera, limpiaste todo?

Miró a su alrededor. —Pues sí, me duelen las piernas, pero me pareció justo —respondió—. Ya que me estás alojando y todo eso.

—Siempre eres bienvenido aquí —respondí.

—Gracias —dijo—. No quiero quedarme demasiado tiempo.

—Me gusta cuando estás aquí —respondí—. No te estás quedando demasiado tiempo.

—No sabes cuánto tiempo me quedaré.

—Tienes razón —dijo—. ¿Puedes intentar quedarte más de lo debido?

Se rio. —No me tientes —dijo—. Me quedaré aquí y te quedarás conmigo para Navidad.

Arrugué la nariz. Estaba a punto de decir algo más, pero no quería que se sintiera presionado. —¿Deberíamos...

—Sí —dijo—. ¿Quieres un poco de agua?

—Sí —respondí—. Por favor.

Me sirvió un poco de agua del grifo y me dio un vaso lleno. Me apoyé en el mostrador y suspiré.

—No quise cruzar ningún límite —dijo—. Quería...

Agité mi mano frente a mi cara. —No —dijo—. No, quería que lo hicieras. Realmente lo

disfruté.

Me sonrió. Se acercó a donde yo estaba, puso sus manos en el mostrador a mi alrededor y me besó en los labios. Yo le devolví el beso, rodeándole el cuello con mis brazos. Me lamí los labios mientras me alejaba de él.

—Yo también lo disfruté —respondió—. Pero vas a tener que dejarme recuperar el aliento si quieres hacerlo otra vez.

Me reí, echando la cabeza hacia atrás. —Sí —dije—. Por supuesto que quiero hacerlo de nuevo. Sólo... no quiero que te sientas como si estuvieras aquí por eso, ¿sabes?

Lanzaba la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, realmente sólo quería pasar un día contigo —respondí—. No pensé que se iba a convertir en esto.

—Lo sé. No creí que lo supieras.

—Pero ahora que lo sé —dije, besándolo en los labios. —¿Cómo te sentirías si durmieras en mi cama?

—¿Qué? —preguntó. —¿En serio?

—Sí, claro que sí —dije—. Mira, tengo que hacer la cama de invitados, y eso es todo. Además, Scott solía dormir mucho en ella, así que hay una parte de mí que piensa que hay alguna mala energía allí o algo así.

Frunció el ceño. —*Mala energía, ¿eh?* No te tomaba por una chica supersticiosa.

Me reí. —Cuanto más sabes de ciencia, más te das cuenta de que no sabes una mierda —dije—. Así que sí, claro, creo en la energía. ¿Por qué no lo haría?

Se rio esa vez y sus ojos brillaron. —No lo sé, siento que podrías decir cualquier cosa y yo lo creería.

—Robocop es mejor película que Terminator —respondí, mordiéndome el labio inferior.

—Tenías que arruinarlo, ¿eh?

—Lo hice —dije.

Luego me besó de nuevo y olvidé lo que iba a decir a continuación.

CAPÍTULO DIECISÉIS

KIERAN

Teníamos la intención de discutir las cosas, pero habíamos terminado en la cama otra vez.

Esta vez, en realidad nos habíamos caído en la cama, ella había caminado conmigo, mano a mano, hasta que nos habíamos caído en su cama y habíamos pasado horas allí, conociéndonos mientras oscurecía afuera.

Me quedé dormido con ella en mis brazos. Cuando me desperté, su pelo me hacía cosquillas en la cara. Noté que la luz entraba por la ventana y me levanté lentamente porque necesitaba ir al baño. Me dirigí de puntillas hacia el baño, tratando de no despertarla. Sabía que el sueño era precioso para Becca, así que lo último que quería hacer era despertarla.

Entonces escuché un auto detenerse en la calle y me pregunté quién venía tan temprano. Cuando terminé en el baño, me acerqué a las ventanas de la sala y miré afuera. Me sorprendió ver un coche que reconocí allí y mi corazón inmediatamente se me cayó al estómago.

No quería que estuviera allí y, sin embargo, allí estaba, acercándose a mí, con las manos en los puños y los ojos encendidos por la furia.

Abrí la puerta antes de que pudiera llamar. Aun así, no quería despertar a Becca. Cerré la puerta suavemente detrás de mí mientras agitaba las manos frente a mi cara para detener el ataque de abuso verbal que sabía que venía hacia mí.

En cambio, mi madrastra me sonrió dulcemente, aunque todavía podía ver lo enojada que estaba bajo la fachada. Se esforzaba mucho, pero la conocía bien.

—Jonathan —dijo—. Mi muchacho. No podía creerlo cuando lo escuché, pero en realidad estás aquí. Quería comprobarlo por mí misma.

—Podrías haberme llamado —respondí.

—Podría haberlo hecho —dijo ella. —Pero siempre estás tan ocupado.

Por supuesto, la implicación era que yo no habría respondido, y por supuesto, era absolutamente la verdad. No quería tener que hablar con ella, si era posible.

—Bueno, sólo estoy aquí por unos pocos días —dije—. Pensé en venir a visitarlos, pero una amiga me invitó, y hubiera sido muy grosero decir que no.

—¿Cuándo planeabas venir a casa?

—Probablemente no tan temprano —respondí, estrechando mis ojos mientras la miraba. Se había hecho vieja y tenía marcas alrededor de los ojos y los labios, pero seguía siendo la misma mujer aterradora que conocía, y su vibración me hacía sentir un poco como un niño pequeño otra vez. Podía enfrentarme a ella por mi cuenta, eso ya no era un problema, pero estaba avergonzado. No la quería cerca de Becca o de su casa, así que intentaba que se fuera lo más rápido posible. No quería que Becca saliera y encontrara a mi madrastra parada en su porche, siendo la persona totalmente irrazonable que era.

—Lo entiendo —dijo—. Tu padre y yo no podíamos esperar a verte, así que pensé en venir aquí y ver si te unías a nosotros durante el día.

—¿Antes de hablar con él?

—Como tú, quería que fuera una sorpresa agradable.

Le sonreí. Me alejé del porche, y ella caminó conmigo, lo que me alivió un poco.

Al menos nos alejamos de la casa de Becca.

—¿Vas a volver a casa?

La miré de arriba a abajo, cruzando mis brazos sobre mi pecho. —¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Es un pueblo pequeño —dijo—. Alguien me envió un mensaje para decirme que querían saber cuánto tiempo estarías en la ciudad, y después de eso, no fue tan difícil localizarte.

—Bien —dije—. Bueno, por más que me alegre de verte, no quiero ser grosero con mi amiga. Así que voy a tener que...

—Tus hermanos te extrañan —dijo—. Estaban deseando verte.

—No sabían que estaba aquí —respondí—. Supongo que les dijiste que estaba aquí, lo que es muy agradable, y también una gran manera de tratar de hacerme sentir culpable.

—No estoy tratando de hacerte sentir culpable —dijo—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Tienes razón —respondí—. Sé exactamente lo que tengo que hacer. Necesito volver a entrar porque no quiero ser grosero con mi amiga y puedes seguir adelante y enviar mis saludos al resto de la gente en casa.

—Te refieres a tu familia.

—Claro —dije, dándome la vuelta y comenzando a alejarme de ella. Me agarró la muñeca y me tiró hacia atrás.

—Le estás rompiendo el corazón a tu padre —dijo.

Intenté no poner los ojos en blanco. —Sabes, ¿qué hay de nuevo?

—Podrías venir a vernos —dijo—. No te haría daño.

—El hecho de que me hayas rastreado hasta aquí me hace sentir que no es así.

Sacudió la cabeza. —Entiendo que las cosas fueron difíciles para ti mientras crecías, Jonathan...

—Kieran —respondí—. Mi nombre es Kieran.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero asintió con la cabeza. —Sólo ven y pasa unos días con nosotros. Al menos por tu hermano y hermana menores. Puede que incluso conozcas a tu sobrino. ¿No te alegraría el día?

La miré fijamente. Sentí que era una trampa, pero ella tenía razón. Quería conocer a mi sobrino.

—Si te vas, estaré allí.

Se rio. —Genial —dijo—. Te veré entonces.

—Genial —repetí—. Hasta pronto.

CAPÍTULO DIECISIETE

BECCA

Kieran pasó el día conmigo, lo que fue maravilloso, y luego me dijo que iba a ir a ver a su familia. Era veintitrés de diciembre, y lo pasé principalmente haciendo tareas domésticas, un poco de jardinería, y pensando.

Todavía no les había hablado a mis amigos de él.

No sabía si iba a hacerlo. No había nada entre nosotros que pudiera extenderse en algo serio, aunque cuanto más tiempo pasaba alrededor de él, más posibilidades tenía de quererlo.

Intenté no hacerlo. Intenté pensar en él como el bully que conocí en el instituto, o como el hombre que conocí en Las Vegas. Pero era difícil pensar en él como otra cosa que no fuera alguien con quien quería pasar más y más tiempo, hasta el punto de que él era casi enteramente lo que llenaba mis pensamientos.

Hacía mucho tiempo que no me gustaba nadie, pero podía reconocerlo por lo que era. Era un enamoramiento, y no necesitaba ser nada más. Intentaba convencerme de que no podía ser otra cosa.

Iba a volver a Las Vegas. Iba a volver al trabajo, y yo también.

Nuestros estilos de vida eran tan diferentes, que no había forma de que fuéramos compatibles. Al menos no a largo plazo. Podríamos haber sido buenos en la cama juntos, pero eso era lo más lejos que podía llegar. Fue a media tarde, cuando había limpiado la cocina, cuando oí el timbre de la puerta.

Pensé que podría ser una entrega. Mis padres y mi hermana solían enviar los regalos por correo, y normalmente llegaban antes de Nochebuena. No pensé mucho en ello cuando me acerqué a la puerta, llevando trapos y un guante de limpieza de látex en mi mano derecha.

Abrí la puerta sin mirar por la mirilla y prácticamente me estremeció cuando vi a Kieran parado allí, tan arreglado como siempre.

—Mierda —dije, instintivamente quitándome el guante, preguntándome qué tan terrible se veía mi cabello. Estaba en un moño en la parte de atrás de mi cabeza y supe que mi pelo rodeaba mi cara de una manera extremadamente poco favorecedora. —Lo siento, todo está... no te esperaba.

Me sonrió. —Lo sé.

—Oh, entra, hace frío ahí fuera.

Me moví para dejarlo entrar.

Me miró de arriba a abajo mientras cerraba la puerta. —Lo siento —dijo—. No quise ser grosero y aparecer sin llamarte, pero honestamente, mis padres estaban discutiendo, mis hermanos se veían miserables, y pensé... no tengo que estar aquí. Soy un adulto. Así que me subí a mi coche y pensé en ir al aeropuerto y volver a casa, pero luego terminé aquí.

—¿En serio?

—Sí. Y estaba estacionado en la acera, desperdiciando gasolina, preguntándome si debería entrar. Pensé en llamarte, pero... no sé. Necesitaba verte. Sé que es egoísta, pero necesitaba

hacerlo.

—Me alegro de que estés aquí. Me alegro de que no te hayas ido sin despedirte.

—No me iría sin despedirme.

Le sonreí. —Desearía que hubieras llamado. Habría tratado de lucir un poco mejor que esto.

—¿De qué estás hablando? —Él preguntó. —Te ves increíble.

Me reí. —Sólo lo dices por decir.

—Bueno, es verdad —dijo—. Y como me presenté sin anunciarme, dime, ¿con qué necesitas ayuda?

—Navidad —me oí decir antes de poder detenerme. Pestañeeé, un poco sorprendido por mis propias palabras. —Quédate. No hay necesidad de cocinar nada, pero iba a pedir comida china y ver películas de Disney.

Se rio. —Me refería a qué estás limpiando —dijo—. Pero claro. Puedo quedarme para Navidad, también.

—¿En serio?

—Sí —dijo, besándome en la boca antes de alejarse de mí. —De verdad.

Pasamos los siguientes días juntos, teniendo sexo cada que podíamos, abrazándonos siempre y disfrutando de la compañía del otro. Era como si hubiéramos llegado a un acuerdo mutuo de que no íbamos a hablar de ello, que, si lo hacíamos, íbamos a romper el delicado equilibrio entre nosotros.

Estaba claro que ambos disfrutábamos mucho de la compañía del otro, pero no podía pedirle que dejara su vida atrás. No había nada para él en casa, excepto yo, y esa era una razón suficiente para dejar la vida que había estado cultivando.

Era veintiséis de diciembre cuando llegó el momento de decirle adiós. Iba a echarle de menos y quería saber si le gustaría que lo acompañara al aeropuerto.

Me dijo que le encantaría que lo acompañara y me subí a su coche de alquiler. Estábamos a unos cuarenta minutos de distancia -más, con el tráfico, ya que todo el mundo también volvía a casa- y me di cuenta de que los dos estábamos un poco agotados.

Había sido una semana emocionalmente satisfactoria pero también algo angustiada. Cuanto más se acercaba su vuelo, más difícil era su presencia. La idea de que se fuera y no volviera, era difícil. Realmente no quería enfrentarlo. Todavía no habíamos hablado de nada, porque hablar de las cosas parecía inútil, pero estábamos atrapados en el coche juntos y era claramente el momento de discutir las cosas.

Bajé el volumen de la radio, y con el zumbido silencioso de un programa de la NPR al fondo, me volví hacia él. —Deberíamos hablar sobre...

—Deberíamos.

—Me he divertido mucho.

—Probablemente es lo más divertido que he tenido en años.

—Yo también —respondí, sonriéndole instintivamente. —Pero tenemos que hablar.

—Sí. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Desearía que pudiéramos hacerlo todos los días.

—Yo también lo deseo.

Miré por la ventana, lejos de él. —No puedo pedirte que te quedes. Sé que tienes una vida en Las Vegas. Un trabajo. Una casa —dije—. Todo lo demás.

—Pero estás aquí. Y yo podría construir una vida aquí. Quiero decir, nunca es demasiado tarde para empezar de nuevo, ¿verdad?

Me reí, sintiendo las lágrimas en mis ojos. Cerré los ojos y sentí las cálidas lágrimas correr por mis mejillas. —Eso sería muy egoísta. No puedo ser tan egoísta.

—Está bien. Está bien pensar en ti misma, en lo que quieres.

—¿Qué quieres, Kieran?

No respondió de inmediato. —Daría cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

—¿Lo harías?

Se rip, como si acabara de decir algo gracioso. —Sí —dijo—. En un instante.

—Bien...

—Pero no quiero que te sientas presionada ni nada de eso —respondió—. Sé que te has divorciado recientemente, somos amigos, y que te has abierto y has sido vulnerable con alguien otra vez, y yo tuve la suerte de ser esa persona. No puedo ser tan egoísta como para saltar sobre eso, sólo porque podría llenar ese vacío.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero estar contigo, Becca —respondió—. Pero quiero estar contigo porque soy con quien quieres estar, no porque esté llenando ningún vacío.

—No diría que estás llenando ningún vacío.

—Bien, pero hasta que estés lista para pedirme que me quede, no puedo. Me sentirá como si te explotara.

—Eso no está bien —dije, poniendo los ojos en blanco.

Se rió. —Lo siento. Desearía ser más genial.

—Eres tan maduro emocionalmente, y eso tiene mucho sentido, y es tan molesto.

—Sólo pídemme que me quede.

Me encontré con su mirada por un segundo, y tal vez me equivoqué, pero también parecía que estaba a punto de llorar.

—No puedo.

Sonrió. —Bueno, tienes mi número de teléfono. Así que esperaré hasta que puedas.

Me reí, pero me sentí un poco intranquila cuando llegamos al aeropuerto y estacionó el coche en el aparcamiento de alquiler.

CAPÍTULO DIECIOCHO

KIERAN

No pude hacerlo. No podía trabajar.

Quería hacerlo. Tenía clientes. Tenía gente que dependía de mí, gente que iba a pagar mucho dinero por mi tiempo. Pero desde que volví de mi ciudad natal, cada vez que pensaba en ir a trabajar sentía un poco de náuseas.

Siempre había sido capaz de separar mis propios enredos románticos de mi vida laboral. Era como si activaran diferentes partes de mi cerebro, porque por supuesto cuando estaba en el trabajo mi comportamiento estaba ensayado, atendiendo a mi cliente. Esa era la forma en que se suponía que debía ser. Cuando estaba con alguien con quien quería estar, era más espontáneo.

Nunca había sido tan espontáneo como lo había sido con Becca Baker.

Había algo en ella que me hacía sentir tambaleante, como si mis pies ya no estuvieran en el suelo, como... Mierda. Ni siquiera lo sabía. Algo en ella, en estar con ella, me hacía sentir raro y bizarro y joven. Como si fuera un chico otra vez, pero en el mejor de los casos.

Sabía que, hasta cierto punto, era sólo mi cuerpo reaccionando a ella. Pero no era sólo eso. Me encantaba escucharla hablar, la forma en que se reía. Me encantaba mirarla, la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de algo que le importaba, el sonido que hacía cuando pensaba... pero no estaba preparada para decir algo todavía.

Todo lo que podía hacer era pensar en ella.

Lo que hizo imposible que trabajara, y eso era extremadamente molesto. Necesitaba ser capaz de trabajar. Necesitaba ser capaz de hacer dinero. Me dije a mí mismo que me iba a dar dos semanas de vacaciones, sólo para volver a ponerme en marcha poco a poco. No iba a ir a buscar en los bares, tratando de encontrar clientes. Las que me llamaban se reservaban en mi agenda para el mes siguiente o así, para que al menos pudiera volver a pensar en el trabajo.

Había vuelto a Las Vegas por dos semanas y seguía hablando con Becca todos los días, aunque tratamos de evitar hablar de lo que había pasado entre nosotros. De vez en cuando, nos desviábamos para hablar de ello, pero se sentía como un territorio peligroso, y yo quería dejar que ella dirigiera la conversación en la dirección que quisiera.

Pensaba en eso -en ella, porque era lo único en lo que pensaba, hasta el punto de que era molesto- mientras me ejercitaba en la cinta de correr cuando sonó mi teléfono, vibrando en el lugar que la máquina tenía para él.

Vi su cara en la tarjeta de contacto. Nos habíamos sacado una foto juntos cuando estaba pasando tiempo con ella, y en la foto, mi brazo la rodeaba y ella le sonreía a la cámara. Su cabello estaba recogido en un moño y se veía absolutamente radiante.

Miré fijamente su foto durante unos segundos antes de coger el teléfono. —Hola —dije—. Estaba pensando en ti.

—Oye —dijo. Sonaba acosada. —¿Estás sentado?

—No —dije—. ¿Debería sentarme?

—Sí, deberías sentarte.

—¿Estás bien?

—Siéntate.

Caminé hasta mi sala de estar, me senté en mi sofá y esperé. —Me siento. ¿Te has hecho daño?

—No, pero hay algo de lo que tengo que hablarte.

—Bien...

Suspiró antes de hablar. —Lo siento si las cosas están un poco revueltas, pero realmente necesito... bien, déjame empezar desde el principio. Me he estado sintiendo un poco enferma por un tiempo y no estaba segura de por qué, pero luego pensé en ello, y como que se alineó con cuando estabas aquí.

—Yo no...

—Escucha —dijo, con la voz temblorosa. —Sólo escucha, ¿de acuerdo?

Pestañeé, pero me recosté en el sofá y esperé.

—Así que me he sentido un poco deprimida, un poco enferma cada mañana, y luego pensé... Quiero decir, tal vez no tenía ningún sentido, pero pensé, como sea, voy a hacerme una prueba de embarazo —dijo, y luego respiró profundamente. —Y pensé, bueno, por supuesto que no va a pasar nada, porque estoy tomando la píldora, pero...

Pestañeé de nuevo. Estaba conteniendo la respiración.

—Así que salió positivo —dijo—. Resultó positivo y me sorprendió, así que... fui al ginecólogo y pensé, bueno, tal vez fue un falso positivo. Hicieron un análisis de sangre, y no, no es un falso positivo.

—Así que estás embarazada.

—Estoy embarazada.

Esperé.

—Definitivamente es tuyo.

—Bien.

—¿No te preocupa que no lo sea?

—No —dijo, tratando de no reírme. —Me lo cuentas todo. Definitivamente me lo habrías dicho si te hubieras acostado con otra persona.

Ella también se rio. —Bien —dijo.

Pestañeé de nuevo y respiré profundamente antes de hablar. —No sé si debo felicitarte o...

—Me quedo con el bebé —dijo—. He pensado mucho en esto y me quedaré con el bebé. No tienes que involucrarte, si no quieres, pero yo quiero el bebé.

Lo pensé por unos segundos. Mi corazón estallaba, y por alguna razón, lo que ella decía se sentía absolutamente correcto. Quizás más correcto que cualquier otra cosa que se haya sentido. —¿Y si quiero participar?

—Espera —dijo—. ¿Quieres participar?

—No puedo pensar en nada más importante que ser padre —respondí—. Quiero estar ahí para mi hijo. Si te parece bien.

—Sí —dijo—. Sí, me parece bien.

—Necesito hacer algunos arreglos aquí —dijo—. Pero estaré allí cuando llegue el fin de semana. ¿Cómo suena eso?

—Bien —dijo—. Suena bien.

CAPÍTULO DIECINUEVE

BECCA

Cuando lo llamé, no pensé que quisiera involucrarse.

Cuando me dijo que sí, sentí un poco de alivio, pero también sentí que tal vez complicaría las cosas. En el momento en que me enteré que estaba embarazada, supe que quería quedarme con el niño, y no había ninguna duda en mi mente sobre si quería ser madre o no.

Quería un niño.

Quería un niño más que nada, y el hecho de que fuera el hijo de Kieran en vez del de Scott era aún mejor. No sabía necesariamente si Kieran iba a querer estar involucrado, pero cuando dijo que lo estaba, tenía sentido.

Era un hombre bueno y decente. Por supuesto que iba a dar un paso adelante, eso tenía perfecto sentido para mí. Al mismo tiempo, mientras lo recogía en el aeropuerto, estaba un poco asustada.

Cuando se subió a mi coche, me besó en la mejilla y me preguntó cómo estaba. Hicimos una pequeña conversación sobre cosas al azar, incluyendo el clima, cuando finalmente lo entendió. — Entonces —dijo—. ¿Estás emocionada?

—Estoy tan asustada —dije—. ¿Y si no soy buena en esto?

—Alguien mucho más inteligente que yo me dijo una vez que puedes mejorar en cualquier cosa.

—No puedes usar mis propias palabras contra mí.

—¿Estoy usando tus palabras en tu contra?

Me reí. —Aprecio que quieras participar. Sólo... quiero decir, estás aquí un poco temprano.

—Bueno, si estás asustada, parece que en realidad estoy aquí justo a tiempo.

Lo miré por un segundo. —Me alegro de que estés aquí —le dije—. Realmente.

—Bien —dijo—. Y estoy aquí para lo que necesites. Ya he encontrado un hospedaje asequible cerca de tu vecindario y tengo una reserva para una semana mientras resuelvo todo lo demás.

—¿Qué quieres decir con 'mientras resuelves todo lo demás'?

—Vivienda, mayormente —dijo—. Necesito encontrar un lugar para vivir, ¿sabes? No muy lejos. Pero todavía tengo que volver a Las Vegas para algunas cosas y tengo que hacer algunos arreglos de negocios.

Lo miré de reojo. Cuando hablé, mi voz sonaba demasiado temblorosa para mi gusto. —¿Vas a seguir trabajando mientras estén aquí?

—No lo sé. No creo que sea posible. Este pueblo es demasiado pequeño.

—¿Lo extrañarás?

Pensó por un segundo. —No, aunque extrañaré el dinero. No está nada mal. Incluso en los peores meses, podría llegar a fin de mes.

—¿No crees que podrás llegar a fin de mes aquí?

—No lo sé —dijo. Suspiró antes de hablar. —A diferencia de ti, mi trabajo no es realmente importante. Y no es como si pudiera ir a un lugar y me contrataran inmediatamente.

—¿Y qué vas a hacer?

—Viviré de mis ahorros por un tiempo —respondió—. Entonces lo resolveremos, juntos, porque tengo que estar aquí para el bebé.

Sonreí, mis mejillas se enrojecieron. —Sé que las circunstancias son un poco raras. No pretendía... He tomado la píldora desde siempre, pero desde mi divorcio, no la he tomado tan religiosamente como debería. Sabía, o al menos sospechaba, que debía ir a buscar la píldora del día después. No lo hice. Pensé que iba a estar bien. Quiero decir, nunca antes había quedado embarazada accidentalmente, así que ¿por qué lo haría esta vez?

Pensó por unos segundos. —Bueno, espero no estar hablando fuera de turno, pero me alegro de que no lo hicieras.

—¿Estás emocionado?

Asintió con la cabeza. —Sí —respondió, con una sonrisa. —También estoy cagado de miedo, pero estoy súper emocionado.

—Eso me sorprende.

—¿Por qué?

—Porque las circunstancias son menos que ideales. Entiendo que quieren un niño, pero asumo que la mayoría de la gente quiere uno en un matrimonio o algo así.

Pensó por un segundo, y luego se encogió de hombros. —No lo sé. Nunca pensé que me casaría o algo así, especialmente con mi trabajo y todo. Nunca pensé realmente en tener un bebé, pero luego me lo dijiste, y me entusiasmé al instante —dijo—. Como si esto fuera lo que siempre quise. Y sí, lo entiendo, no estamos casados ni nada, pero somos amigos. Vas a ser una madre increíble, Becca, y no se me ocurre nadie con quien quisiera tener un hijo aparte de ti.

Sentí que mis mejillas se enrojecían de nuevo, y podía sentir las lágrimas pinchándome los ojos. —Lo siento —dije mientras me limpiaba la nariz. —Todo esto me está poniendo súper emocional.

—Está bien —dijo—. También podría llorar.

—¿Vas a llorar?

—Lo creas o no, soy un llorón comprensivo —dijo.

Me reí. —No pareces un llorón comprensivo.

—Aún no has llorado delante de mí, así que, de hecho, no sabes una mierda.

Me reí de nuevo. —Para, me vas a hacer llorar de verdad.

—Definitivamente estoy tratando de hacer eso.

Lo miré mientras me detenía en la entrada de mi casa. —Entonces —dije—. ¿Puedo hacer una sugerencia?

—Claro —respondió—. ¿Qué?

—¿Y si te quedas aquí? —Pregunté mientras sacaba la llave del encendido. —No tenemos que... probablemente no deberíamos conectarnos ni nada mientras resolvemos las cosas, pero tengo una habitación de invitados perfectamente aceptable donde puedes quedarte. No hay necesidad de que pagues por una larga estancia en un hotel en otro lugar cuando podrías, no sé, quedarte aquí.

—¿Quieres que viva aquí?

—Quiero decir, eres el padre de mi hijo —respondí con naturalidad. —Probablemente vas a pasar mucho tiempo por aquí.

Pensó por un momento. —Sí —dijo—. Eso suena bien.

Ladeó la cabeza por un segundo y luego me sonrió y pude ver el brillo de maldad en sus ojos.

—¿Qué?

—Bien —dijo—. Pero ¿estás absolutamente segura de que no podemos enrollarnos?
Lo miré fijamente hasta que empezó a reírse.

CAPÍTULO VEINTE

KIERAN

Me gustaba estar en la casa de Becca.

Hice la habitación de invitados mía. Aunque hubiera preferido dormir en su habitación, no iba a presionar por eso. Hice su pequeña habitación de invitados mía.

De hecho, no era pequeña, pero estaba acostumbrado a dormir en el dormitorio principal de mi propia casa, así que estar en el dormitorio de invitados de otra casa era un ajuste. Lo primero que hice fue comprar sábanas de lujo. Vivir en Las Vegas me había malcriado a la hora de dormir. Necesitaba tener las mejores condiciones posibles, de lo contrario, no creía que fuera a poder dormir.

Tal vez también era mi emoción por lo que iba a pasar.

Becca y yo hablamos de ello largo y tendido, pero aún no se sentía real. No pensé que lo iba a hacer, no hasta que conociera a la persona que habíamos hecho juntos. Cada día que pasaba, me emocionaba un poco más.

Desafortunadamente, no parecía ser la misma Becca.

No quiere decir que no estuviera emocionada. Quería conocer al bebé, quería que el embarazo terminara. No estaba disfrutando del proceso. Las náuseas matutinas eran cada vez peores, y cada mañana, me despertaba con el sonido de ella vomitando en el baño del dormitorio principal. Aunque las habitaciones no estaban muy cerca, sabía que estaba haciendo mucho ruido. También sabía que no era a propósito.

Claramente estaba teniendo un embarazo miserable y yo quería mejorarlo, aunque no sabía realmente cómo o qué podía hacer por ella. Le dejé agua helada en su mesita de noche con un limón para ayudarla con las náuseas matinales, pero no sabía si servía. Al menos sabía que estaba pensando en ella, pensé para mí mismo, como si eso realmente mejorara algo.

No creí que lo hiciera, pero entonces, ¿qué sabía yo? Siempre dejaba una flor o algo más en su mesita de noche para que al menos sonriera cuando se despertara. Pero no quería que pensara que estaba coqueteando con ella o algo así, porque quería que las cosas fueran amigables entre nosotros.

Tener un bebé ya era una complicación. No quería que las cosas fueran aún más complicadas entre nosotros.

Ella todavía iba a trabajar, porque sabía que no podía dejar de ir, era demasiado importante para ella, se preocupaba demasiado por ello, incluso si yo pensaba que no le estaba haciendo ningún bien. No podía pedirle que dejara de ir al hospital, así que en vez de eso, me ocupé de todo en la casa. Limpié el polvo, pasé la aspiradora, trabajé en el jardín, limpié la cocina y siempre tenía la cena lista en la mesa cuando ella entraba.

También había siempre una cafetera fresca lista en todo momento. No estaba segura de si el café era bueno para el bebé, pero no importaba. Ella era doctora, ella lo sabría.

Era tarde en la noche y yo estaba durmiendo cuando oí que la puerta se abría. Cuando miré el

reloj de la mesita de noche, era temprano en la mañana, alrededor de las cuatro. Demasiado temprano para que ella estuviera en casa.

Salí de mi dormitorio y me dirigí a la sala de estar. Estaba pálida cuando encendí la luz. —Hola —dije—. Llegas temprano a casa.

Me miró y vi grandes bolsas bajo sus ojos. —Lo siento —dijo—. No quise despertarte.

—¿Estás bien?

—No me despertaste —mentí—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo mientras caminaba hacia el sofá. Se sentó y respiró profundamente. —Ya no podía andar por ahí.

—¿Puedo ofrecerte algo?

—No —dijo. Cerró los ojos y se inclinó hacia atrás. —En realidad sí, ¿puedo tomar un poco de agua?

—¿Quieres agua? Claro —respondí—. ¿Quieres hielo?

—Sí. El hielo suena bien.

Caminé a la cocina y cuando volví al sofá, ella estaba dormida. Al menos me pareció que estaba dormida. Pero cuando puse el vaso de agua a su lado, sin estar particularmente callada, ni siquiera se movió.

—¿Becca? —Yo pregunté.

No se movió en absoluto.

Caminé hasta donde estaba y puse mi mano en su hombro. —¿Becca?

No se ha vuelto a mover.

—Oye —dije, moviendo su hombro de un lado a otro. Ya no estaba siendo amable. —Oye. Despierta, Becca, por favor.

Sus ojos se abrieron por un segundo, pero no se concentró en mí.

—Becca —dije—. Por favor, despierta.

No lo hizo. Puede que estuviera agotada, pero esto parecía... era demasiado. No lo pensé, la levanté, tomé sus llaves de la mesa de café frente a ella.

Las puse en mi bolsillo y coloqué a Becca sobre mi hombro, como si fuera un bombero o algo así. No quería hacerle daño, así que la acomodé suavemente en el asiento del pasajero de su auto y luego me dirigí al hospital más cercano, tan rápido como pude.

Me detuve frente a la entrada de Urgencias y la llevé dentro hasta que conseguí encontrar un médico.

CAPÍTULO VEINTIUNO

BECCA

—Estoy bien —dije, por lo que debe haber sido la centésima vez. —En serio. Estoy totalmente bien.

Kieran me miró, con los ojos bien abiertos. —No te veías bien. Ni siquiera respondías, y estaba muy preocupado por ti.

—Estoy bien. Estaba exhausta.

—No deberías estarlo.

Le sonreí. —Gracias. Por traerme al hospital. Especialmente por traerme al hospital donde no trabajo todos los días.

—Fue un accidente —dijo con una sonrisa. —Sólo vine aquí porque era la sala de emergencias más cercana, según el GPS de tu coche. En todo caso, deberías agradecerle al GPS y no a mí.

Le sonreí. Estaba encorvado en el asiento a mi lado, y era raro para mí estar en la cama de un paciente. Había sido un paciente antes, por supuesto que sí, pero había pasado tanto tiempo.

—Has sido tan amable conmigo —le dije—. Incluso a un gran costo personal.

—¿Por qué no habría sido amable contigo? —preguntó. —Eres mi amiga. Y vas a tener mi bebé. Por supuesto que voy a ser amable contigo.

Me reí. —Piensan que algo podría estar mal con el bebé —dije después de un rato. —Aún no saben qué es, pero les preocupa que los latidos del corazón sean un poco lentos, así que quieren que me quede para vigilarlo.

Asintió con la cabeza. —Bien —dijo. Me cogió la mano y se encontró con mi mirada. —Lo que necesites, Becca.

Suspiré. Sentí la punta de sus dedos sobre los míos y mi corazón se derritió un poco. —Yo... me siento mal —dije—. Para bien o para mal, he querido seguir trabajando, pero tal vez no era la mejor opción.

—No hiciste nada malo —dijo, inclinándose y mirándome a los ojos. —Eres una doctora. Tú lo sabrías.

Cerré los ojos. —A pesar de lo que sé en mi cabeza, todavía siento que hay algo que hice... como si hubiera estropeado las cosas. No quiero eso. No hay nada que quiera más en el mundo que este bebé.

Puso su frente en la parte de atrás de mi cabeza. —Tienes razón —dijo—. No sabía cuánto quería esto... pero, sobre todo, quiero que... no... necesito que... estés bien.

—¿Y si no lo estoy? —Dije, mi voz temblorosa. —¿Qué pasa si no estoy bien y algo así vuelve a suceder?

—Nada como esto va a suceder de nuevo —dijo—. Nada es...

—Este tipo de cosas pasan —dije—. Y las cosas pueden cambiar en un momento dado. No sabes lo que va a pasar. ¿Cuánto tiempo estuviste esperando?

Me miró. Vi las líneas alrededor de sus ojos, las bolsas debajo de ellos. Sus labios parecían

secos. Había vasos sanguíneos reventados en sus ojos.

—No mucho —dijo—. No te preocupes por eso.

—Sí me preocupa —respondí—. No quiero que tengas que esperar para siempre. ¿Y si me hubiera desmayado y no hubieran podido traerme de vuelta? ¿Qué habría pasado entonces?

—No lo sé. No quiero pensar en eso.

—Lo sé. Tampoco quiero pensar en ello, pero creo que tenemos que hacerlo —respondí—. Tenemos que hablar de lo que va a pasar si el parto no sale bien.

—No —dijo—. Eso no va a suceder.

—Eso podría suceder —respondí—. Podría. —Necesito hacer un testamento en vida y...

—Tal vez puedas ponerme en un contacto de emergencia en tu teléfono o algo así.

Sacudí la cabeza. —No, es más que eso —dije—. No van a poder decirte nada por la ley de confidencialidad. A menos que seas mi pariente más cercano.

—Entonces hagamos que eso suceda.

Pestañeeé. —¿Qué?

—Hablemos más de ello cuando salgas del hospital —dijo—. Pero no voy a ir a ninguna parte.

—Esto podría ser, ya sabes, difícil.

—Así que será difícil —dijo—. ¿Y qué? No creo que vaya a pasar nada, no quiero que pase nada, pero si tenemos que casarnos para que pase, entonces eso es lo que tenemos que hacer.

—No quiero presionarte para que hagas nada.

—¿Me estás presionando? —preguntó, sonriéndome. —No te estremos más. Esperemos a que salgas de aquí y luego decidamos qué vamos a hacer. ¿Cómo suena eso?

Cerré los ojos. —Bien —respondí—. Eso suena bien.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

KIERAN

La llevé a casa por la mañana.

Parecía que se sentía mejor, y los doctores dijeron que estaba vomitando demasiado, así que la pusieron a dieta con más calorías para que pudiera seguir funcionando. También le dijeron que se lo tomara con más tranquilidad y supe que tenía llamar a su jefe y decirle a su oficina que estaba embarazada.

No les había llamado todavía y se había pasado el día en la cama y moviéndose a la cocina y al baño. Me di cuenta de que se sentía mal, pero no quería empeorar las cosas. Le llevé comida a la cama y ella la mordisqueó, obligándose a comer lentamente, pero con seguridad.

Pude ver que estaba haciendo lo mejor que podía, pero quería que estuviera bien. El bebé estaba bien, y eso era lo más importante, y lo más importante para ella también. Lo sabía.

Parecía que se sentía un poco mejor cuando salió de la habitación, con el pelo recogido en un moño desordenado. No podía estar seguro, pero parecía que había perdido un poco de peso.

—Hola —dije—. ¿Estás bien?

Asintió con la cabeza mientras se sentaba en el sofá a mi lado. Miró alrededor del espacio común y sonrió. —Gracias —dijo—. No creo que esta casa haya estado nunca tan limpia.

—Por supuesto —dije—. ¿Qué piensas de adecuar una habitación como guardería? La habitación de atrás está bastante vacía.

—Está demasiado lejos del dormitorio principal —respondió—. Quiero que el bebé se quede en mi habitación cuando sea muy pequeño.

—Me gustaría poder ayudarte —dije—. Si el bebé se queda en tu habitación, no sé cuánto podré ayudarte.

—No necesito hablar de esto, Kieran.

—Estamos hablando de ello ahora.

—No podemos seguir jugando a las casitas —dijo—. No podemos pretender que todo es normal entre nosotros cuando claramente no lo es.

—¿Qué es lo que no es normal?

—Estar aquí sentados uno al lado del otro pretendiendo que vamos a ser co-padres sin saber nada de nuestra relación o cómo va a terminar, es una especie de problema.

—No es un problema que debamos resolver ahora.

—Cuanto más tiempo tardemos en resolverlo —dijo ella, alejando la mirada de mí, y colocando un mechón de pelo detrás de su oreja. —Cuanto más difícil será resolverlo.

—Bien —dije—. Entonces, ¿qué estás pensando?

—¿Hablabas en serio sobre lo que me preguntaste ayer?

Levanté las cejas. —Sobre...

—Cuando me dijiste lo de ser mi pariente más cercano —dijo—. ¿Hablabas en serio?

—Por supuesto que hablaba en serio.

Me miró. —¿Así que quieres casarte conmigo?

—Sí —respondí—. Sí quiero.

Ella seguía sentada exactamente donde había estado antes, a la anchura de una persona entre nosotros. —Ya he estado casado una vez. No era buena en eso.

Sonreí. —Nunca me he casado. No sé si sería bueno o malo en ello. Pero si algo sucede, quiero poder estar ahí para ti.

—No sé si puedo hacerlo.

—Bien. Es sólo una idea. No tiene por qué ocurrir.

—Sé que esto es un poco ingenuo, pero siempre pensé que el matrimonio era específicamente para personas que se aman.

La miré de arriba a abajo. No sabía si era el momento adecuado, no cuando estaba tan alterada, tan vulnerable, pero básicamente me había preguntado, y no podía no decirle cómo me sentía. Pensé que había sido obvio, pero tal vez no lo era.

Tal vez sólo era obvio para mí.

Me volví ligeramente para enfrentarla. Le agarré las manos, le toqué la parte superior de la mano derecha, la acaricié lentamente mientras hablaba. —Tal vez no debería decirte esto. Tal vez debería fingir que esto es un acuerdo de negocios para mí o que tiene sentido desde el punto de vista financiero. Podría contarte todas esas cosas, pero no quiero hacerlo.

Prácticamente hizo una mueca de dolor. —¿Qué estás diciendo?

—Te amo, Becca. Y no sólo como amigo. Cada vez que estoy a tu alrededor, no puedo evitar sonreír. Durante mucho tiempo, no vi un futuro con nadie. Pensé que estaba destinado a estar solo para siempre. Contigo cerca, puedo ver mi futuro. Nuestro futuro. Los tres juntos.

Quitó las manos, tan rápido que me sorprendió que no se hiciera daño. —No lo dices en serio.

—Estoy siendo serio.

Sacudió la cabeza. —¿Desde cuándo?

—Desde Las Vegas. Desde la primera vez que te vi. Tiene sentido para mí. Eres maravillosa y amable y hermosa y yo...

—Podrías haberte quedado. Te pregunté si estabas interesado en más.

—Y te dije que me quedaría cuando me dijeras que querías que me quedara —respondí—. Pero no lo hiciste.

—No creí que fuera justo.

—Tal vez —dije—. Pero no importa de todos modos. Se siente como si fuera justo ahora, más que justo, como fuera aquí donde debería estar. Así que cástate conmigo.

—No puedo —dijo—. No puedo casarme contigo porque estoy embarazada.

—¿Por qué no? —Yo pregunté.

—Porque ni siquiera hemos salido juntos —dijo—. Y realmente no te conozco tan bien.

—Pregúntame lo que sea —dije—. Cualquier cosa y responderé honestamente.

—No sé por dónde empezar. ¿Qué es lo que te preocupa cuando se trata de ser padre?

—¿Y si no soy lo suficientemente amable? —Pregunté inmediatamente. —¿Qué pasa si me parezco demasiado a mis padres?

—No te pareces en nada a tus padres —respondió.

Me reí. —Bueno, entonces —dije—. Está claro que me conoces un poco.

—Tengo que pensarlo.

—Sí —dije—. Tómame el tiempo que necesites.

Cuando volvió a la cama, mi teléfono sonó. Me tambaleaba por nuestra conversación, por la

forma en que había reaccionado y no podía entender lo que significaba para nosotros.

No sabía lo que iba a significar para nosotros y no había forma de saberlo. No esperaba que declarara su amor por mí, porque me dijo la verdad, y yo sabía que estaba confundida y preocupada. El bebé iba a estar bien, pero hubo muchas consideraciones que vinieron con eso. No necesitaba que saltara a mis brazos ni nada parecido.

Sólo quería que se pusiera bien. No sólo eso, quería que quisiera casarse conmigo. Puede que lo haya hecho. Las cosas eran demasiado complicadas, y lo entendía. No quería presionarla para que hiciera nada.

Levanté el teléfono, sin mirar el identificador de llamadas. —¿Hola?

—¿Hablo con el Sr. Bloom? —preguntó una voz que no reconocí.

—Sí, soy Kieran Bloom —respondí—. ¿Quién es?

—Me llamo Frank Meyer —dijo—. Soy la persona que está mirando tu casa mientras estás fuera

—No pareces muy seguro de eso.

—Sólo soy una de las personas que envían —respondió—. Vine a hacer un pequeño trabajo y me di cuenta de que parece que una de sus tuberías se ha reventado en el garaje. Ya llamé a un contratista y corté el agua, pero creo que deberías venir aquí y encargarte de esto tú mismo.

—¿Qué? ¿Cuáles son los daños?

—No lo sé —respondió—. Sean lo que sean, creo que son malos. Parece que las tuberías han estado goteando durante un tiempo dentro de las paredes antes de que estallaran.

—Mierda —dije—. Bien. —Tomaré un vuelo lo antes posible.

—¿Crees que puedes estar aquí esta noche?

—Sí —respondí—. Estaré allí esta noche, pero no creo que pueda quedarme mucho tiempo.

—Está bien. Esto debe ser tratado con urgencia.

—Por favor, quédese ahí —dije—. Muchas gracias, Sr. Meyer.

—Por supuesto.

Colgué y luego fui al dormitorio de Becca. Ella estaba en la cama y finalmente se había logrado dormir. No sabía cómo había sucedido tan rápido, pero no pensé que despertarla fuera una buena idea.

Respiraba bien y no me asustaba que se hubiera desmayado, no como me había asustado unas noches antes. Agarré el bloc de notas de la mesita de noche más cercana, le dejé una nota diciéndole que había algo en Las Vegas con lo que tenía que lidiar, y dejé el bolígrafo en silencio para no despertarla.

Salí de puntillas de la habitación y cerré la puerta suavemente detrás de mí antes de llamar a un coche por teléfono.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

BECCA

Sabía que no había aceptado su propuesta, pero no creía que se fuera a marchar fingiendo que tenía algún negocio en Las Vegas.

Al menos podría habérmelo dicho.

Podría haber tratado de despertarme, pero tal vez estaba completamente fuera de sí. Supuse que era un poco comprensible, ya que básicamente había rechazado su propuesta, pero deseaba que me hubiera hablado de ello.

Me preocupaba que pensara que yo era tan frágil que no quería hablar conmigo. Lo entendí, pero aun así me molestó. No quería llamarlo, no quería preguntarle dónde estaba, porque no quería que pensara que estaba preocupado por él.

Lo estaba.

Me preocupaba que se hubiera escapado, que no fuera a volver, y que yo hubiera estropeado algo bueno. Claro, puede que no tuviéramos una relación sentimental, pero era injusto para mi hijo alejar a su padre sin considerar su espacio en su vida.

Me ocuparía de todo eso más tarde. Me ocuparía de él más tarde.

Por el momento, necesitaba lidiar con algo mucho más apremiante.

Necesitaba lidiar con el trabajo.

Llamé al Dr. Bruckheimer. —¿Hola? —Dijo que en cuanto cogiera el teléfono. —¿Rebecca? ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Está ocupado, Dr. Bruckheimer?

—Nunca para ti.

Sonreí. —Algo ha surgido. En mi vida personal.

—Pensé que los encargados de la programación no estaban poniéndolos a Scott y a ti al mismo tiempo —dijo, de hecho. —Dime a quién tengo que despedir.

Me reí. —No tienes que despedir a nadie. No estamos siendo programados al mismo tiempo.

—Bien —dijo—. Escuché que tuviste que irte a casa enferma el otro día. ¿Qué es lo que pasa?

Respiré profundamente antes de hablar. —Estoy embarazada.

—Bien —respondió—. ¿Pero estás bien?

—Sí. Pero necesito tomarlo con calma.

—¿A quién estás viendo?

—A nadie, todavía —dije—. Fui a la sala de emergencias y supongo que vi al ginecólogo allí.

—Bueno, déjame enviarte la información del mejor ginecólogo que conozco —dijo el Dr. Bruckheimer. —Ella es increíble. Fue una de mis estudiantes.

—Así que tienes que decir que es increíble.

—Sí, pero ella lo es.

Me reí. —Gracias. De verdad lo aprecio.

—Lo que necesites, Rebecca.

—No quiero dejar de trabajar.

—Por supuesto. ¿Por qué querrías dejar de trabajar? —Dijo. —Déjeme hablar con la Sra. Patricia, veremos cuando podemos programarte.

—Gracias, Dr. Bruckheimer. Oh, nadie lo sabe todavía.

—¿Ni siquiera Scott?

Me mordí el labio inferior antes de responder. —No es de él.

—Bien —dijo—. Soy la imagen de la discreción.

Sonreí. —Sí —respondí—. Lo sé, Dr. Bruckheimer. Lo sé.

No quise pensar demasiado en Kieran, o en dónde estaba, o en si iba a regresar. Anduve por ahí, sintiéndome un poco mejor que antes, pero estaba preocupada.

Sobre si él iba a volver, o si yo iba a pasar todo mi embarazo sola. Sabía que estaba bien criar al niño sola, pero cuando Kieran insistió en involucrarse, la imagen del futuro en mi cabeza había empezado a transformarse lentamente en una que nos involucraba a ambos.

Quería que ambos criáramos a nuestro bebé juntos. Quería que habláramos de nombres y escuelas y todo lo demás, pero... lo había asustado.

Cuando me confesó sus sentimientos, quise confesarle mis sentimientos por él, que eran muy fuertes. Pero no quería que fuera porque teníamos que casarnos, y algo se sentía muy mal en la forma en que habíamos hecho nuestro arreglo.

Por otra parte, me gustaba nuestro acuerdo. No tenía que romperlo o arruinarlo. Tal vez iba a tener que acostumbrarme a todo, y sin duda fue mi culpa. Él se había ofrecido a ser parte de él, también había dejado toda su vida en Las Vegas, y yo podría haberlo aprovechado, tomarlo como lo que era, y no preocuparme de si se preocupaba por mí o no.

Debí haber sido sensata, no romántica.

Y no ser sensata probablemente iba a resultar contraproducente.

Demonios, ya lo había hecho.

Probablemente nunca lo volvería a ver. Me preocupaba, me molestaba, pero, sobre todo, me horrorizaba. Mi pobre hijo no iba a conocer a su padre y todo había sido culpa mía.

Había sido una estúpida. Ridícula.

Sabía que tenía que llamarlo.

Agarré mi teléfono y le dije que llamara a Kieran, pero justo cuando lo hacía, oí un coche que se acercaba a la puerta y mi corazón se estremeció en mi pecho.

Me dije a mí misma que no iba a levantarme e ir hacia él. Me quedé sentada hasta que le oí tocar el timbre.

Pude ver su silueta desde donde estaba sentado, pero lentamente me acerqué a la puerta y la abrí.

—Hola —dijo Kieran, frunciendo la frente mientras me miraba. —¿Estás bien?

Sin pensarlo, lo rodeé con mis brazos. —Oye —dije—. No sabía si ibas a volver.

—¿Por qué pensaste que no iba a volver?

—No lo sé —dije—. Porque no dije inmediatamente que me casaría contigo.

—Oh, vamos. Mi ego no es tan frágil.

Sacudí la cabeza. —¿Qué ha pasado?

—Una tubería se reventó en mi casa. Necesitaba ir allí y evaluar los daños en persona.

Mis ojos se abrieron de par en par. —¿Qué tan malo fue?

—No es tan malo en realidad. Va a ser reparado, pero no tan malo como pensaba. La mayoría de los daños están cubiertos por la garantía de la casa —respondió al entrar. Puso sus manos sobre mis hombros y se inclinó como si fuera a besarme, pero no lo hizo. Puso su frente contra la mía y yo me derretí en él cuando empezó a abrazarme. —Te he echado de menos.

Abrí los ojos y lo miré. —Yo también te extrañé —dije—. Pensé que no ibas a volver.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no dije que sí y pensé que no querías estar más involucrado.

—Por supuesto que quiero participar —respondió—. ¿No es obvio?

Ladeé mi cabeza. —¿Qué hay de tu vida en Las Vegas?

—¿Qué hay de mi vida en Las Vegas? —preguntó. —No hay vida en ninguna parte sin ti, Becca.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo es que no tienes que decir que sí todavía —dijo—. No tienes que decir nada todavía. Sé que vamos a tener un bebé juntos y eso es suficiente, pero quiero estar contigo. Renunciaría a cualquier cosa por la oportunidad de estar contigo.

—Tendrías que renunciar a tu trabajo.

—Ya es sólo un vago recuerdo —dijo—. Espero que no sea demasiado para que lo superes.

—No te echaré en cara tu pasado si tú no me echas en cara el mío.

—Suená bien —dijo, luego puso sus brazos alrededor de mi cintura y me abrazó mientras me besaba.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

KIERAN

—Está bien —dije—. Está bien, sólo respira.

Me miró de reojo. Respiraba desde el asiento del pasajero de mi nuevo coche, respirando profundamente con cada contracción. La observaba más que a la carretera, pero necesitaba ir al hospital lo antes posible. No quería que le pasara nada a ella o al bebé y sabía que esto era lo más importante. Ya habíamos pasado por las contracciones de Braxton-Hicks y sabía cómo eran las verdaderas contracciones.

Definitivamente eran contracciones reales.

Nos detuvimos en el hospital y conseguí que el servicio de aparcacoches fuera a estacionar el auto.

Salí del auto, me colgué la bolsa de embarazo en el hombro y le presté mi brazo. Ella se inclinó hacia mí. La miré de arriba a abajo y sonreí. Había estado con ella mientras crecía, y no sabía cómo era posible, pero cada día estaba más y más hermosa. Era un poco desconcertante, porque no estaba seguro de cómo era posible que se viera mucho mejor cada día, pero lo hacía.

Y en ese momento, cuando estaba a punto de tener nuestro bebé, no creí que pudiera estar más hermosa.

—¿Quieres que te consiga una silla de ruedas?

—Una enfermera lo hará —dijo—. Si necesito una. Sólo necesito que estés aquí, a mi lado.

—Por supuesto. No te preocupes, no me iré de tu lado.

Me sonrió, sus mejillas se enrojecieron. Quise besarla, pero no pude. Habíamos decidido esperar hasta después del embarazo para ver dónde estaban las cosas entre nosotros, lo que tenía sentido, pero había sido tortuoso.

Nos habíamos robado besos, pero yo seguía durmiendo en la habitación de invitados, y quería respetar sus deseos. Tenía sentido para mí que ella quisiera esperar a que el bebé naciera, porque el embarazo había enredado las cosas. A mí también me confundió. La quería, seguía queriéndola, la quería más que nunca.

Cada vez que la veía, sentía que mi corazón daba vueltas en mi estómago, y sabía que quería pasar el resto de mi vida con ella. Hace sólo unas noches, ella me preguntó si todavía lo quería.

Le pregunté de qué hablaba y me preguntó si todavía lo decía en serio, si todavía quería casarme con ella. Le dije que por supuesto que aún quería casarme con ella, y se lo dije, y me besó en los labios antes de alejarse. Sus mejillas aún estaban enrojecidas y no pude evitar sonreír cuando se alejó de mí.

Una enfermera nos trajo una silla de ruedas casi de inmediato y pronto estábamos en camino al tercer piso, donde el bebé nacería. La pusieron en una cama y yo esperé, sentado a su lado, preguntándole si necesitaba algo.

Estaba bien, pero con dolor. Me miraba, me preguntaba cómo estaba, y aparte de tener algunas conversaciones sobre otras cosas, no había nada que hacer más que esperar.

Se estaba impacientando, y no podía culparla. Yo también me estaba impacientando. La habitación del hospital no era un lugar particularmente agradable, pero lo que me estaba matando era la anticipación. Quería conocer a mi bebé. Tenía que hacerlo. Sabía que estaba incómoda, y quería que dejara de estarlo. Quería que se sintiera bien, y no podía esperar a ver cómo sería nuestro bebé.

Había ido a cada ecografía, a cada cita, y todo había ido a las mil maravillas desde el primer susto en el hospital. Las cosas estaban mejor ahora, pero habíamos decidido mantener el sexo del bebé en secreto. Había sido su idea al principio. Yo quería saber, porque quería estar preparado. Pero cuando se rio, dijo que todo había sido un accidente, y que sería una feliz sorpresa, no pude evitar estar de acuerdo con ella. Ella tenía razón.

Sin embargo, a medida que pasaban las horas, sentí que mi ansiedad crecía. Parecía que el trabajo de parto estaba tardando una eternidad, y aunque quería ser solidario, y lo intentaba, cuanto más tardaba, más difícil parecía ser.

Cada momento era más largo que el anterior, y al final, cuando era temprano en la mañana - quizá no tan temprano, tal vez como las nueve de la mañana- los médicos decidieron que era mejor que le hicieran una cesárea.

No era parte del plan, y me di cuenta de que estaba asustada. Le sostuve la mano en la habitación, y había una manta o algo así colgando entre la parte superior e inferior de ella.

Le cogí la mano. Sudaba mucho, y pude ver pequeños mechones de pelo saliendo de la parte superior de su cabeza, del pequeño sombrero que el hospital le había dado.

La miré y parecía que le dolía, pero finalmente, finalmente, el doctor gritó de excitación.

—¡Tienes un niño!" dijo, sosteniendo al bebé sobre la cortina. Era una cosita, y ya estaba pateando sus pequeñas piernas y brazos, con sus manos en pequeños puños.

Era hermoso.

Becca se encontró con mi mirada y me sonrió. Pude ver las lágrimas en sus ojos y pensé que yo también podría estar llorando, pero no fue hasta que escuché al bebé llorar que sentí que podía respirar de nuevo.

—Un niño —dijo—. Un pequeño niño.

—¡Tenemos un niño!" Dije, sonriendo y besándola. La besé sin pensar, una y otra vez, hasta que alguien puso al bebé en el pecho de Becca.

Ella puso su brazo alrededor de él y me sonrió.

En ese momento, todo era perfecto. Y todo iba a seguir siendo perfecto, mientras ese pequeño bebé se quedara en mi vida.

CAPÍTULO VEINTICINCO

BECCA

—¿Qué pasa con Albert? —Kieran preguntó.

Miré al bebé, que se había dormido en sus brazos. —¿Quieres que el bebé se llame Albert?

Se rio. —No, quiero que nuestro hijo se llame Albert —respondió—. Podemos llamarlo Al o algo así mientras sea muy joven.

—¿Qué pasa con Kieran?

Me miró durante unos segundos. —¿Quieres que el bebé lleve mi nombre?

—Si quieres —le respondí, sonriéndole. —No se me ocurre un nombre más apropiado para un niño que crecerá para ser un buen hombre.

—Lo intentaremos —dijo con una sonrisa. —¿Pero eso no será confuso?

Fruncí el ceño. —¿Por qué se confundiría eso?

—Porque va a haber dos Kierans alrededor y ¿qué pasa si lo llamas, pero te refieres a mí, o me llamas, y él responde?

—Eso no será un problema por un tiempo —respondí—. No creo que vaya a responder a su nombre por un tiempo, y en cualquier caso, pronto le pondremos un apodo.

Sonrió mientras miraba a nuestro bebé. Aún estábamos en el hospital y teníamos que decidir cómo se llamaría antes de llevarlo a casa, y aún no lo habíamos decidido. Pero Kieran era el nombre perfecto para nuestro pequeño bebé y no podía esperar para ir a casa con él.

Puede que mi familia no fuera como la había imaginado originalmente, pero aun así había algo de felicidad doméstica en ella.

Tener a Kieran cerca era perfecto para mí. Puede que no estuviéramos juntos, pero iba a ser un padre increíble, y sabía que tendría su apoyo cuando saliéramos del hospital. Las cosas podrían haber sido lentas, realmente lentas, pero eso no significaba que no fueran buenas.

Sólo podía pensar en mi bebé, pero había una parte de mí que no podía dejar de pensar... ¿no sería mejor para mi bebé que sus padres estuvieran juntos?

—Kieran suena bien —dijo después de un rato. —Gracias.

—Por supuesto —dije—. Vamos a ponerle un guión a su apellido, ¿verdad?

—A menos que quieras que lleve el tuyo —dijo—. Cuando nos casemos.

Lo miré fijamente. —¿Esa es una opción?

—Quiero decir, no vas a empezar a ser de repente la Dra. Bloom, ¿verdad?

—¿Qué tal la Dra. Bloom-Baker?

—Me gusta eso —dijo—. O Baker-Bloom. —Lo que mejor vaya con Kieran.

—Me gusta Bloom-Baker.

—¿Eso significa que te casarás conmigo?

Lo miré, sosteniendo a nuestro bebé, y mi corazón se agitó en mi pecho. —Sí —dije—. Por supuesto que significa que me casaré contigo.

Dos años después

Me miré en el espejo.

No creí que quisiera una boda otra vez, pero me había equivocado. Quería una boda, y después de pasar la mañana preparándome, y el día celebrando con nuestros amigos y familia, estaba muy emocionada de que tuviéramos una hermosa ceremonia.

Llevaba un largo vestido blanco que se aferraba a mis curvas, que me había esforzado mucho por recuperar, y vi a Kieran acercándose a mí y sonriendo. Se veía, fumando en su esmoquin, tal vez más sexy que nunca, lo que parecía de alguna manera imposible.

Estaba a punto de darme la vuelta para quedar frente a él cuando me rodeó con sus brazos en la cintura y me besó el cuello. —Te ves increíble —dijo—. Este vestido es increíble, pero me he estado muriendo por quitártelo todo el día.

—¿Dónde está Ki?

—Con tus padres —dije—. Tu madre seguía diciendo que podía quedarse a dormir.

—Que bueno —respondí, dándome la vuelta para besarlo en los labios. —Bien.

—¿Estás agotada?

—Sí —dije—. Y borracha.

—Bien. Entonces me aprovecharé de ti y no me sentiré mal por ello.

—Tú también estás borracho —dije, riéndome mientras me besaba el cuello.

—Tan borracho que podría no funcionar —dijo—. Pero eres mi esposa, y quiero tener sexo contigo.

—Bueno —dije—. Ahora tenemos una cama matrimonial así que...

—Hemos estado durmiendo juntos en esa cama durante años.

—Sí —dije—. Lo hemos hecho. Pero este será el primero como el Sr. y la Sra. Bloom.

—Te refieres a la Dra. y al Sr. Bloom —dijo mientras terminaba de abrirme el vestido por detrás. —¿Puedo quitarte esto bajándolo o...

—No, tira de ella sobre mi cabeza —respondí, levantando los brazos. —Hazlo muy despacio. Es delicado.

—Lo tengo —dijo—. Uno pensaría que un vestido de cinco mil dólares resistiría un pequeño tirón.

—Es arte —dije con una risa. —No es un vestido.

Me lo quitó, lo colocó en la mecedora junto a nosotros cerca del espejo de cuerpo entero, y luego comenzó a deslizar su mano por mi estómago y hacia mis pantis mientras seguíamos besándonos, apenas recuperando el aliento. Acarició mi clítoris durante unos segundos antes de que sus dedos encontraran su camino más bajo, y pronto me estaba penetrando con los dedos, presionando con su pulgar mi clítoris mientras su dedo rizado golpeaba mi punto G, enviando ondas de placer por mi cuerpo. Se alejó de mí y le oí tocar la cremallera de sus pantalones.

Lo miré de arriba a abajo mientras caía de rodillas, sin que mis largas uñas me ayudaran con su cremallera. Se rio, inclinándose ligeramente para ayudarme. Abrió su cremallera y luego le bajé

los pantalones sujetándolos a los lados, tirando con fuerza y viendo como su gran polla salía de entre sus calzoncillos.

Mi boca prácticamente se hizo agua cuando acerqué mi cabeza a él y bajé sus calzoncillos negros para que su polla entera fuera fácilmente accesible. Le lamí la cabeza hasta que estuvo gimiendo, luego abrí lentamente la boca para darme tiempo de dejarlo entrar en mí. Todo él. Era muy grande y siempre me costaba un poco de esfuerzo cuando le daba una mamada, pero cuando nuestras miradas se encontraron, empecé a deslizarlo profundamente en mi garganta, y el placer que obviamente sentía cuando acariciaba la parte superior de mi cabeza y se sacudía ligeramente fue casi suficiente para llevarme al límite yo misma, aunque no me estaba tocando en absoluto.

Moví mi cabeza hacia atrás y hacia adelante rápidamente, muy rápidamente, hasta que me tiró hacia atrás y me miró. —Espera —dijo—. Espera. Quiero entrar en ti.

—¿Qué?

—Tal vez tenga suerte y tú puedas tener otro bebé.

—¿Quieres poner otro bebé en mí?

—Diablos, sí —respondió—. Eso suena increíble.

Le sonreí mientras me agarraba las manos y me ayudaba lentamente a ponerme de pie. Luego me agarró por las piernas, me empujó contra la pared y comenzó a cogerme con abandono. Era el tipo de sexo salvaje y ruidoso que nunca llegamos a tener, y sentí un orgasmo que se acumulaba casi inmediatamente con cada empujón, cada toque, cada caricia, hasta que estaba gritando su nombre y prácticamente golpeando su espalda, mis piernas se enroscaron fuertemente a su alrededor, y me besó profundamente en la boca mientras intentaba contener mis gemidos. Mierda, estaba tan caliente, y todo el modo en que me tocaba enviaba señales de placer por todo mi cuerpo mientras tenía un orgasmo, mi cuerpo entero prácticamente convulsionaba por todo su cuerpo mientras me apretaba contra él.

Gruñó al entrar en mí y me besó de nuevo al llevarme a la cama. Me dejó caer suavemente en el colchón, y luego se arrojó sobre él a mi lado.

—Oye —dijo—. Eso fue increíble.

—Realmente lo fue —dije, todavía tratando de recuperar el aliento, y luego me reí. —Creí que habías dicho que no iba a funcionar.

—Estás más caliente que el whisky.

—Es la cosa más romántica que me has dicho.

Se rio. —Sí —dijo—. Estoy seguro de que sí. ¿No te gustaron los votos?

—Acerca de lo afortunado que eres y lo mucho que amas y cómo no puedes esperar a pasar el resto de tu vida conmigo? Sí, eso también estuvo bien.

—Bien —dijo, poniendo su brazo alrededor de mí y sujetándome. —Sabes, nunca pensé que sería como, un ama de casa, pero realmente me encanta. Me alegro de haberme quedado aquí. Y me alegro de que me hayas invitado a pasar la Navidad.

Me reí cuando me volví para enfrentarlo. —Encontrarme contigo en Las Vegas fue lo mejor que me ha pasado —dije, besándolo en los labios otra vez antes de hablar una vez más. —Aunque creo que ahora te debo mucho dinero.

—Demasiado dinero —respondió—. Cientos de miles de dólares.

—Eres caro —respondí, riéndome—. Cuidador de niños con una cuota de sexo.

—Sexo con un toque de guardería —dijo con fingida ira. —Hazlo bien.

Lo besé en los labios otra vez y él sonrió. —Te amo, Becca Bloom.

—Y te amo, Kieran Bloom —respondí—. Pero, uh, si tenemos otro bebé... no podemos

llamarla Rebecca,

Se rio. —Definitivamente no si es un chico —dijo, besando mi frente, y todo fue perfecto.

FIN

LA BELLA Y EL BARÓN

Plan de vida de la Dra. Ari West, toma 1:

- 1.) Cásate con tu novio de la universidad.
- 2.) Conviértete en pediatra.
- 3.) Ten una manada de preciosos niños propios.

Plan de vida del Dr. Ari West, toma 2:

- 1.) Ver a la basura de su marido abandonarla.
- 2.) Preguntarse qué demonios hacer con su casa vacía.
- 3.) Convertirse en pediatra de todos modos, y al diablo con los hombres.
- 4.) Hasta que el hombre más extraño del mundo entre en su vida, con una deliciosa hija.

A veces las cosas no salen según lo planeado.

Y enamorarse de un hombre a quien sus padres llamaron Oscar Wilde definitivamente no va de acuerdo con el plan.

Pero Oscar, multimillonario de la tecnología y recientemente padre soltero, necesita ayuda. Después de la prematura muerte de su joven esposa, está solo... con una niña pequeña cuya frágil salud lo deja constantemente abrumado, preocupado y necesitando desesperadamente un milagro.

Nunca pensó que su milagro, la renombrada pediatra Dra. West, sería tan condenadamente hermosa.

Aunque Oscar también tiene un plan. Y ese plan nunca tuvo en cuenta el enamorarse de nuevo. Podrían ser perfectos el uno para el otro... o podrían destrozarse el uno al otro, mientras su atracción actual lucha con los fantasmas de su pasado.

Pero Ari está demasiado decidida a rendirse.

Y de una forma u otra... tendrá tanto a la bebé como al barón de la tecnología que está empezando a amar.

[LEÉLO AHORA](#)

CAPÍTULO UNO

Ari

Sabía que iba a pasar. Lo sabía.

Lo sentí, pero no quería sentirlo. No sabía si era porque vivía en la negación, o sólo porque la idea de que volviera a suceder me asustaba. Pero sentí calambres, y luego, tal vez tres minutos después, había comenzado.

Otro período.

Otro fracaso.

Sabía que Roger tenía que ser la primera persona en saberlo. Él estaba involucrado en esto, tal vez incluso más que yo. Habíamos tenido suerte. No había sido necesario. No habíamos tenido ninguna pérdida todavía. Habíamos empezado a ir a un especialista, pero el proceso de Fertilización In Vitro todavía estaba lejos.

La Dra. Zaphyr había dicho que teníamos suerte de no haber concebido todavía. Ella recomendaba un terapeuta a todos aquellos cuyo embarazo había terminado en un aborto. Después de que nos dijo eso, se quedó mirando. Como si quisiera que le pidiera que le recomendara un terapeuta.

Pero aún no estábamos allí. Lo estábamos intentando, y eso era todo lo que podíamos hacer.

Fui al baño, me arreglé el maquillaje con manchas de lágrimas y me limpié la nariz antes de volver a la sala de estar. Roger estaba viendo la televisión, golf creo, y apenas me miró mientras yo sacudía lentamente la cabeza.

No dijo nada.

"Roger —dije, tratando de evitar que mi voz temblara.

Entonces levantó la vista, y nuestras miradas se encontraron por un largo segundo. —¿Qué?

"Lo siento —dije, aunque me había dicho antes que no iba a disculparme por esto otra vez. — Tengo mi período.

Miró a la televisión nuevamente. Murmuró algo, pero no pude oírlo.

"¿Qué fue eso?

Me miró otra vez. —Nada —dijo, y luego se enderezó un poco. —No es una maldita sorpresa, ¿verdad? Conociéndote.

Pestañeé. —¿Crees que yo hice que esto sucediera?

Tardó mucho en responder. Cuando oí su voz, ya no estaba en la sala de estar.

El divorcio, me aseguró mi abogado, iba bien. No tenía ningún punto de comparación, nada con lo que relacionarlo, y no estaba particularmente interesada en profundizar en el proceso.

Mientras me quedara con lo que era mío, él podía protestar todo lo que quisiera. Todos mis amigos me dijeron que debería ser capaz de ver lo que había pasado entre nosotros como una bendición disfrazada -no querías realmente un niño con ese tipo, ¿verdad?- pero no se sentía como una bendición. Se sentía como una bofetada en la cara, como si no hubiera logrado escapar de nuestra relación con dignidad.

Él había sido el que presionó por el niño, y yo siempre quise complacerlo, pero me había dado

cuenta de que yo también quería desesperadamente un bebé. Resultó que el divorcio fue un proceso largo e interminable, y aunque una parte de mí se decía a sí misma que era arcaico preocuparme por haber pasado mi mejor momento antes de quedarme embarazada, no podía permitirme ir por ello sola.

Y la idea de encontrar un hombre... no era sólo desagradable. Era tan absurda como la luna hecha de queso.

Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que mantener la cabeza baja, seguir haciendo mi trabajo, y preocuparme por eso, y sólo eso. Eso era lo que mi terapeuta me había recomendado. Era gracioso, había terminado pidiéndole a la Dra. Zaphyr una recomendación después de todo.

Por eso seguí yendo al trabajo, aunque cada vez que interactuaba con un niño, sentía una tristeza muy particular e insidiosa. Sabía que no iba a desaparecer, pero si no era capaz de traer a mi propio hijo a este mundo, lo menos que podía hacer era asegurarme de que los niños que me rodeaban fueran tan felices y saludables como pudieran serlo.

"¿Quién es el siguiente en llegar? —Le pregunté a mi asistente, que estaba obedientemente a mi lado.

"Se llama Tatiana Wilde-García. Tiene tres años y medio.

"¿Tres y medio? ¿Para un niño sano? —Le pregunté.

"La familia se acaba de mudar a la zona —respondió Kelly. —Son un poco...

"Espera, ¿entonces esta es su primera visita?

"No para nuestra práctica —dijo Kelly. —Solicitaron otro médico después de ver al Dr. Dayleview por primera vez.

Parpadeé un poco. —¿Dijeron por qué?

"Querían a alguien un poco más... minucioso.

No pude evitar reírme de eso. —Bien, de acuerdo —dije—. Supongo que tendré que hacer un gran espectáculo de esto.

"Sí. El padre está un poco... parece un poco ansioso por la salud —dijo Kelly, su forma educada de decir que este padre iba a ser una pesadilla fuera de lo común.

"Entiendo —respondí—. No te molestes en entrar y tomar la historia antes que yo, entonces. Yo me encargaré de eso.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Está segura, Dra. West?

"Absolutamente —dije—. No quiero que tenga que seguir repitiendo lo mismo, y se hará a la idea de que soy más atento que el Dr. Dayleview, lo cual todos sabemos que no es cierto en absoluto. Sólo quédate conmigo, Kelly, y toma notas detalladas. Podría ser una de esas personas cuya ansiedad se alivia con el conocimiento.

"¿Lo crees?

Le sonreí antes de llamar a la puerta de la habitación cinco. —Quiero decir, honestamente, sólo puedo esperar —respondí en voz baja antes de proyectar mi voz en la habitación. —¡Vamos a entrar!

Abrí la puerta sin mucho aviso. La niña estaba caminando, mirando el techo, que estaba pintado de colores, y el padre estaba sentado en una silla de plástico, mirándola. No pude verlo tan bien, porque su cara estaba alejada de mí, y estaba encorvado. Pude ver que era alto, porque sus piernas eran tan largas que casi me tropecé con él. Tardó un poco en reposicionarse, mirándome después de lo que parecía una eternidad.

Lo primero que noté en él, aparte de lo alto que era, fue lo cansado que parecía. Había bolsas oscuras bajo sus ojos claros, y aunque parecía que había intentado hacer un esfuerzo con su pelo, estaba claro que había estado a medio camino, en el mejor de los casos. Sus ropas estaban

limpias, pero cuando me arrastré hasta sus pies, noté que sus calcetines no hacían juego.

"Dra. West —dijo mientras se ponía de pie. Extendió su mano hacia mí. —La han recomendado mucho.

Le sonreí mientras estrechaba su mano. Noté lo suave que era su palma, pero las puntas de sus dedos tenían callos y sus uñas eran un poco largas. El apretón de manos fue un poco incómodo antes de que se alejara de mí.

Empecé a hablar. —Así que esta es tu...

"Sí, mi hija —dijo—. Es mi hija, y está enferma, y quiero saber qué le pasa.

La observé un poco. Era una niña tranquila, de tamaño normal para su edad, con grandes ojos y una pequeña sonrisa en su rostro. No decía nada, lo que me sorprendió un poco, pero cuando obtuvo mi atención, sonrió y me saludó.

Sonreí y le hice señas para que se acercara y me arrodillé. —Hola —dije—. Me llamo Dra. West. ¿Cómo te llamas?

"Tati —dijo en voz baja.

"Hola, Tati —dije—. Tu papá me dice que te sientes un poco mal. ¿Puedes señalar dónde te duele?

Sacudió la cabeza y noté que su nariz estaba un poco tapada.

"Bien —dije—. Hazme un favor, ¿vale? Tu papá te va a ayudar a subirte a esta mesa por mí, y luego sólo necesito que te quedes quieta para que pueda ayudarte a sentirte mejor pronto. ¿Puedes hacer eso por mí?

Ella asintió de nuevo. Su padre entró, la levantó y ella sonrió. Antes estaba bien, pero definitivamente parecía estar mejor en sus brazos. Él le devolvió la sonrisa, pero había algo en la forma en que la sostenía.

"Mi asistente va a necesitar que extiendas tu brazo —dije mientras indicaba a Kelly. —Y la máquina va a apretar tu brazo un poco. Sólo quédate quieta para que no tengamos que hacerlo de nuevo, ¿de acuerdo?

"¿Oíste eso, Tati? —dijo el padre.

Ella asintió con la cabeza.

"Es tímida —dijo mientras Kelly se ponía a trabajar.

Me giré para mirarlo. —Tiene un pequeño resfriado, pero parece estar bien. ¿Ha tenido fiebre?

"No —respondió—. No hay fiebre.

"¿Alguna tos seca o estornudo?

Sacudió la cabeza.

"¿Qué hay de pérdida del apetito?

"No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros. —Es difícil alimentar a un niño pequeño.

"Absolutamente —dije—. Lo entiendo. ¿Está más malhumorada que de costumbre?

Sacudió la cabeza. —No, honestamente, siempre ha sido una bebé muy fácil de llevar —dijo—. Desde entonces... durante los últimos meses, ha estado más tranquila de lo normal.

"Bien —dije—. ¿Así que te preocupa que su cambio de actitud esté relacionado con su salud?

"Oh, no. Su actitud cambió hace un tiempo —dijo, mirándome y levantando las cejas cuando no dije nada. —Su madre murió. Estamos adaptándonos.

Pasé saliva. —Siento mucho su pérdida —dije.

"Gracias —respondió.

"Entonces, ¿ha estado más callada desde entonces?

"No lo sé —dijo—. Ocurrió de repente, y creo que, desde entonces, las cosas no han sido exactamente iguales. Estoy preocupada. Sé que tiene poco sentido, pero parece que de alguna

manera ella es más vulnerable a enfermarse.

Volví a asentir con la cabeza. Tendría que preguntar más sobre la historia familiar, y sabía que probablemente tendría que remitirlo a terapia familiar, pero no podía simplemente dejarlo así. — ¿Le molesta si le pregunto qué pasó?

"Cáncer —dijo—. Pancreático. —Etapa cuatro en el momento en que fue descubierto.

Nuevamente pasé saliva. —Lo siento mucho. Es horrible.

"Yo también —dijo—. Sólo tenía treinta y seis años. Nunca esperé que criara a mi hija yo solo.

Esperé a que dijera algo más, sobre todo porque no sabía qué más decir.

Me sonrió, un poco triste. —Lo siento —dijo—. No quise hacerte sentir incómoda.

"No lo hiciste —respondí—. ¿Cuándo ocurrió?

"Justo antes de Navidad —dijo.

Asentí con la cabeza y miré la tabla en mi mano, aunque no necesitaba leer nada. —Bueno, es un gran cambio —dije—. Dudo que le afecte físicamente, pero puede que note algunos cambios de personalidad. El duelo es extremadamente difícil para los adultos, y los niños pequeños no pueden decirnos cómo se sienten al respecto.

Asintió con la cabeza, mirando entre Kelly y su hija. —Bueno —dijo—. Estoy haciendo terapia de duelo, y ella está haciendo terapia de juego. No sé si está ayudando.

Volví a asentir con la cabeza. —Lo entiendo completamente —dije—. Es un proceso.

"Gracias —dijo, su expresión se suavizó un poco. Luego cruzó los brazos sobre el pecho. Se lamió los labios antes de empezar a hablar de nuevo. —Creo que el Dr. Dayleview pensó que estaba siendo paranoico, pero sólo quiero que ella esté bien.

"Entiendo —respondí—. Bueno, déjeme examinarla, pero parece una niña feliz y saludable.

Sonrió, pero aún así parecía devastado.

Me incliné antes de que pudiera pensar en ello. —Escucha —dije—. Normalmente no hago esto, pero entiendo que sus circunstancias son un poco diferentes a las normales.

Levantó las cejas.

"Te voy a dar mi número de teléfono personal —le dije—. Enviarme un mensaje de texto es más fácil si tienes alguna pregunta, ¿de acuerdo? Normalmente estoy un poco ocupado para responder. Pero si crees que ayudará...

"Gracias, Doctora —dijo, sonriéndome, y esta vez, se veía un poco mejor. —Se lo agradezco mucho.

"¿Tienes tu teléfono?

"Sí —dijo. Lo sacó de su bolsillo y estaba a punto de darme un teléfono tan grande que apenas cabía en mis manos. Lo abrió primero, antes de dármelo. —Gracias de nuevo. Ha sido tan difícil, tuvimos que mudarnos justo después de que muriera, y ha... ha sido un gran cambio".

"Apuesto que sí —dije mientras veía a Kelly echarme un vistazo. —Bien. Voy a examinar a su hija ahora, de acuerdo, Sr...

"Wilde —dijo—. Pero puedes llamarme Oscar.

Lo miré, parpadeando.

"Está bien —dijo—. Te dejaré hacer una broma sobre ello, ya que eres la médica de mi hija y todo eso.

Me reí. —Me abstendré. Aunque es curioso.

"Una médica muy recomendada, y muy educada —dijo—. No sé qué más podría haber pedido.

"Soy muy competente, Sr. Wilde —le dije, sonriéndole.

"En serio —respondió—. Oscar está bien.

CONTINÚA LEYENDO

Si te gusta esta historia, ven y únete a mi lista de correo para una HISTORIA SEXY ¡GRATUITA! Está llena de historias sexys llenas de romance como esta, gratuitas y con avances. No oirás de mí muy a menudo, sólo cuando tenga cosas divertidas y picantes que compartir.

No querrás perdértelo, y todo lo que se necesita son un par de [clics](#).

Si te gustó este libro, tal vez puedan gustarte

[Guardia mi corazón](#)

[El Dr. Bully y el bebé secreto](#)

[Bajo la luna de otoño](#)

[Dr. Mejor amigo de mi hermano](#)

También puede gustarte esta serie, de Larissa De Silva

[El proceso de curativo \(Los fantasmas de Thornbridge\)](#)

Nota de la autora

Muchas gracias por leer mi libro.

Me encanta escribir historias de amor. Creo que son hermosas y fascinantes. Creo que hay tantas facetas del romance que quedan sin explorar, y estoy tan agradecida de que decidieras leer este libro y pasar un poco de tu tiempo perdiéndote en un universo que yo ayudé a crear.

Digo ayudar porque sería una mentira decir que estoy dando vida a estos personajes yo sola. Ya existen, ¡es mi trabajo sacarlos de mi cabeza y llevarlos al mundo real!

Realmente aprecio tu tiempo y tu apoyo.

Si quieres apoyar a estos personajes, y este profundo amor que tengo por el romance, por las mujeres fuertes y apasionadas, y por los hombres sexys, sensibles y fuertes, aquí tienes algunas cosas que puedes hacer:

Déjeme una crítica. Si quieres, puedes dejarme una reseña antes de que el libro sea lanzado oficialmente. Sólo déjame una línea en larissadesilvaauthor@gmail.com y yo haré que eso suceda.

Conéctate conmigo en las redes sociales. Tengo una cuenta de [Facebook](#) y, soy mala para revisarla, pero ¡me encanta hacer nuevos amigos!

Únete a mi lista de correo. No te pierdas los nuevos lanzamientos. Únete ahora mismo para recibir una historia [gratis](#) en tu bandeja de entrada.